

Francisco Umbral
Sinfonía borbónica



«Novela coral, simultaneísta, presencia invasiva y en relieve de una ciudad entera. *Sinfonía borbónica* es el aquí y el ahora de Madrid y los mediados 80. Políticos, homosexuales, actrices, aristócratas, putas y marginales, la ciudad/lumpen y la ciudad/farsa viven en esta crónica/collage, donde la verdad puede más que el estilo, o lo potencia. Francisco Umbral hace aquí una novela documental y experimental donde el presente urge a la prosa. Relato puro, directo, total, de un momento que nos incluye a todos. Si Umbral es el estilo, el estilo es la vida en este libro.



Francisco Umbral

Sinfonía borbónica

ePub r1.0
Titivillus 09.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Sinfonía borbónica*
Francisco Umbral, 1987
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Al ofrecer al público la presente obrita, no tenemos otra pretension que la de facilitar á los forasteros cuantas noticias de esta Villa pueda desear su curiosidad ó interes, conciliando la comodidad del volúmen que hemos reducido á un tomito de 200 páginas en octavo francés, con la del precio que es el de 10 rs. vn. ejemplar perfectamente encuadernado en pasta, sin que por esto se crea que omitimos cosa alguna de cuanto deba mencionarse en un libro de esta clase de lo que se penetrará cualquiera con solo leer el indice de lo que contiene, y al efecto ponemos á continuacion.

INDICE.

	<i>Pag.</i>
Topografía é historia de Madrid.	1
Sus armas.	22
Puertas principales y calles que desde cada una de ellas conducen á la puerta del sol.	24

Negra al mediodía, parda y rosa al anochecer, Bonga, la negra Bonga, se hace la calle de la Cruz, de la mañana a la madrugada, Bonga, con la rebeca abrochada del revés, la minifarda por medio muslo, un gorro argelino sobre la permanente natural y unas medias de encaje blanco, que dibujan y enriquecen la plenitud de sus piernas africanas. Bonga se hace la calle de la Cruz, pero no la calle de Sevilla, paredaña, porque eso es asunto de otras* profesionales y hay que respetar las fronteras. Bonga se vino o la trajeron de Guinea, o cosa así, cuando adolescente, y, harta de fregar pisos y de que los vecinos que subían y bajaban le tocasen el culo gratis, hola, Bonga, pero qué buena que estás, negra, decidió legalizar su situación y meterse puta.

Bonga, desde el mediodía, ya se ha dicho, es el África profunda devorando blancura, respirando el aire blanco de Europa, agotando a los hombres blancos que se ocupan con ella. Ya de casi niña, cuando llegó a la ciudad —¿a la metrópoli?—, Bonga vio un mundo de color enfermedad, una palidez de edificios grises y gente moribunda, por las calles, que le hizo tomar conciencia de su negrura, de lo devorante que era su color frente al color sin color de los hombres blancos.

Bonga, pues, aunque ella no lo sabe, está aquí ejerciendo el canibalismo, más que la prostitución. Y encima le pagan por comer insípida carne enferma de hombre pálido. Bonga, entre los veinte y los treinta, se siente con apetito para comerse todo Madrid y para mamársela a la cúpula de los edificios, si falta hiciere. De modo que el dinero no le escasea a Bonga, la Bonga, aunque hay racistas del sexo, que no quieren acostarse con una negra, porque les da como reparo. Ellos se lo pierden.

Las otras chicas de la calle de la Cruz, drogotas de portal, pinchadas de esquina, rubias y enfermas, aunque algunas muy bellas, le parecen a la Bonga buenas como compañeras y malas como putas, porque se les nota mucho la desgana, mientras que la Bonga es una profesional que se corre siempre, con la potencia orgásmica y la virginidad negra de África. La Bonga, en fin, reina en su calle, en la calle de su oficio, y no tiene portal fijo ni esquina fija, sino que se pasea por la acera (por la mañana una acera, por la tarde la otra), como un Rey Mago hembra, encamellada en sí misma, luciente en negro, confortable de gorros argelinos, fetiches sólidos y medias o leotardos de encaje blanco, en invierno y verano, pues que para Bonga no existen las cuatro estaciones europeas, sino que ella sigue viviendo en el clima igual, dorado y oscuro, en que nació.

Aparte de esperar al cliente y ejercer su profesión, la Bonga se bebe los vientos claros de la clara ciudad, los cielos fríos, el mundo en blanco y negro, en blanco y gris, mejor, que es la capital.

La Bonga, como un serpentón oscuro y perezoso advenido del Gran Sur, navega despacio por la calle de la Cruz, sin asomarse jamás a la calle de Sevilla, llevada y traída por el juego de sus glúteos apaisados, y un poco como arrastrada por el tirón valiente de sus pechos grandes, sueltos, misteriosos y negros.

Llega el cliente y conversa con la Bonga. La Bonga se apoya contra un cartel de toros que hay en la pared y escucha ese español duro, pero indeciso, del pequeño hombre Manco, que mezcla la cifra con el piropo y que se mueve, inquieto, entre el deseo y el miedo. La mayoría de las veces no llegan a un acuerdo, porque el cliente no quiere, claro, porque el deseo lucha en él contra el miedo, porque la Bonga es tan Bonga que asusta, porque al final el miedo mata el deseo y no es que al transeúnte le parezca alto el precio de la negra, sino que le parece difícil violar, penetrar, derribar ese inmenso ídolo oscuro, africano o indio, vaya usted a saber, ese Buda hembra y negro, esa selva de mujer.

Los ojos vivos, la nariz aquilina, el mentón de los Austrias, Guadalaviar es noble en Puerta de Hierro, y nadie sabe si lo de Guadalaviar es nombre, apellido o título heráldico. Guadalaviar, por las mañanas, lee el *ABC* en la cama, desayuna, luego hace sus abluciones e inmediatamente se dedica a dar de comer al loro.

El loro de Guadalaviar es un loro capón, hablador, tranquilo e intranquilo, según, que sabe decir «Guadalaviar, inteligente» y «Franco, traidor». Esta última consigna del loro ya se ha quedado como un poco anticuada, pero Guadalaviar, monárquico como todo aristócrata, aristócrata como todo monárquico, gusta de escuchar la frase. Por otra parte, un loro es fácil de enseñar, pero es imposible de desenseñar. El loro de Guadalaviar, que no sabemos cómo se llama, dirá «Franco, traidor» hasta la muerte.

Guadalaviar hace a hombres. Guadalaviar es socio fundador de todos los clubs, peñas, casinos y círculos selectos de la ciudad, pero nunca acude a ninguno, para que no se le enfaden los otros. La pasión de Guadalaviar es la literatura. Leyó de chico, en los felices veinte, a Paul Morand, y le ha quedado para siempre la fascinación de sus *Venecias*.

Como Guadalaviar ha viajado mucho (casi siempre siguiendo las rutas de Morand), escribe artículos sobre Constantinopla, como la rival de Venecia. Su tesis es que Venecia sólo fue posible gracias a la ruina bizantina de Constantinopla. Tesis a considerar, porque no deja de tener su encanto histórico, su simetría, su *elegancia*, como las fórmulas de Newton.

Lo que pasa es que a Guadalaviar nunca se le ha ocurrido ninguna otra tesis en su vida, e incluso se sospecha que ésta de Venecia/Constantinopla la haya tomado de alguien, de algún francés (Guadalaviar lee más francés que español). Nuestro heráldico lo mismo puede andar por los sesenta que por los ochenta. Ha llegado, quiere decirse, a esa confusión humana, biológica, ilógica, arqueológica, en que un hombre no tiene edad ni sexo, sino que es como un mueble Ming, que no se sabe muy bien para qué les sirvió a los chinos de la dinastía correspondiente.

Entre el loro y el *ABC*, Guadalaviar se entera de las últimas noticias y, ya informado, se lanza a la calle (tras minuciosos afeites) con traje a cuadros, cuello almidonado, corbata italiana, manos expresivas y sonrisa blanda. Guadalaviar, en la calle, tiene tres objetivos:

Que se le vea.

Que se le escuche.

Que se le insinúe algún mozo.

Guadalaviar ha leído en algún francés, o siempre en el mismo, que el ideal, el sueño imposible del homosexual, es el hetero. «Los heterosexuales son mis mujeres», dijo alguna maricona parisina, según cree recordar el noble. Pero los heteros sólo se entregan de muy jóvenes y por dinero. Guadalaviar tiene rentas, aunque no muchas, para pagarse estos caprichos.

Nuestro heráldico aparece por el centro en los cocidos madrileños y comidas marciales de la Gran Peña o así. Y no vuelve a aparecer hasta los cócteles de última hora, donde besa más manos femeninas que masculinas, porque Guadalaviar se morirá sin saber si la ciudad conoce o no conoce su secreto, cuando está tan claro que la ciudad lo conoce, gusta, disfruta y difunde. Si Guadalaviar supiera que la ciudad le acepta como es, podría vivir mucho más feliz, en un mundo ancho y propio, pero él mismo, como casi todos los de su condición, se ha cerrado por dentro en una jaula, en una cautividad no mucho más holgada que la de su loro.

A veces aparece en los espectáculos de madrugada, cortés y sonriente, lleno de una juvenilidad senil (la verdad es que los homosexuales prolongan su juventud mucho más que nosotros). A veces, da cenas en su chalet de Puerta de Hierro, entre libros libertinos del XVIII, lesbianas de las finanzas, bellas modelos y adolescentes que van de nada.

Los trenes entran en agujas, en Príncipe Pío, de madrugada, trayendo un aura de la niebla y el cielo en jirones del norte. Los trenes entran en la estación de Príncipe Pío, por las mañanas, procedentes del norte de España o de París, como con un relajamiento de acero y músculos, de velocidad y electricidad, y llegan hasta el tope mismo de la vía, que parece increíble que un tan largo y ondulante camino de hierro, a través de páramos y montañas, de bosques y largos pantanos, termine en este sencillo banzo de piedra o cemento revestido. Los trenes, vistos desde los altos barandales de la estación, frente al reloj de una pulsera inmensa en la muñeca del nuevo día, encuentran su camino mágicamente, como orugas, hacia las ocho y cuarto de la mañana, entre el tejido viario, elegante, caprichoso e indescifrable. En uno de esos trenes eléctricos, recibidos por la expectación de las mamparas, las lucernas y la estación toda, viene Pedro Cuétara, funcionario de la abogacía o la jurisprudencia en algún punto remoto del norte de España.

Pedro Cuétara viaja siempre sin equipaje, con las manos en los bolsillos y un bulto de billetes acolchándole el corazón, pues que Pedro Cuétara es soltero, cincuentón y no deja a nadie detrás de sí.

En cuanto el señor Cuétara, don Pedro, encuentra un suplente de unos días en su destino (cambia mucho de destino, no se sabe si por voluntad propia o de la Administración), se viene a la capital a jugarse unos miles en el casino, pasear la Gran Vía y tirarse alguna negra, que tiene comprobado, como buen putaño, que a las negras les traiciona la raza y acaban corriéndose en la cama, cosa que siempre gusta al macho.

Cuétara es bajo, un poco congestivo, no demasiado, fuerte, sano, inquieto, estudioso de la Constitución, jugador a todo, de las grandes ruletas de Madrid al parchís, creyente en Dios como opción última, después de la democracia y la Constitución. La Constitución, como se ha dicho o sugerido, tiene fascinado al señor Cuétara, por la precisión y la elegancia de su prosa. Y por la justicia de sus leyes, naturalmente.

El Excelentísimo, el Ilustrísimo, el Usía señor Cuétara, en su pueblo, en cualquiera de los pueblos donde ejerce, es todas esas cosas, claro, pero en cuanto se sube al tren no es más que un viajero de primera, un bulto de la Renfe, y, ya en Madrid, el señor Cuétara es poco más que un paleta. Los kilómetros parece que influyen mucho en la dignidad de las personas.

El teléfono siempre se despierta antes que uno, antes que una. El teléfono suena en la habitación roja y sol, junto a la cama redonda donde duerme sola (el amante del día se fue a medianoche) la bella Leonor.

Leonor atiende las llamadas, con una voz entre sueño y sexo, improvisa frases ambiguas, que sirven para cualquiera, para quien sea el que llame, hombre o mujer, amante o pariente, hace su ingenio desgarrado y parlero y luego se vuelve a dormir. Hacia las dos y media de la tarde, Leonor se baña, se ducha, se lava, se pinta, se peina, se pone cualquier cosa y come en familia, pegándole gritos y patadas al perro que la ama: «César». A veces, hasta le da con la zapatilla. Después de almorzar en familia, Leonor vuelve a adormecerse un poco delante de la televisión, las sagas y todo eso, hasta que se espabila cantando y se pone a ordenar sus porcelanas, sus cerámicas, sus muranos, todo entre refinado y hortera, con música de fondo, hilo musical y la propia voz de Leonor, que canta sin oído ni aliento, pero con buen timbre. Leonor está buenísima.

Algunas tardes hay llamadas secretas, voces íntimas, fernerrojanas, femeninas, casi ancianas, o voces macho, sin otra seguridad que la del whisky, balbucientes/balbucentes por detrás del alcohol.

Es cuando Leonor sale, a media tarde, y se pierde en la ciudad un par de horas, en su coche verde, y regresa a casa, al anochecer, con una novela de amor entre las tetas y una cara más gitana que nunca, porque Leonor tiene cara como un poco de gitana. Gitana blanca, gitana morena, gitana madriles, bajomadriles, gitana sin gitanía, Leonor. Merienda/cena cualquier cosa del frigorífico, juega con «César» en la terraza y luego empieza a arreglarse, ya en serio, para la noche, para sus amigos, para sus clubs, para sus restaurantes, para sus pubs, para los sitios donde la tratan como a una reina, porque saben que lleva clientes caros y pone las cosas de moda. Alguna madrugada, por el verano, en el parque Conde de Osuna, le ha tocado a Leonor bañarse desnuda, en la bañera de oro y blancor, con algún caballero de la finanza pre/posfranquista, y esto ha puesto bordes a las damas, aunque Leonor no hacía más que seguir el juego, pero luego la han llamado a casa muchísimos caballeros, todos los que estaban en la fiesta, menos el de la bañera, quizá porque le había asustado la cercanía de aquella mujer devoradora, irónica y cachonda.

Leonor, cuando toca arreglarse, se arregla despacio, con tiempo y precisión, en su gran cuarto de baño prolongado innecesariamente por los espejos. Cabeza gitana, cuerpo de guerrero cartaginés hembra, pies grandes y manos seguras. Leonor tiene tanta ropa que no sabe dónde elegir. Al final, se pone una cinta por la frente, una túnica corinto, unos zapatos rojos de gran tacón y se deja el pelo suelto, rizado, dorado, es decir, todo lo contrario de como ella lo tiene.

La muchacha (andaré por los treinta, de casarse ni hablar, oyes) conduce su coche verde por la ciudad con buen pulso y alguna audacia, hacia la cita comercial, digamos, hacia la cita amistosa con toda la panda (aún dicen panda y pandilla), hacia la cita amorosa y verité. Colecciona multas de tráfico y mecheros dunhill de oro, que les suele pedir a los hombres como un capricho momentáneo. La verdad es que tiene ya una fortuna en mecheros dunhill de oro.

Leonor, en fin, tiene los ojos más descarados y el culo más pugnaz de Madrid, cien pulsaciones por minuto (morirá del corazón, aunque muy vieja) y un ingenio esquintero e incesante que sabe decir qué pasa siempre que no pasa nada. Leonor nació para esto y a esto se dedica.

La chica, ya se ha dicho, está buenísima.

Se levanta temprano, aunque se haya acostado tarde, se peina mucho la melenita aclarada con tintes y se va a las productoras de cine, o a la televisión, a ver si le dan un papelito. A veces, se lo dan, a veces, no.

Lito es sudoca («sudaca», que dicen los que no saben decir), tiene la cara deshecha en una sonrisa blanda, la boca agria de tabaco y whisky, la ropa escasa y cuidada y los andares delicados, con un piececito para adentro, que es lo que más le delata. Lito, sí, es actor que trabaja lo que puede para ir viviendo. Anda como huído de las vistosas dictaduras americanas, contento de estar a salvo en España, amigo de todos, pudoroso en sus amores. Lito dedica la mañana a las relaciones públicas, la tarde a escuchar música y ver vídeos, «de los vídeos se aprende mucho», en su pequeño apartamento, y la noche a alternar en Aretino con la gente del whisky, del espectáculo y de la moría. Lito parece resignado a pasarlo lo mejor posible. Cuando tiene rodaje o función, Lito se dedica a eso y nada más. Es un vocacional, es un profesional, aunque no se sabe si es un superdotado, ni siquiera un dotado.

Lito besa mucho a la gente en los estrenos, hombres y mujeres, sólo conoce famosos y se engancha en cualquier cena, juerga o borrachera. Lito está en España como en el limbo de los justos o seno de Abraham, y no quiere más.

A veces, sale por la televisión, seduciendo a un joven macarra, y luego la gente se lo comenta, a la noche, y Lito empieza a pensar que a lo mejor ha llegado o está a punto de llegar. A la Fama, se entiende, claro. Lito, metido en juerga, tiene de madrugada una frase definitiva, que revela su lucidez en la ebriedad. La ebriedad de lucidez en que vive:

—Esta noche, el cuerpo me pide comisaría.

Todo un enunciado sadomasoquista. La nostalgia del hombre de sexos múltiples de ser maltratado por los ultrahombres de la policía, que le pueden dañar, pegar, desnudar, agredir, violentar. El sudoca es un maldito con buenas maneras.

Lito, como las marquesonas y las choricillas, vive muy pegado al teléfono, se pasa días enteros (los días peores, los de la neura y la depre) hablando por teléfono: llama a todo el mundo, es halagador por orden alfabético, según su nutridísima agenda, cosechón de nombres, y así se afirma/reafirma en un Madrid que le quiere, pero nunca lo suficiente.

Lito, en fin, baila cada madrugada con la más fea, bajo el aleteo de su melenita falso/rubia, y no se acuesta con el más guapo porque los chaperas están caros y la vida, oiga usted, es que se está poniendo imposible.

Al jurisperito señor Cuétara le gusta comer bien y está un poco cansado del jamón de jabalí que le regalan siempre sus clientes/víctimas, en el pueblo, de modo que, en la ciudad, esta noche, se ha venido al Rincón de la Ternera, a comerse una ternera él solo.

Bien entendido que Cuétara nunca está solo, pues que en seguida lía la palabra con el vecino de mesa, en este caso una honesta familia que celebra algún acontecimiento íntimo, y, mediada la cena, Cuétara es uno más entre ellos, casi como el tío perdido de los más jóvenes del clan. Pero Cuétara tiene sus proyectos para después de la cena, que consisten en pasearse tranquilamente, provincianamente, por la Gran Vía, buena calle para hacer la digestión de la ternera mientras se miran escaparates o se mira a las mujeres de las esquinas, mayormente las de la Telefónica, primer rascacielos madrileño (años veinte). Casi toda la calle es precatálogo, y Cuétara lo sabe, como un Chicago prefuncional, y acaba ocupándose con alguna dama del alba, también precatálogo, sólo que esta noche ha visto a una mujer sin punto fijo, errática y desnuda de alma, toda una señora como perdida a la salida de un cine, sin encontrar taxi, aunque parece claro que la intrusa busca cabrito.

—Tú eres nueva en la Gran Vía —le dice Cuétara, que es todo menos tímido.

—Vengo aquí esta noche porque necesito comprar frascos para mi marido, que está muy malo, y no tenemos un duro.

Es una mujer bella, cuarentona, patética, desdibujada, urgente. A Cuétara le parece un hallazgo, pero Cuétara ha aprendido lo mejor del derecho: la caballerosidad.

—Toma estos billetes y mira a ver si encuentras algo.

Cuétara, aunque no lo sabe, tiene un sentido estético escondido que le denuncia como mediocre el drama que está viviendo, y se deshace de él dándole una ayuda a la mujer y renunciando a la ocasión. La Gran Vía ya no es lo que era. Las grandes joyerías se han convertido en hamburgueserías de madrugada y el perfume de arroz a la cubana, tan profundo/nauseabundo, se ha trocado por un aroma macdonalds, que no pega con las putas precatálogo del viejo Chicote, arrojadas ahora a las esquinas por la marea del rock, el sexo libre, el sexo adolescente y el sexo en general, cuando lo que ellas hacían no era sexo, sino arte por el arte, arte y ensayo, otra cosa, en fin.

Cuétara tira por la calle de en medio, que es la de Montera, cruza Sol y se va al encuentro de la Bonga, en la calle de la Cruz, aunque a estas horas puede que esté ocupada, seguro que está ocupada, pero la Bonga no está ocupada, sino que ilustra la esquina Cruz/Sevilla con la sombra rosa, parda y baudeleriana de su persona negra, cálida, nocturna, hospitalaria y atroz.

La Bonga recuerda a Cuétara vagamente, pero Cuétara recuerda a la Bonga fijamente, y recuerda los recuerdos de cuando se ocupó con ella por primera vez, de modo que se crea una nostalgia para él solo y un entendimiento entre ambos, del que la Bonga no tiene ni idea.

La escalera negra, tras el portal mortuorio, la mirilla de oro, la casa turbia, la lámpara roía y baja, todo lo que Cuétara ha recordado tantas veces, mientras escribe atestados, todo lo que ahora le parece irreal, mientras se desnuda, todo lo que para la Bonga no existe, de tan rutinario, de tan repetido, de tan cotidiano, de tan falto de significación. La Bonga viene de un mundo, África, donde cada cosa es un fetiche, y los objetos del mundo blanco, industriales y repetidos, no tienen ánima para la Bonga, porque la Bonga es animista sin saberlo. Allá en su aldea negra, cada cosa era tan real como una persona, y mucho más eficaz y misteriosa que una persona.

Aquí, en esta capital del dolor, nada es nada para la Bonga, todo se lo puede tragar con su gran boca morada, o con su otra boca sureña y emboscada, como se traga al funcionario congestivo en blanco, a Cuétara, el pobre Cuétara, que le ha dicho a la Bonga que se llama Pedro, y ella le llama Pierre, o más bien, Pieg, porque los negros, aunque sean guineanos, tienen más y mejor oído para el francés que para ningún otro

idioma, aparte el de su tribu. Ya está, la cobra oscura ya ha devorado al pequeño cordero blanco y grasiento, la comunión inversa se ha consumado, Pedro Cuétara duerme un semisueño de triunfador fatigado y la Bonga, con el cenicero entre las tetas, se fuma un puro de señorita, la cabeza llena de nada, el inmenso cuerpo lleno de humo, el alma llena de un mundo pálido y escaso, que no sabe si quiere destruir o devorar.

María Catalina Gentil de Biena da las órdenes pertinentes al servicio filipino (todo el Madrid de los ochenta tiene criados filipinos) para la comida de la noche. Las órdenes de María Catalina son severas, pero desganadas. Seguras y eficaces, pero como un punto cansadas. La señora/señorita Gentil de Biena es rubia de ojos claros y tiene un cuerpo transparente, casi como un alma.

—¿Y la lubina dos salsas?

—Lo que diga la señora.

Los Gentil de Biena son familia militar y a María Catalina le hubiera ido bien el verso del poeta, y el metal amaneció clarín, porque, hija, sobrina y nieta de altos guerreros, las dianas fueron el grito jubiloso de su infancia/adolescencia, y el recuerdo que ella tiene de todo eso no es tan épico como lírico. María Catalina Gentil de Biena puede llorar oyendo un clarín militar, pero no por lo que de militar tiene el clarín. Quizá esto no queda claro, pero da igual. Catalina Biena, como le abrevian en su mundo de cenas y moda de otoño/invierno, suele pasarse las mañanas en la cama, una cama blanca en una habitación blanca, leyendo, oyendo la radio, escuchando música, hablando por teléfono de «la horterada de anoche», una horterada con princesas, pero horterada, pues que la lucidez del nuevo día es lo que da claridad a las cosas. Catalina Biena ha tenido varios matrimonios, hijos, cosas, y lo que ha conseguido de su último marido es dormir en habitaciones separadas, porque Catalina se siente cada día más individuada, más solitaria, más egoísta, pero de un egoísmo claro, altruista e inútil. Desea, en una palabra, disponer de sí misma, pero tampoco renuncia (la inercia social condiciona y arrastra mucho) a recibir de vez en cuando, alguna noche, en su chalet, y hay que decir que María Catalina Gentil de Biena recibe muy bien, que es todo lo contrario de recibir protocolariamente. Catalina Biena recibe sencillamente y como distraída de sí misma. Es, en fin, la elegancia que hay detrás de la elegancia.

A mediodía, Catalina Biena se levanta, se desnuda, se baña, se cuida, deja del otro lado del espejo sus años y sus desengaños. Se fabrica una primavera interior que le sale al exterior, y lo nace con bastante fortuna. La tradición familiar y militar de María Catalina Gentil de Biena está llena de motines, pronunciamientos y asonadas, que llenaron el siglo XIX y parte del XX, hasta muy avanzado éste. De tanto fragor de espadas y proclamas, lo que ha nacido es una flor rubia, pacífica, irónica, cansada e indiferente, que se mueve en la ideología familiar porque no conoce o no quiere conocer otra. Catalina Biena ha terminado de maquillarse. Estaba más hermosa con la cara limpia, sólo con el morbo del sueño, pero esto ella tampoco lo sabe, ni nadie se lo ha dicho. Los árboles son relicarios de la luz —¿primavera, otoño?— y los pájaros son rimas sueltas y perdidas cuando Catalina se asoma al nuevo día, que anda ya promediado. En sus cenas, no frecuentes, pero siempre brillantes, Catalina suele reunir marqueses, gestaltistas, princesas, escritores, maricones, banqueros, jugadoras de Bolsa, artistas y amigos de París, adonde tiene un apartamento. Todos ellos se llevan muy bien.

Para la cena de esta noche, María Catalina Gentil de Biena ya tiene a punto un modelito que la convierte en un Diderot femenino y fucsia, aunque ella no haya leído a Diderot ni conozca sus paradojas. La Alameda de Osuna, donde vive Catalina, es una fiesta de luz en la luz cuando a la dama se la ve pasar de ventanal en ventanal, dando órdenes, arreglando cosas, mejorando detalles, disponiendo la botillería como un ajedrez.

Esta noche va a venir Van Fauna's, el aristócrata que se maquilla, y va a venir Guadalaviar, se dice Catalina, y va a venir Diego, el adivino, y la princesa de Dos Julias, y un académico, y Mariano Armijo, y Ramón Rojas, el pintor equívoco y menorquín, y quizás Antonio/Banco (confirmar), ¿y Fe de Segovia, la reina de la jet?, y Pedrito Collodi, el artista intemporal que le ha hecho a Catalina Biena un retrato donde está toda la transparencia del cuerpo de esta mujer, más el manierismo de su alma.

Catalina Biena tiene hijos de varios matrimonios, ya se ha dicho, criados exóticos, aproximadamente filipinos, maridos como de paso y amigos fijos en Madrid, París y Venecia. Catalina Biena trafica en antigüedades para los pobres y apartamentos caros. Va a entrar en la madurez y aún no sabe lo que quiere, salvo que la dejen en paz.

Después del almuerzo, muy ligero, dormirá una breve siesta. Luego saldrá a comprar algunos regalos para los invitados de la noche, por las boutiques de Don Ramón de la Cruz, y finalmente volverá a casa para irse arreglando, sin prisa y sin pausa, a fin de estar a punto en la comida de la noche.

—¿Y la lubina dos salsas?

—Lo que diga la señora.

La señora no dice nada, sino que con frecuencia se recoge en sí misma, se reconcentra, medita y descubre lo que ya sabe: que no es feliz.

Manuel de Mar viene de los mataderos de Legazpi, de las chabolas de Vallecas, de los laboratorios de actores, de la calle, la noche y los trileros. Manuel de Mar hace rock bajomadriles y tiene en torno una corte de eruditos que se han especializado en él, eruditos en camiseta, que acuden a sus conciertos y anotan sus palabras. Manuel de Mar se saca mocos de la nariz en las fotos de los reportajes y orina el whisky de las damas en sus actuaciones públicas. Cuando hace galas por provincias, los pardales le meten un burro en la sala o una maricona desnuda. Manuel de Mar hace el rock más estrepitoso y gestual de Madrid y de España.

Carne mortal y negra de Legazpi, troncos de la fumata en Vallecas, rock/colza cuando los colceños, muertos por intoxicación del Régimen posfranquista. Luego, Manuel de Mar tuvo un piso en el Retiro, con tocatas, posters, fumatas y movida. Por entonces, ya se había enrollado con una actriz judeoargentina que enseñaba sus hermosísimas tetas en las películas españolas de la tercera vía/Dibildos.

Manuel de Mar aportaba a la pareja una niña habida en las procelas de la vida y unos zapatos marrones y blancos, calados, para el verano. Con la judeoargentina tuvo otra niña, la punkita, que fue ya, decididamente, una niña punk. Manuel de Mar es el rockero más gestual de la actualidad, el más actor (ya se ha dicho que viene de los laboratorios de teatro), y escribe unos poemas/canciones que hacen a la ciudad más ciudad, porque una ciudad no es ciudad sin su poeta maldito, que en este caso es un ángel de cuero negro, ominoso de cremalleras, ángel/navaja que se da al burle con los camioneros de la Puerta de Toledo y pilla monos y monazos de caballo con los Douglas Fairbanks del tráfico dromedario. Un genio.

Así las cosas, Manuel de Mar se ha trasladado a una buhardilla de lujo en Sol mismo, donde da reuniones, sobre todo por su santo, con periodistas largones, muchachas de alma malva que se les sube al pelo, los ya citados eruditos del rock bajomadriles y los bajistas anglosajones que Manuel de Mar se trae de Londres para meterle espesor a lo suyo. Manuel de Mar tiene un deuteragonista, una deuteragonista, en el imperio local del rock, que es María del Recuerdo, una vampi breve y eficaz, ingenua y malvada, benedictina de la clausura de la música, que vende tanto o más que él. Manuel de Mar es el rock bajomadriles, ya se ha dicho, y María del Recuerdo, con sus cejas en pico y su boca en pico, es el rock/tecno, el surrealismo que no se atreve a decir su nombre, la ironía y el ingenuismo. Manuel de Mar y María del Recuerdo van a tener un día más que palabras.

Por las mañanas (no todas) va al Ministerio donde trabaja (tarde, mal y poco). Por las tardes va a los cafés literarios, donde se autoproclama el primer poeta lírico de Cáceres, su pueblo, y por las noches se contrata de palmero, o sea que hace palmas, en los cuadros flamencos que se desplazan a los hoteles con marquesonas para distraerles el insomnio mediante el jupío y el finolaína.

Juanito Querejeta, en fin, se ha montado la vida sobre una flor natural que le dieron en Cáceres, allá por los cincuenta, mediante un poema que cantaba a la cuna de los Conquistadores y la belleza de las «conquistadoras», o sea, las mujeres que se quedaron. Juanito Querejeta le pega al litro e incluso a la litrona, se compra zapatos con calzas, porque es breve, y lleva siempre el *ABC* del día enrollado en la mano, pues que Juanito es de esos que hacen una trompeta con el periódico, lo cual ya les torna dudosos como lectores. Querejeta, en fin, ha llegado al Ministerio lleno de sueño, se ha tomado un par de cafés en el bar, ha leído su propio *ABC* abarquillado y el *As/Color* de un compañero de oficina, ha revuelto un poco en los cajones y luego ha salido a almorzar en cualquiera de las tabernas que hay por las Salesas. Querejeta come con mucho vino tinto, luego brujulea por los cafés literarios de la zona y tiene unas horas perdidas, las del atardecer, hasta que llega la hora de los flamencos del colmao, que sale juega o no sale. Pero es lo que dice Querejeta:

—El flamenco está en decadencia y ya sólo es una cosa para turistas. Se están perdiendo las esencias.

Aunque se están perdiendo las esencias, Querejeta vive de las últimas esencias que restan, y si hay suerte se emborracha gratis, hace palmas, oye buen cante malo y se acuesta de madrugada. A Querejeta le gustaría que todas las provincias españolas, hoy autonomías, fuesen Cáceres, para seguir ganando flores naturales, porque él sólo sabe escribir de Cáceres, y de Cáceres ya lo ha dicho todo, o sea que no escribe. Pero estamos en el tiempo, sí, de las autonomías pre/federalistas, y Querejeta aún no se ha enterado, de modo que cuando, una vez al año, consigue meter un artículo en un periódico, habla en él de la polución de Madrid y añora el tiempo de los tranvías, que no polucionaban. Esta noche, Querejeta tiene flamenco en una suite del Wellington, de modo que se siente todo un hombre con la vida reventona de obligaciones sociales y, para el futuro, muchos versos por escribir. Lo que no se sabe es si Querejeta tiene futuro.

El poeta maldito del franquismo fue Daniel Cendoya, que paseaba su melena blanca, su risa infantil y sus ojos azules, vidriados de alegría o indignación, por los pubs de la resistencia, los clubs de jazz y los cócteles gauchistas.

Así como Lorca oscurece un poco a Alberti, Alberti, a su regreso a España, oscureció un poco a Cendoya, que desde entonces, qué entonces, vive recluido en su piso de Chamartín de la Rosa, con su señora. No es sólo que la poesía social se haya pasado, con el advenimiento de la democracia o la muerte de Franco (la poesía social se pasó diez años antes), sino que el propio Daniel Cendoya ha renunciado a aquella versificación prosaica y cada día hace unos versos más esteticistas, intelectuales, incluso surrealistas, volviendo así a su juventud quebrada en 1936. Pero Cendoya ha hecho mucha vida de noche y vino, ha discutido de poesía y política hasta el alba, viviendo la rica confusión entre ambas cosas, y ha influido en un par de generaciones juveniles. Ahora, Cendoya se pasea por el parque de Berlín, nortes de la ciudad, con las pecas de la edad en la cara y en las manos (las pecas de la adolescencia vuelven en la vejez, como una ironía), un bastón con puño de plata en forma de T y su gran barriga de siempre, apenas atenuada por las dietas de la edad, ya que el organismo prefiere siempre tomar las grasas de otra parte, ignorando misteriosamente la barriga, respetándola como un atributo del yo. Daniel Cendoya, que contra Franco lo tenía muy claro, como todo el mundo, ahora lo tiene menos claro, de modo que en política ha optado por abstenerse y en poesía ha optado por tornar al experimentalismo de juventud, para el cual está muy dotado, ya que «lo social» siempre fue en él un voluntario empobrecimiento de su cultura y su pur sang literaria: sacrificio que nadie le ha agradecido ni pagado, que la vida es así, don Daniel, y hay que joderse y agarrarse para no caerse. Don Daniel se agarra al bastón.

El parque de Berlín, como un pájaro verde de alas inmensas, ve pasar todas las mañanas, y algunas tardes, al anciano de calva moteada, melena blanca, corpachón noble y bastoncito inseguro. Los niños juegan, los solitarios acechan, las madres hacen punto con el tiempo y Daniel Cendoya, que se presentaba de guerrera/Mao en los cafés literarios, cuando entonces, como una provocación, pasea despacio pensando en aquel pasado épico en que Franco tenía una guerrera de generalísimo y él tenía una guerrera/Mao, y parecía que no hubiese nadie más que ellos dos, enfrentados, en España.

Como pasa siempre con las cenas, la lista de invitados ha ido modificándose durante el día y María Catalina Gentil de Biena ha tenido que sustituir a unos por otros, a otros por unos, a medida que se producían las defecciones. El primero que ha llegado a la casa, sobre las diez y cuarto de la noche, ha sido Guadalaviar, que le trae a María Catalina un ramo de violetas mojadas, ¿conoces el poema de Cernuda sobre las violetas mojadas?, está dedicado a Larra, pero Catalina Biena no lo conoce ni piensa en conocerlo, sino que piensa en el regalo que ella le va a hacer a Guadalaviar al final de la cena, una pitillera de oro trabajado, como un recuadro para marcar las iniciales o el anagrama del interesado, no les ha dado tiempo a los orfebres, ya sabes, de hacer las letras, de modo que te la mando dentro de unos días, con tu anagrama y tu escudo.

—No les ha dado tiempo a los orfebres, ya sabes, de hacer las letras, de modo que te la mando dentro de unos días, con tu anagrama y tu escudo.

—Adorable, Catalina, eres adorable.

Esto es lo que se dirán, más o menos, después de la cena, una de esas cenas que se dan con motivo de nada, o sea, sin motivo, y donde la gente demuestra su capacidad de montar la alegría sobre la improvisación, de improvisar la improvisación sobre la alegría que les falta, hasta crearla.

Pero la pitillera estaba destinada a otro invitado, y por eso el recuadro de las iniciales está en blanco, previsoramente, y esto Guadalaviar lo sabe, y Catalina sabe que él lo sabe, pero hacen su primer acto, y lo repetirán luego, exagerando la amistad para relegar la mentira, creando una verdad nueva, que ambos acabarán creyéndose, a partir de una no/verdad. Guadalaviar ha dejado su abrigo de pelo en cualquier parte, quizá en manos del servicio, pero conserva la bufanda blanca, de vicuña o de lo que sea, y Catalina Biena tiene un momento entre sus manos las manos frías y leñosas de Guadalaviar, que trae el frío de la calle, aunque ha venido en coche, y éste es el mejor presente que se hacen (la sensación confortable del frío exterior en el calor interno), aunque ninguno de los dos lo sabe. Guadalaviar toma una copita de algún vino blanco y fino, sentado ya en un diván/pasillo, mientras Catalina, en el diván de enfrente, vestida de Diderot, le da conversación y le escucha con un oído, atento el otro al rumor inaudible de los criados en la cocina y de los coches en la calle, por si llega el próximo invitado.

Las rodillas abullonadas del Diderot femenino, y sus piernas bellas, con medias color flamenco, están muy cerca de las rodillas de Guadalaviar, que sigue cultivando una elegancia alfonsina de antes de la guerra, una guerra que hubo, pero no hay peligro ni complicidad, pues que de todos es conocida la condición unihomo de Guadalaviar, aunque él siga prefiriendo pensar que no. Ni siquiera la mujer vestida de hombre del XVIII le dice nada.

—¿Vas de Diderot o de D'Alembert?

—Como tú prefieras, Guadalaviar. Eso tienes que decirlo tú.

—Yo es que me hago mucho lío con los enciclopedistas, ¿sabes? Eran todos una especie de rojos con peluca, pero, cuando menos, conservaban las formas. Hoy ya no se conservan las formas, Catalina.

—Y tú que lo digas, Guadalaviar.

(Guadalaviar se queja de que no se conservan las formas y Juanito Querejeta se lamenta de que no se conservan las esencias. Este país es que está lleno de conservadores.) Guadalaviar comprende que hay que llenar la espera, que ha cometido la descortesía de llegar el primero, y le cuenta a Catalina Biena algunas historias del XVIII, a propósito de los enciclopedistas y del traje de la bella, historias que él llama «picantes», y que tratan siempre de algún fraile que hacía versos y rimas con la palabra culo. Guadalaviar se toma otra copita de vino blanco, servida por un criado así como malayo, o vaya usted a saber.

Las pardalas son las últimas ibéricas —jóvenes, vírgenes— que han descubierto el mito de la gran ciudad, cuando ya todo el mundo está de vuelta; se vienen voluntariamente a la capital, a los barrios periféricos, al gran Sur, al Este putrefacto del Edén, para formar entre los rehenes de los vencedores, que a la postre son siempre los mismos. En Vallecas se almuerza temprano y, nada más almorzar, la pardala —joven, virgen, prieta, inocente y deliberada— agarra el metro y se viene al centro, plaza de don Jacinto Benavente, arranque de la calle Atocha, a vender el virgo por cinco mil pesetas en una casa de citas que hay en los aledaños.

La pardala es un cruce de rockera de los ochenta y criadita de los cincuenta, una difícil combinación de modas madrileñas e inercias de su pueblo, la permanente alocada por el viento de Madrid, los pendientes de criada, los labios pintados sobre una boca de niña, los jerséis que no consiguen domeñar sus pechos de manzana furiosa, las manos con sabañones, a estas alturas, y sortijitas del novio que se quedó en el pueblo, la minifarda de cuero falso, los zapatos plastiqué y las pantorras entre El Greco y don José Gutiérrez Solana.

La pardala se ocupa dos o tres veces en una tarde, vuelve a la chabola, en metros y autobuses, a una hora decente, con veinticinco mil pesetas entre los pechos, y hasta tiene un novio, en Vallecas/puente, que la quiere de verdad.

Algunos caballeros de provincias, algunos madrileños de vocación, han descubierto la existencia de la menor, de la pardala, que aparece a deshora por los lugares citados, cuando la ciudad está almorzando, y que ofrece un virgo barato. La pardala no tiene oficio, y tiene poco beneficio, para lo mucho que da. La pardala huele a siembra pobre y a chabola, la pardala huele todavía a campo y minifundio, a fiesta del Cristo y frutas violentas del huerto familiar. Pero la pardala no sabe eso, que es su mayor encanto, lo que el madriles paga, y se arregla y se pone las arracadas de boda —qué boda— para alternar en la plaza de don Jacinto Benavente, tras haberse pintado mucho los labios en el wáter de una cafetería de Carretas.

La pardala, en fin, es el fracaso de toda una España agraria, joven y eterna, que se entrega como botín fácil a la ciudad grande, sin saber muy bien por qué, quizá porque la vida es monótona en el pueblo o porque otra pardala se vino antes, teñida de rubio hasta las raíces, y sólo se sabe de ella que alterna en los estrenos y viste de napa.

La pardala promete mucho, por su juventud silvana, pero en realidad no tiene nada que ofrecer, pues que ignora el oficio, aún no conoce el orgasmo y, en general, sigue enamorada del hijo del boticario, que quizá la llevó hasta la estación del pueblo por quitársela de encima o de debajo.

Es como un actor del viejo Hollywood, aunque sólo ha sido actor en Madrid y en provincias. Tiene algo de un Edward G. Robinson de la Gran Vía, la cara más ancha que larga, la sonrisa más ancha que larga, los ojos de galápago y las manos, rudas y fuertes, llenas de pecas, esas pecas de juventud que vuelven irónicamente en la vejez. Cosme, con noventa años, o cien, o doscientos, trabajó con esas manos en el Valle de los Caídos (redención de penas por el trabajo), como prisionero que era, Cosme labró la piedra, acarreó el cemento, cargó con los materiales, hasta que se escapó de allí, o le escaparon, para convertirse en pocos días en uno de los grandes «característicos» de Cifesa. Don Cesáreo González creía mucho en Cosme.

Es lo que él dice siempre:

—Yo pasé en una semana de los chicharros al caviar.

Cosme tiene, como Edward G. Robinson, tras el gesto de gángster cansado, una bondad, una paz inteligente e inalterable que congrega en torno suyo a los actores nuevos, a los periodistas de la noche y a las actricillas que esperan algo de él, amor o protección. Es el patriarca de todos los sin padre que se emborrachan de madrugada, o que madrugan para emborracharse.

Cosme, cuando abre una botella de whisky, la termina. Los actores jóvenes y las actrices le llaman don Cosme, por respeto, pero el don le hace viejo y Cosme prefiere seguir siendo Cosme y nada más. Cosme reina todas las noches en Aretino, el nuevo/viejo club de los cómicos, y allí se va bebiendo el whisky lentamente, mientras cuenta historias de la guerra, de la cárcel, de la redención de penas por el trabajo y otros invictos inventos del Caudillo.

El personaje ha leído más de lo que parece, y a los escritores les hace citas de sus libros, lo cual impresiona mucho al resto de los cómicos, pues se sabe que los cómicos sólo leen la parte del libreto que corresponde a su papel, sin mayor interés por el resto de la obra. Cosme ha encontrado una última instalación en la vida, en la noche (que para él son la misma cosa), y que consiste en un whisky delante, una actricilla adolescente al lado y un corro/coro de amigos jóvenes que le escuchan y repiten. El hombre vive una nostalgia de los tiempos de Cifesa/Cesáreo González, que a veces se le confunde con su oposición insobornable a aquella España. Cosme se ha instalado en la contradicción de la nostalgia crítica, tan común a los hombres de su generación, aunque vaya usted a saber de qué generación es Cosme.

En torno de Cosme, algunas noches, en Aretino, el elegante Guadalaviar, y aquí el entendimiento cortés entre la izquierda y la derecha, pues que Guadalaviar perteneció al bando de los vencedores, naturalmente, en aquella guerra que hubo, y por eso mismo viene a la tertulia de Cosme, como a confesarse o a hacer méritos. En todo caso, él y su loro, tan monárquicos, estuvieron siempre en una actitud reticente respecto de cualquier cesarismo. Algo así.

Leonor gusta de la amistad de Cosme, como padre que él es de la noche. Y Lito, que siempre espera encontrar entre los actorcitos jóvenes algún chaperero vergonzante y barato, o el amor de su vida. Guadalaviar y Lito se intercambian copas, cigarrillos y sonrisas, en la tertulia de Cosme, pero de ahí no han pasado, pues que vienen de mundos muy distantes el uno del otro, aunque les reúna una misma corriente secreta, sentimental y torturada.

Leonor, digamos, es como la antorcha encendida y hembra en la tertulia en penumbra de Cosme. Cosme es la historia de España, la guerra civil que promovieron y ganaron los dueños inmemoriales de las cosas, la cárcel, la pena de muerte, la conmutación por el trabajo en Cuelgamuros, de donde Cosme desapareció para reaparecer convertido en otro, en el Edward G. Robinson español, y vivir de nuevo el triunfalismo/Cifesa de la época, pero ahora de mentira, de ficción, de cine. Cosme es la izquierda pasiva que a veces cena con Santiago Carrillo y que todas las noches pone academia involuntaria en Aretino, o donde sea, explicando la triple asignatura guerra civil/posguerra

cinematográfica/actualidad frustrante que le lleva a dormir de día, para no enterarse del presente, y vivir de noche, de whisky y de admiraciones.

En torno de Cosme, Mariano Armijo, actor de provincias que se ha venido a Madrid decidido a triunfar. Armijo es alto, miope (pero un galán no puede ponerse gafas), delgado y con una cierta elegancia natural. Armijo espera algo de la amistad de Cosme, ni él mismo sabe qué, y espera mucho de la amistad de Leonor, o sea, beneficiársela. Y beneficiársela gratis, pues que Mariano Armijo se tiene a sí mismo en mucho. Hacia el final de la noche, mientras Cosme sigue contando anécdotas de Cesáreo González y Carmen Sevilla, Leonor y Armijo tienen las manos enredadas, descuidadamente, como Guadalaviar y Lito, por otra parte y sin mayor recato.

Juanito Querejeta, bebido y sin flamenco, por una noche, se integra en la tertulia de Cosme, sólo por disfrutar gratis del whisky confuso, y por oír una vez más al viejo cómico las viejas historias de los treinta/cuarenta/cincuenta que ya le ha oído tantas veces. Juanito Querejeta asiente con la cabeza a todo lo que dice Cosme, de una manera mecánica y beoda, mientras la noche transcurre por Aretino y la cultura nacional se bloquea de whisky segoviano, que se les cobra como si fuera chivas.

Daniel Cendoya, el poeta, venía en tiempos a esta tertulia, y siempre mostraba un respeto por Cosme, el hombre que había estado condenado a muerte por el franquismo y que había sido esclavo en la construcción piramidal y hortera de Cuelgamuros. Pero Daniel Cendoya, ahora, se acuesta pronto, que la noche le trae la bradicardia y teme que se le pare el corazón.

Cosme, pues, va siendo el último o el más viejo de la noche y la farra, pero ya tiene preparado su retiro en Torreldones, adonde se mete cuando el alma se le cansa. Pasó de los chicharros al caviar en una semana, y además en Riscal, por más detalle, como ahora va a pasar del whisky mezclado y nocturno a la claridad pictórica de Torreldones, ya que su alma cansada se compone, como casi todas las almas, de pulmones, corazón, hígado y otras dependencias, todas con una biografía más corta que la larga biografía de Cosme, el patriarca de la gallofa bohemia. A Cosme le parece que la libertad de España, que él soñaba anarquista/comunista, en una confusión que nunca ha tenido tiempo de aclarar, se realiza cada noche en su tertulia, cuando Guadalaviar le coge la mano a Lito, cuando Mariano Armijo le coge una mano a Leonor, cuando Daniel Cendoya mezcla Rilke con Marx, en la conversación, bajo el patrocinio parroquial de don Antonio Machado, de quien tienen una foto los ministros de su casa, junto a la bandera rojigualda.

Cosme sabe todas estas cosas, pero el corazón se le retira de la noche como él piensa en retirarse de la vida. Cogidos ya todos de las manos, a las cuatro y media de la mañana, siempre hay una mano femenina, áspera y tierna, de actricilla nueva, que le coge a Cosme su mano poderosa, débil y solitaria: «¿Te llevo a casa, Cosme?».

De Navacerrada para abajo, los nortes de Madrid son claros, aseados, extensos. De Navacerrada para abajo, la entrada en la ciudad es hermosa, limpia, serrana y un poco cursi. Blas, el señorito Blas, vive en un chalet, entre Madrid y la sierra, con jardín inglés, es decir, con una gran extensión de césped y los árboles en derredor. El señorito Blas es terrateniente, cincuentón, solterón y calvo. Tiene tierras por Andalucía, fincas, vedados de caza, pinares, y con frecuencia coge el mercedes y se va a visitar su imperio, a hablar con los capataces, a matar unos conejos con los amigos y los duques pecuarios. Otras veces, según, el señorito Blas sólo baja a Madrid para una cena de banqueros, periodistas, bellas modelos y algún personaje de Marbella, como don Jaime de Mora y Aragón, que pone su saludable color mediterráneo, como un ser exótico, entre la palidez enferma y metropolitana de los grandes madrileños. Lo que más añora el señorito Blas son los felices sesenta, los años del franquismo abierto de Fraga, cuando él alternaba con el marqués de Villaverde, con Luis Miguel Dominguín y con los March. Por entonces le sacaban mucho en las revistas del sentimiento, siempre acompañado de alguna modelo de Herrera y Ollero o de cualquier otra firma de prestigio, pues que él compartía maniqués con algún Fierro perdis (siempre al decir del señorito Blas), y las más caprichosas y más bellas eran las de Pedro Rodríguez.

Pero el señorito Blas, que no es tonto, matiza su nostalgia del tardofranquismo con oportunas críticas a aquel sistema, contando muchas veces, por ejemplo, los dieciochos de julio en La Granja, el teatro que tenía todo aquello, el desmelenamiento de las fuentes y el correr de las folklóricas ante el César Visionario, cuando éste alargaba una mano distraída y ya parkinsoniana hacia el jamón de jabugo, que se servía en taquitos, como gesto inicial y casi romano para abrir la fiesta.

Se conoce que el César Visionario no le había hecho demasiado caso, pese a que él le invitó alguna vez, a través de dominguines, a cazar en sus fincas, porque el señorito Blas no habla bien de Franco.

Blas, sin saberlo, es un poeta del campo, es un bucólico, aunque él sólo crea en la explotación de la tierra y de los hombres, a los que a fin de cuentas doy trabajo y pan, se dice el señorito Blas en sus soliloquios, en su dialéctica interna e incesante, pues que el señorito Blas no es tonto, como ya se ha dicho, y tiene dudas respecto a la legitimidad de sus riquezas, dudas que siempre disipa su otro yo más manierista y discursivo.

El señorito Blas, decíamos, es un poeta bucólico sin saberlo. Pero le apasiona observar (sabe leer el campo) la estrategia de la araña, que cada noche extiende su red y cada mañana la recoge, el pleito entre el gato y las urracas, eterno y cruento, la ceguera del conejo con mixomatosis, al que redime de un disparo, la belleza sexual de la seta venenosa y la humildad alegre de la seta nutritiva, la amistad de los pinos, la picardía del loro, el despotismo del mono y la docilidad del cuervo, que tiene uno amaestrado y le sigue a todas partes, negro y diligente como un albacea.

Blas, el señorito Blas, a veces baja a Madrid, en solitario, y se sube una modelo al chalet, para pasar la noche. (Unas modelos se alquilan y otras no, que eso va en gustos, necesidades y pareceres.) Pero Blas se va notando ya un poco viejo, un poco cansado, y siente que una mujer es mucho para toda una noche. No amortiza con la herramienta el dinero que paga. A Blas también le gustan las menores, pero de éstas no se encuentran, como no sea en matrimonio, y si una cosa tiene clara en la vida, el señorito Blas, es que ha de morir soltero y sin derechohabientes, que se jodan, oiga, que lo mío no lo va a disfrutar nadie, y usted que lo diga, señorito Blas, sus aparceros siempre le dan la razón, a ver, por la cuenta que les tiene y lo mucho que le roban. Blas, en fin, no sabe si es feliz, pero a veces piensa que sí.

El peine de oro y nácar para el largo pelo negro, los pendientes de perlas filipinas, o quién sabe, la sombra para los pómulos, los polvos para la nariz (frustrada nariz egipcia), el carmín inglés para la boca que hay que inventarse, porque apenas hay boca, los collares de oro, de plata, y los collares traídos del fondo del mar, forjados minuciosamente por los orifices/artífices que trabajaban en el fondo del mar. La máscara de maquillaje para la máscara del rostro, el dibujo negro, largo y persa para los ojos, grandes y relevantes, con más color que mirada. Fe Segovia se arregla lentamente, ritualmente, minuciosamente, para la cena de esta noche, para la cena en casa de María Catalina Gentil de Biena.

Fe Segovia viene de la aristocracia agraria y las finanzas madrileñas. Fe Segovia es jugadora de Bolsa, buena cristiana, reina de la noche elegante y soltera por exceso: demasiado dinero, demasiada estatura, demasiada biografía. Fe Segovia, ya entre los cuarenta y los cincuenta, vive de amores adolescentes que le salieron mal y fiestas nocturnas donde su aristocracia monetaria se le trueca en aristocracia aristocrática, como a una Cenicienta por arriba. Fe se crió con las monjas en provincias, claro, y luego estuvo en los mejores colegios de Londres, hasta que un día se hizo consciente de que sus padres la estaban haciendo internacional por alejarla de sus amores campesinos y primeros, incluso familiares. La niña era demasiado.

El peine de oro y nácar, el largo pelo negro, los pendientes filipinos, la sombra de los pómulos, los polvos para la nariz (que los gacetilleros mundanos llaman «egipcia»), el carmín inglés, los collares marinos, submarinos, el maquillaje, el dibujo persa de los ojos (Fe es, arreglada y en persona, como un tratado de religiones comparadas). Fue el momento en que Fe, percatada de las maniobras paterno/maternas, pensó meterse monja en el mismo convento provinciano donde había estudiado, pero Fe había nacido para santa entre los pucheros, como Teresa, aunque los pucheros, hoy, sean de oro macizo. Para santa en el mundo, quiere decirse. De modo que Fe Segovia viaja mucho —Londres, Nueva York, la India—, y aquí en la ciudad hace mucha vida social, pero vive ya su soltería como un monacato interior, pues que los hombres son temblones y arrugadizos: mucha mujer, mucha estatura, mucho dinero, muchos idiomas, mucho de todo. A ver quién se atreve a pedir la mano de Fe.

En el Extremo Oriente suele enamorarse de príncipes con cara de Sandokán. Una vez fue a la India con dos amigas, a profesar con un gurú enceguecedor, legendario y bello. Las dos amigas se quedaron a vivir con el gurú, olvidadas de sus maridos ministros en España, pero Fe volvió sana, santa y sabia, trayendo a la Corte lo mejor de la bisutería trascendental del gurú, para repartirlo fastuosamente en las cenas. Así es Fe, Fe Segovia.

El peine de oro, los pendientes de perlas, el carmín inglés, etcétera. Fe gusta de arreglarse sola (aunque cuenta con doncellas filipinas para ello, como todo Madrid), porque mientras se arregla, Fe medita e, incluso, algunas veces, reza.

La Gentil de Biena es una generación más joven que ella, de modo que la amistad entre ambas es distante, reticente y encantadora (los años separan mucho a las mujeres: lo que más). Fe Segovia ha sido requerida a última hora para esta cena, pero ella no puede imaginarse nunca como sustituía de alguien: del mismo modo la propia estimación es lo que más se resiste siempre a nuestros celos o sospechas, pues que no podemos imaginarnos sustituidos por nadie.

Asentada ya en la ciudad, con algo de embajadora de Madrid en Madrid, Fe Segovia da sus propias cenas, naturalmente, con un criado negro que, a la puerta del comedor, exhibe el mapa de la mesa a los invitados, para que entren sabiendo dónde sentarse. Esto es cosa que, casi todas las señoras madrileñas que «reciben», han aprendido en Liria. Pero a Fe le gusta más que la inviten, que la llamen, que la recuerden. La túnica sagrada, las pulseras de oro y caligrafía por medio brazo, los anillos para una dama mejor y mayor entre las damas: ya se ha dicho que Fe Segovia, provinciana y

cosmopolita, es como un estudio andante de religiones comparadas. Antes de salir, reza un momento en la capilla de su palacio. Luego, el rolls y el chófer negro se ponen en marcha. Fe acude a las fiestas con la mala con ciencia de ser la monja que le falta a su convento de provincias.

Lo cual que una estaba ya muy harta de aguantar en el pueblo, no sé si usted me comprende, señorito, o sea que una cogió la renfe y se vino a la capital, o sea mayormente, que en el Pozo tengo familia y una no se ocupa por vicio, que una se ocupa por necesidad, como otras van a mecanografía, en el Pozo ni se enteran, y menos mi familia, que vivo con unas cuñadas que andan a la carbonilla y al hilo de cobre, o sea sus hombres, y sale lo que sale, que siempre es poco, pero es que en el pueblo era ya imposible, señorito, toda la vida comiendo patatas asadas, y una vez al año jamón de jabalí, que me hacía a mí mucho daño el jamón de jabalí, a ver, lo fuerte que es, que debo yo andar como de la vesícula o así, y luego el cachondeo de los mozos, y la falta de respeto, que se la folian a una en plan romántico y les falta el tiempo para ir a contarle a Casa Aniano, la taberna, usted ya me entiende, y de lo dicho no hay ná, a ver qué porvenir, usted me dirá, de modo que cogí la maleta y con unos chavos que le tenía sisados a la mi madre, para Madrid me vine, tan dispuesta, que el revisor me lo dijo en el tren, que me conocía de las paradas, que paseábamos mucho por el andén, cuando más mozas, adonde irás tú, cabeza loca, qué se te ha perdido a ti en Madrid, pardala, hija, cómo está el mundo con el socialismo, parecía un confesor el revisor, señorito, si es que en el tren la gente es muy de derechas, y ya todos los del vagón empezaron a mirarme como a una cualquiera, hecha una dolorosa venía yo, haciéndome la dormida por no aguantar las miradas de las madres, de los niños, de un señor cura, de unas monjas, de un guardia civil de paisano, que lo conozco yo de la parte por donde vigila, que más de una vez y más de dos me tenía reprendida cuando nos encontraba con algún mozo en los pinares, tú vas a acabar mal, Criselda, y mire usted por dónde que me lo encuentro en el vagón, qué cruz, claro que de paisano era otra cosa, y aquí en Madrid ya todo fue un respiro, señorito, que la gente ni me miraba por la calle, aquí cada uno se ve que va a lo suyo, como debe ser y no en el pueblo, que vivimos pendientes unos de otros, a mí Madrid me va, usted qué quiere, y en el Pozo nos llevamos muy bien con mis cuñadas y con todo el mundo, la gente anda a la busca, ni se habla del amor, no le dan tantas vueltas al amor como en el pueblo, cada quien folla con quien puede, o sea en el Pozo, y las parejas duran una eternidad, que me ha salido a mí una proposición, como le digo, no sé si lo he dicho, que en cuanto acabe la chabola el chico, muy bajo él, nos vamos a vivir juntos a Entrevías, y que le den porculo a todo el mundo, de esto él nada sabe, señorito, yo le digo que vengo a hacer paquetes en un almacén, o sea aquí al centro, él anda ocupado en su albañilería, que va a hacer un palacio, como yo le digo, más que una chabola, pero va para largo y lo que una quisiera, señorito, es un empleo decente, que si una alterna, aparte la necesidad, es por encontrar un señor que la coloque a una, para fregar los suelos, señorito, si usted quiere yo le friego los suelos de su casa, en plan decente, ya ve, y usted me da lo mío y se acabó, por acabar con esto de la calle, por ayudar un poco a mi Cristóforo, que a lo mejor hasta nos casa el padre Llanos, ¿no tendría usted algo para una, señorito?, y el señorito Blas, que se na ocupado con la Criselda (las pardalas ni se molestan en cambiarse de nombre), soporta la parla de la moza, tendido en la cama junto a ella, ya saciado, y se dice por dentro que esto es lo que tienen las pardalas, en principio apetecen más que las sofisticadas de la calle Orense, pero luego te pegan la paliza, no son profesionales todavía, de modo que largan y largan, no me cuentes tus penas, oyes, amor, te he pagado lo tuyo, no me cuentes tu vida, olvídame, Blas, el señorito Blas fuma en silencio, secándose el sudor con la sábana, mirando al techo, indiferente, ya, al cuerpo cereal y alegre, rubio y duro, de la Criselda, de la pardala.

Al señorito Blas se le ha ocurrido, como otras tardes, bajar a Madrid en el dos caballos (los mercedes cantan mucho ahora que hay socialismo), para buscar pardalas por Atocha, como antes las buscaba por el Retiro o por el Parque del Oeste. Y Criselda le ha llevado a la casa donde siempre se ocupa.

El primero que le habló a Blas de las pardalas de Atocha fue Cuétara, que conoce Madrid mejor que los madrileños, como les pasa a todos los provincianos. Blas y Cuétara se conocieron un día en el Casino de Madrid/Torrelodones, en la ruleta, codo con codo, y Cuétara ganaba siempre, por lo mismo que no le importa perder, y Blas quiso saber si Cuétara tenía alguna fórmula secreta para la bolita, como la tienen todos los grandes perdedores y ganadores, pero la única fórmula de Cuétara era y es la confianza en sí mismo, y Blas, el señorito Blas, una vez que se hubieron presentado de tú a tú, comprendió que él no disfrutaba de esa confianza en sí, que nunca la había tenido, ni en el juego ni en la vida ni en nada, salvo cuando se sentía feliz, sin saber por qué.

Se tomaron unas copas en el bar del Casino y hablaron de mujeres, y Cuétara, el funcionario de la Administración, le habló a Blas de la negra Bonga y de las pardalas de Atocha. El señorito Blas era un poco racista sin saberlo, de modo que pasó por alto a la Bonga, pero se le quedó la idea de las pardalas, y desde entonces baja periódicamente a Madrid, deja el coche en cualquier aparcamiento, sube a pie la calle de Carretas, entre las dos y las cuatro de la tarde, en días perdidos, en lunes infecundos, y busca la chica montaraz, incluso con la esperanza de llevarse un virgo alguna vez.

Esta tarde, el señorito Blas ha descubierto a la Criselda, dura y fría como una de las estatuas carlotercistas que adornan la ciudad. Blas no quiere confesarse a sí mismo que el ardor de las mujeres, pardalas o no, nunca se despierta con dinero. Blas, dueño de latifundios, se siente dueño de todo lo que mira, porque puede comprarlo, pero la Criselda le está contando su amor con un mierda del Pozo, y en el trance ha estado respetuosa y ajena, aunque Blas se haya dado el gusto de tocar una carne de consistencia rural y edad primera.

Y encima se le quiere meter en casa de criada. De modo que Blas tira la colilla, se levanta de la cama, en la habitación sombría en rojo, ya inútilmente sugeridora, y se viste entre los muebles viejos, olores pobres y espejos de latón. El señorito Blas orina y luego deja el servicio libre para la Criselda, que se mete allí a lavar su pecado, aunque ella crea que sólo se está lavando los bajos.

Blas, el señorito Blas, se ha vestido, se ha peinado la calva (las calvas hay que peinarlas mucho), ha encendido otro camel (resulta que ha vuelto el camel de cuando yo era joven, empecé a fumar, a escondidas, con los camel, somos de ayer, Blas, cabrón, anda que no ha llovido), Blas se lo dice al espejo de latón, y el espejo le dice que todo esto es una mierda, pero Blas no deja entrar esa idea en su cabeza ni por un momento, a la noche tiene cena nada menos que en casa de María Catalina Gentil de Biena, de modo que sale al pasillo y a la escalera sin despedirse de la pardala, que sigue en el wáter lavándose las partes y cantando canciones de su pueblo.

Cuerpos rojos, unánimes, esbeltos, cuerpos azules, femeninos, rápidos, según la luz, el foco, el maquillaje. La fiesta de los cuerpos, Crazy Horse, en la capilla honda de Pasapoga, cuerpos, cuerpos, desnudos cuerpos de mujer, extranjeros cuerpos, de dimensión exótica y lenguaje mudo. Todas son extranjeras, las muchachas.

Todas son extranjeras y seguramente ninguna, o casi ninguna, sabe hablar castellano, de modo que los clientes de Pasapoga, provincianos en sombra (quizá don Pedro Cuétara esté entre ellos), sienten aún más distantes esos cuerpos, como más virginales e inasequibles, sellados por el mutismo de otras lenguas. Los clientes de Pasapoga, en esta penúltima época de la sala, que conserva la suntuosidad catedralicia e inútil del placer en los cuarenta, los clientes de Pasapoga, se decía, están curtidos en la vedette de revista, en la chica de conjunto, en la corista, que se la ve de pueblo, como ellos, accesible, abordable, adquirible, aunque no todas. Pero estas extranjeras tienen piernas de ave zanquilarga, y hasta sonríen en otro idioma.

¿Cómo esperarlas en la salida de los artistas, por el callejón de al lado? Lo que exhiben las chicas del caballo loco es una sexualidad desnuda y escueta, aséptica, una sexualidad como de otro planeta, una sexualidad hermética, distante, atlética e imposible.

Georgia, de Canadá o de Alaska, ni se sabe, entre número y número, en el submundo de los camerinos, en ese más allá que los clientes de Pasapoga ignoran, es una criatura de desnudo rojo que escribe a máquina bajo el espejo de los maquillajes, la cabeza en llamas, los ojos verdes y largos, los pechos abundantes, las piernas largas.

Otras veces, entre número y número, mientras el mago saca una sortija de la naranja hermética del postre de una espectadora, Georgia, la muchacha roja y canadiense, quizá canadiense, ni se sabe, pasea por las galerías subterráneas del teatro, fumándose un porro de maría, y los tramoyistas ya ni miran, que están muy acostumbrados a mujeres desnudas, desde las gordas de los cuarenta a estas flacas de hoy, extranjeras y raras. Georgia, toda en rojo, es un ángel de cuello largo caído hasta el subsuelo profundo de la Gran Vía, no se sabe por qué pecados de soberbia contra el Dios protestante. La muchacha fuma y pasea, cogiéndose el vientre con una mano y fumando con la otra. ¿En qué piensa la muchacha? Quizá piense en los muertos de su familia, aquellos muertos que enterraron bajo la nieve (y de la nieve sale humo durante unos días, mientras el cadáver se descompone). Quizá piensa, redacta mentalmente las cartas que luego va a escribir en la pequeña máquina norteamericana, que está en su sitio, en el camerino colectivo, entre maquillajes y tarros de pintura roja, la pintura que luego, en el escenario, bajo el efecto de los focos, torna su cuerpo de una materia submarina, de una sexualidad de algas y ahogados. Georgia, animal de fondo.

Tuvo una infancia de crismas, entre la caricia visual de la nieve y el fuego hogareño de tanta madera sobrante en un país de bosques que brotan cada día como en las afueras de Madrid brota la flor sin nombre, única entre ferralla. Toda la infancia de Georgia fue como una perpetua navidad, y ahora no le gusta lo que hace, exhibirse desnuda para una inmensa masa de sombra con ojos, por eso escribe cartas y cartas a su familia, a sus familias, Georgia, porque quiere reforzar cada día el hilo (cada día más tenue, a su vez) que todavía la une con la niña que fue, blanca y rubia contra la nieve eterna y buena.

Ocurre que Georgia fue una de las mil secretarias de los Kennedy, en Boston, a los dieciocho años. Cada día era más bella y estaba más perdida en el mundo, sin saber qué hacer. En unas vacaciones navideñas (cuánta navidad en la vida de Georgia), pasó por allí el Gran Circo Americano, y Georgia conoció a un gimnasta español, Miró, hombre maduro, casado y con hijos, que la propuso juntarse a él, trabajar en el circo como écuyère, viajar. (La mujer y los hijos, Miró los tenía en algún lugar de España.) Entre la oficina de los Kennedy en Boston y el arcoiris sucio y formidable del Gran Circo

Americano, Georgia no dudó en su fascinación y viajó por el mundo, vivió la pasión intensa y macho de Miró, y se hizo écuyère, día a día.

Hasta que una vez, de paso el circo por España, Miró decidió abandonarlo todo y quedarse con su familia, allá por Murcia, y le dijo adiós a Georgia, en Madrid mismo. Georgia tuvo una crisis, dejó también el circo y se quedó en Madrid, donde Miró la visita de vez en cuando, llegado desde Murcia. Georgia siempre hace su número, en Pasapoga, pensando que entre las sombras está Miró, como alguna vez ha ocurrido, y que se está exhibiendo para él, aunque sabe que no, pero este pensamiento ayuda a Georgia a hacerlo mejor (también funciona aquí el juicio profesional de Miró, que la enseñó a ser écuyère) y para gustarle a su amante. En España, Georgia vive de un papelito en una película o en un café/teatro, de unas fotos desnuda para una revista, ahora que hay porno, y de pronto le ha salido lo de Crazy Horse, en Pasapoga, que es el mejor trabajo de su vida, aunque Georgia lo que quiere es casarse y tener niños. En Madrid, inevitablemente, ha conocido un poco al personal (habla el castellano con la máxima facilidad y la mínima torpeza graciosa de las americanas listas), y un nieto de don Manuel de Falla ha habituado a Georgia a fumar maría.

Terminado el espectáculo, Georgia se pega una ducha para quitarse lo rojo del cuerpo, recoge las cartas que ha escrito entre número y número, cartas a sus hermanos, a sus hermanas, a la primera mujer de su padre, o sea su madre, a la segunda mujer de su padre, con la que sólo ha cenado una vez, y, sobre todo, cartas a su padre, hombre de origen latino, del que está un poco enamorada.

Entre las chicas de Crazy Horse hay una alemana que es la menos joven de todas, y la menos atractiva, con un cuerpo casi masculino, pero que es la más artista. La alemana está enamorada de Georgia y todas las noches le habla directamente de su amor, como un hombre, y le propone irse a dormir juntas al apartamento de una de las dos, y le toca a Georgia las tetas o el culo, en el camerino colectivo, delante de todas las demás, cuando el humor y la colectividad permiten estas cosas.

Georgia admira la inteligencia de la alemana, con la que habla en inglés, y lo que realmente tiene de artista, y empezó rechazando con asco y escándalo las proposiciones de la otra, pero Georgia está muy sola, la maría no le basta, ni el nieto de Falla, ni las improbables visitas de Miró, de modo que va a caer, un día va a caer, Georgia lo sabe, se sorprende a sí misma pensando en ello, pues que también en eso piensa cuando pasea, desnuda y roja, por los hondos corredores de la Gran Vía. Después de todo, el amor entre mujeres es el que deja menos huella. Esta noche, como todas las noches, la alemana ha acompañado a Georgia, Gran Vía abajo, hasta la casa donde Georgia tiene una buhardilla. Pero esta noche no se han despedido en el portal. Georgia le ha permitido a la alemana que suba a dormir con ella.

Al padre Melero, en Entrevías, se le aparece Cristo algunas mañanas. La primera vez fue en el viejo sofá marrón del cuartito, como se le apareciera a García Morente en tiempos. Y parece que Cristo le ha cogido gusto al sofá, pese a lo incómodo y puntiagudo, puesto que es donde suele aposentarse cuando visita al padre Melero, en figura de parado, de joven pinchota o de obrero viejo. El padre Melero es o era párroco en Entrevías, pero la iglesia, ahora, está como tachada por la gran equis de unos tablones que en una noche de revolución pusieron los vecinos, y nadie se ha atrevido, desde entonces, a quitar los tablones. De modo que el padre Melero reparte los sacramentos en casa, a quien quiere recibirlos, bautizos, bodas, comuniones, confirmaciones, confesiones y todo lo demás, excepto extremaunciones, que, como es lógico, le obligan a desplazarse a la casa o chabola del moribundo, cuando éste o la familia lo solicitan. El padre Melero es un cura de paisano, con el pelo blanco, con esa blancura que tiene el pelo a los setenta y cinco años: una blancura que va más allá de la plata madura o la dimensión de la nieve. Bajo este pelo, que el padre Melero se peina de una manera infantil (sin duda, no ha cambiado el peinado desde que entró en el seminario), la cara larga y transparente, más que pálida, con los labios húmedos y la energía repentina, la iracundia en blanco, que asusta más por eso mismo. El padre Melero, en casa, se pone un bonete judío y unas sapatillas de cuadros. Por el invierno, como la estufilla tira poco, se refuerza con una bata de cuadros (hay cuadros que han envejecido mucho y otros que están nuevecitos) y un suéter azulina o marroncillo, según. Párroco de los pobres, el padre Melero, párroco sin parroquia, se organiza su misa por las mañanas, nada más levantarse, poniendo a Dios encima de la máquina de escribir, española, que suena a lata, y comulga o desayuna un poco de pan (un pico de la barra que le han dejado de madrugada: el pan frío y nuevo sabe a divinidad) y un poco de vino viejo, ya casi licor, de unas botellas que le ha regalado su buena amiga Lola Suárez, aristócrata roja, rubia y bella, que por su parte ha renunciado a toda la sonajería heráldica del resto de sus apellidos y títulos.

Terminada la misa, santificado a sí mismo, el cura Melero cambia a Bach por Vivaldi, pues que Bach ha sido el único y mejor lujo de toda la ceremonia, con esa cosa que tiene la música de gramática del cielo. Para escribir (el padre Melero todavía escribe artículos para las revistas del progresismo cristiano), le va mejor Vivaldi, que quizá sea como más pagano, o a él se lo parece: en cualquier caso, su discoteca se limita a un par de clásicos, un par de barrocos y media docena de románticos (discos duros, de mármol negro, discos que le han acompañado toda la vida, desde el seminario a las parroquias bien/*bian* del barrio de Salamanca, y del barrio de Salamanca a la iglesia de Entrevías, y luego, ya sin iglesia, ya sin parroquia, a su casa de planta baja, breve y fría, de la calle Navarra). Dicha y hecha la misa, el cura Melero se toma sus medicinas, todas las medicinas, drogas para el dolor, bexoprón para la artrosis y un poco de vino de otra botella a la que aún no ha echado la bendición, de la botella pagana, como él dice. Se sienta a la máquina a escribir su artículo, pone a Vivaldi más alto en el quebrado picú, o conecta una buena emisora con buena música en el transistor, y entonces es cuando se le aparece Cristo.

La primera vez, el cura Melero cayó de rodillas, frente al diván, como había leído, más o menos, en García Morente, pero Cristo, que tenía cara de parado, le dijo con voz dulcísima qué hace usted, padre cura, por favor, siéntese aquí en el sofá, si no le quito tiempo, ya conoce mi problema, y si no se lo voy a contar, en este barrio no hay justicia, bueno, ni en este barrio ni en el mundo.

El cura Melero ya sabía que Cristo es humilde, sencillo y obrero. Obrero parado, en este caso. Afuera, las sábanas blancas que tenían a secar las vecinas aleteaban como arcángeles de almidón en el viento norte de la calle Navarra, y el cura Melero había leído algo en Bécquer, cuando seminarista (y como lectura pernicioso y secreta) sobre un batir de alas. Cristo, efectivamente, bajaba a su casi chabola aforrado de arcángeles

con resplandor de sol frío en las alas, como sábanas puestas a secar en un suburbio que da al campo.

Vivaldi sonaba fortísimo en el picú y al cura Melero le zureaba el corazón, viejo/viejísimo, entre el zureo de los ángeles de la ventana, pero a través de todo eso pasaba la voz sencilla y clara de Cristo, encarnado en un obrero joven, en un adolescente drogadicto o en un anciano sin pensión.

El cura Melero había aprendido, digamos, a descifrar estas apariciones, estas diversas encarnaciones, que no eran muy frecuentes, y que tampoco había que esperarlas (otra cosa que el cura había aprendido en su cristología particular), porque Cristo llega siempre cuando no se le espera. Sólo hay que propiciar la llegada, y el cura Melero lo hace mediante la santa misa, íntima y como catacumbal, todas las mañanas.

Cristo habla y habla, con voz fácil, Cristo habla en cristiano, por decirlo de una vez, y el cura le escucha, ni siquiera sabe en qué postura. Luego, Cristo se va, no sin que el cura le haya besado la mano, como a veces se la besa a los pobres, el viento amaina un poco en las alas y las sábanas de la calle Navarra, el disco de Vivaldi gira en el vacío, fuera de la aguja, y el padre Melero dobla la dosis de ansiocor, porque su corazón va a abrirse.

En los bajos de Aretino la barra es un espacio de hombres solos, unisex, chaperas, carrozones, locas con pluma y locos sin pluma, adolescentes, viejos como viejas, el vuelo de las manos, la fiesta de los maquillajes, un congreso de cisnes o algo así, joven muere el sodomita, whiskies que van y vienen, perfumes, trato, luz de colirio y sonido de la pista de baile. Todo el comercio de hombres, en la noche, con revolver de últimos modelos y vuelta de hoja de casi todo el mundo. Ballet indescifrable, mojado en música, de lo que se hacen unos a otros, y lo que se dicen. Es como la farsa, intensa y vaga, de otra cosa, pero de qué cosa, es una realidad soluble en tanta irrealidad de mimo y oro.

Guadalaviar y Lito se comprenden, pero no se aman, de modo que han bajado la escalera en curva, con alfombra fucsia, para triplar, si encuentran lo que buscan. En la barra está Sandro, en un rincón, vestido con ropa grande, quizá del Rastro, tomando cocacola aquí donde todo el mundo toma alcohol. Sandro es hermafrodita, eso se dice, verdadero hermafrodita, no como los demás, que fingen cosas, y por eso es el más caro, chico o chica, el enigma sexual que todos aman, un hombre, una mujer, un muchacho/muchacha que ha venido de Murcia, o le han traído. Pero Sandro se pica, y eso es caro, de modo que la criatura cobra lo que debe y lo que puede, y las mujeres le aman, y los hombres, y Sandro sube cada noche la tarifa. Lo que no le perdonan, los de abajo, es que haga también a mujeres. Lo que fascina a las mujeres es que Sandro haga también a los hombres. Guadalaviar y Lito hablan con Sandro.

—Venga, dadme conversación —dice con ironía indiferente.

Sandro tiene la melena negra y corta, los ojos grandes y suaves, con lo negro muy negro, la boca vuelta, amañecada, de la raza morisco/murciana de donde proviene. Los moriscos fueron la aristocracia de la morisma que viviera en España tanto tiempo. Sandro tiene el dorso melódico de las adolescentes, curvas de muchacha no lograda, manos blancas, es un cruce de razas y de tiempos. Sandro estudiaba en Murcia, en la Universidad, y se lo trajo a Madrid un tal Miró, un artista de circo retirado, un hombre mutilado, que se quedó impotente haciendo un número, en el Gran Circo Americano, por accidente, y decidió volver su sexo al revés. Pero Miró se hubiese enamorado igual de Sandro si fuese Sandra, pues que con la edad y la impotencia del golpe ya no sabía lo que le gustaba, quizá la belleza pura, como la de Georgia, aquella chica.

En Madrid, Sandro, que ya se había iniciado en Murcia, se dio al pico y al chapeo, visto el éxito, y abandonó a Miró, quien, de todos modos, tenía que volver allá con su familia. De tarde en tarde, Miró, que tiene algo de arlequín viejo y picassiano, aparece en Madrid, pasa una noche con Georgia y otra con Sandro (que seguramente no se llama Sandro), fracasa con los dos y coge el tren de vuelta, que para avión no tiene.

Así las cosas, Sandro no sabe ya lo que le gusta, salvo el pico, y se va con cualquiera sólo por la tarifa, nombre o mujer, y sigue la leyenda, Sandro es hermafrodita, disfruta de ambos sexos, pero eso ¿quién lo sabe? Guadalaviar y Lito, dos carrozas, quieren triplar con Sandro, hacen el trato, pero el hermafrodita, o lo que sea, se reserva siempre para última hora, para el desesperado de la madrugada, borracho y con dinero, que ya no sabe (ni le importa) si se lleva un chico o una chica.

Sandro/Sandra. Es irónico, culto y algo triste. Es lo último que ha aparecido en los bajos de Aretino. Cuesta mucho dinero, pero Betsabé, una marica enferma, lo tiene definido:

—Éste es *Muerte en Venecia*, pero en moro.

Sandro gusta del rock y de la música sinfónica, añora su pasado murciano, ha tantos años —dos— y los animales que entonces allí criaba: gatos, gorriones, tiranosaurios, bichos en general. Algo aprendió en aquella Universidad provinciana, que tonto tampoco es Sandro, pero todo lo tiene reunido en el pico, que quizá fue Miró quien le iniciara, cuando entonces. Ahora se siente puta y está triste. En cuanto a estos dos que han venido a verle, el viejo y el menos viejo, no le gustan a Sandro, o no tiene ahora

ganas de triplar. Sandro, adolescente en sombra, huele a provincia e infancia. Algo que persiste en él, como obstinada luz de los sentidos, purísimo y enfermo, y que trastorna a hombres, a mujeres y a quienes no saben lo que son.

Guadalaviar y Lito, en su descenso a los bajos de Aretino, cogidos de la mano, son como Dante y Virgilio en su descenso a los infiernos. Algo del perfil ganchudo del Alighieri tiene Guadalaviar, aunque Lito, con su melenita suelta y rala, poco tiene de Virgilio. Las ánimas de tervilor, desatadas y gestuales, excesivas, se mueven en torno de ellos, en el fondo de la noche.

El segundo en llegar a la cena de Catalina Hiena es el duque de Quiroga, que tampoco sabe, ni puede imaginar, que ha sido llamado en sustitución de otro, aunque, como suele ocurrir casi siempre, el sustituto resulta mucho más brillante que el sustituido:

—Mal, querida Biena, las cosas de este país van mal, aunque yo no quisiera caer en el catastrofismo de cierta derecha ni en la demagogia reinante. Esta mañana he escrito un artículo para *ABC* donde trato de poner las cosas en su sitio: seamos civilizados, seamos moderados, seamos europeos, en una palabra. En Estrasburgo...

Catalina Biena sólo le había preguntado al duque por las cosas de la patria, de pasada, como a cada uno le pregunta de lo suyo, pero los políticos, aun siendo tan ponderados como Quiroga, creen que todo el mundo vive la pasión política como ellos, y a una pregunta corles responden con un discurso. Es como si a alguien le hablásemos del tiempo que hace, por hablar de algo, y nos colocase todo un mapa meteorológico de corrido.

—Ya somos una democracia, ya estamos en el Mercado Común, ya somos Europa, pero no basta, Biena, no basta. Porque no quiere decirse que hayamos llegado al cielo, sino que es ahora cuando tenemos que empezar a ganarlo. O, con palabras más técnicas, empezar a competir.

El duque de Quiroga se quita y se pone los guantes, como en un juego de manos de la política, y a María Catalina Gentil de Biena siempre la llama Biena, quizá porque así está invocando un apellido ilustre, mientras que un nombre propio no le dice nada. Existe el esnobismo de los nombres y el esnobismo de los apellidos. Biena, Quiroga y Guadalaviar se han sentado en dos divanes enfrentados muy de cerca, y están casi como en un tren. Quiroga y Guadalaviar son monárquicos, como corresponde a su condición aristocrática, sólo que Guadalaviar lo es a corazón abierto, sentimentalmente, a través de la nostalgia de sus primeros/últimos años alfonsinos, y Quiroga, que también es todo eso, lo disimula y arregla mejor mediante la cultura, la política, las ideas, la prosa y el pudor intelectual.

La monarquía, pues, para Guadalaviar es una emoción, para Quiroga es una idea, (o en esa dirección trabaja) y para Catalina Biena la monarquía es o fue el clarín que traía el amanecer en una lejana Capitanía General de provincias. Luego llegan Collodi y Mariano Armijo. Collodi es el artista que ha hecho el retrato translúcido de Catalina, que preside la casa, y Armijo es el actor joven, compañero de bohemia del viejo Collodi, o sea, que ambos constituyen el contingente (o parte) de lo que Catalina gusta de llamar su «mitad oscura». Se trata con pintores, actores y homosexuales, trato que alivia un poco su mala conciencia estética (sabe que el gran mundo no acaba de tener buen gusto) y que le lleva a invitar a un pintor/actor como si sentase un pobre a su mesa, pero sin caer en el redentorismo moral (Catalina es demasiado inteligente para eso), sino en una sencilla autorredención artística. Quiroga, que inevitablemente es diplomático de carrera, como es otras muchas cosas que requieren o no requieren título, deja a un lado sus guantes, como si fueran el uniforme monárquico, y con el pintor habla de pintura y con el actor habla de teatro, el hiperrealismo, el imperio de los directores de escena sobre los textos, los textos escritos en función de un director de escena, la abstracción lírica norteamericana: nunca se sabe si el polígrafo Quiroga se está luciendo o está haciendo un esfuerzo por ascender (o descender) al nivel de sus interlocutores. Pero Armijo y Collodi están encantados con este hombre y empiezan a comprender qué cosa sea eso de la «derecha civilizada», de que tanto hablan los periódicos.

—Y usted, con esa sensibilidad, ¿cómo pudo entenderse con Fraga Iribarne, oiga?

—Bueno, Manolo Fraga también tiene su sensibilidad y su cultura. A Manolo Fraga le traiciona el temperamento. Así ha acabado como ha acabado...

Los grandes políticos, entre sí, siempre se aluden unos a otros de manera campechana. Fraga es Manolo y Quiroga es «el duque». Otra cosa que Armijo y

Collodi han aprendido esta noche. Catalina y Guadalaviar se encuentran fascinados por la manera que tiene Quiroga de ganarse a la gente de izquierdas, aunque ni el actor ni el pintor son demasiado de izquierdas.

«Es todo un político, un gran político», se dicen Catalina y Guadalaviar con la mirada. Y siguen llegando invitados.

Bonga, la Bonga, se hace la calle de la Cruz, entre dos luces, hoy el día no se ha dado muy bien, habrá que esperar a la noche, cuando la negrura de la Bonga resplandece contra lo negro más que la blancura de las otras, de las rubias. Cuétara pasea la Gran Vía, dudando entre la ruleta y la cama, entre el bingo y la puta, que ha dejado en el cuarto del hotel al impecable jurisperito que es y ahora vive en otra dimensión de su vida, necesaria también de ahondar para mejor comprender a los hombres, a las mujeres, a la humanidad, con eso que todo juez debe tener de sacerdote, y a la inversa, piensa Cuétara, siempre a la inversa, la inversa también suele ser verdad, o una verdad más difícil. Leonor ha terminado de arreglarse, ha llamado a Lito y han quedado para encontrarse después de cenar, en la tertulia de Cosme. Cosme cena con unos cuantos actores jóvenes y una actricilla en un tabernón de las Salesas. Criselda, la pardala, coge el metro de vuelta al Pozo, entre mercaderes argelinos y violinistas de subterráneo, que esta tarde se ha hecho unas cinco mil pesetas, más la propina del señorito Blas, que se va sin avisar, pero siempre le deja algo en la mesilla. Manuel de Mar ensaya con sus bajistas en Asteroide, donde debutarán a la una de la mañana. Georgia se desnuda minuciosamente en el camerino colectivo, bajo la mirada de la alemana, mirada a la que no corresponde, pues que aún se siente confusa por lo de anoche y no está decidida, ni mucho menos, a iniciar una relación estable con otra mujer, aunque sea tan inteligente y tan buena artista como la alemana. Sandro y Miró pasean por la Casa de Campo, hacia la salida, cogidos de la mano. Han hecho el amor entre las jaras y ahora a Miró le empieza la melancolía y a Sandro le empieza el mono, de modo que está deseando llegar a casa para picarse. Fe Segovia cruza Madrid hundida en el fondo de su coche, camino del chalet de Catalina Biena, llena de mala conciencia, como siempre que se arregla demasiado, y diciéndose que ésta es la última fiesta de su vida, que se retira del siglo. Blas está en el apartamento que tiene fijo en el Wellington, puesto que vive fuera de Madrid, probándose los viejos trajes oscuros para la cena en casa de la Gentil de Biena: Blas necesita hacerse ropa para las cenas, pero no le da la gana. El padre Melero ve la televisión y toma nescafé con galletas, con unos pinchotas adolescentes del barrio, en su casa/chabola. María del Recuerdo se pone todos sus anillos, moños, galas, joyas, capas, muñequeras, rímeles, pulseras, imperdibles, relojes, cruces, rosarios, amuletos y máscaras para ir al debut de Manuel de Mar con su tribu rockera, a armarla. Lola Suárez, bella, rubia, delgada, solitaria y madura, escribe artículos (que firmará «Fedor») para las revistas de extrema izquierda.

En la ciudad hay muchas secretas torres de Pisa: son torres de Pisa interiores, quiere decirse que no se notan por fuera, emparedadas como están por otras casas, pero dentro se nota por el desnivel del agua en la palangana, del vino en la botella, por el suave deslizamiento de la consola del pasillo, lentísima como una supernova, sigilosa como una damisela que huye, se nota por la variación cursiva de los cuadros y los calendarios.

Son casas ladeadas, con la inclinación justa, más o menos, de la torre de Pisa, ya se ha dicho, pero sostenidas por los edificios paredaños. Sólo fijándose mucho, desde la calle, puede notarse algo. Casas que viven desde hace muchos años en contra de la geometría, de la biología, del urbanismo y del sentido común, como variantes ciudadanas que el tiempo ensaya delicadamente en el gran teclado de Madrid. Ya el gato y el portero desvarían un poco en la portería, aunque el que entra por primera vez no lo nota, y el que vive allí de toda la vida se ha acostumbrado. Luego, la escalera se ha vuelto elegante con su peligrosa inclinación, que, después de todo, la hace más difícil de subir. Si la casa tiene ascensor, resulta que el ascensor funciona, sube y baja por el hueco torcido, realiza cortésmente su delicada curva, como un barco en alta mar, y cuando más pelagra la navegación es hacia el piso tercero, que hay un quiebro, y algunas veces se para ahí el jaulón, entre el tercero y el cuarto, donde suele vivir un reumatólogo, y la primera vez llamaron a los bomberos (la historia de todas estas casas es la misma), pero luego se arreglan los vecinos unos a otros, hoy por ti mañana por mí, o se apaña el portero por sí solo, con mucho juego de puertas de verja, las puertas del ascensor, y mucho manipuleo de timbres, hasta que el vehículo vertical y curvante vuelve a deslizarse, engrasado de confianza, y el matrimonio anciano llega a su destino. Son casas donde muchos pisos han perdido la cerradura, o más bien se na cegado ésta, con el escoramiento, y los vecinos dejan abierto o abren la cerradura con el dedo.

La primera vez que Leonor estuvo en casa de Mariano Armijo, fue el primer comentario que hizo:

—Anda, pero si vives en una casa al vies.

Todo lo encontraba torcido y mareante.

—No te pongas estrecha.

—Cómo sois los artistas.

—Te juro que de la cama no te caes.

—Ya empezamos.

Y en la cama hacían un amor gimnástico, joven, saludable, higiénico, atlético, casi olímpico. A Leonor acabó gustándole la casa de su amigo, con los saleros andando solos cocina abajo, pero Mariano Armijo vivía aquel escoramiento como el escoramiento mismo de la vida, como la inclinación a la derrota, como el naufragio previo de una carrera que apenas si había empezado. Mariano Armijo sabe que no cambiará su suerte mientras viva de lado en un piso barato que no paga.

El duque de Quiroga tiene una cabeza de vasco de los Zubiaurre, o de Iturrino, una cabeza alargada, de nariz más noble que bella. Una cabeza, sí, que es como un Zubiaurre satinado por el tiempo, los viajes, la cultura y la diplomacia. Quiroga es alto y elegante, con una elegancia que está más allá del protocolo, más allá de la elegancia misma, y que es, resueltamente, naturalidad. Su perfil de vasco y duque empezó a dibujarse, como viniendo de los Zubiaurre a Sáenz de Tejada, cuando aquella guerra que hizo Franco. Quiroga fue como un desdoblamiento natural, como una personificación del Pirineo noble y bélico, sobre el fondo de requetés, falangistas, monárquicos de diversas monarquías, franquistas, hidalgos y soldados.

Vivía en él un cruce de legitimista y alférez de complemento, de señor feudal y hermoso segundón con boina roja. Al hilo del tiempo, Quiroga iría pasando de Valle-Inclán a Marcel Proust, como lector y como personaje. El Quiroga actual, que lo ha sido todo en este país, y es como si no hubiera sido nada, avanza sobre un fondo de fotografía offset, periodiquitos a minerva, breves y peleones, con la tipografía de tinta y plomo que fue su juventud nacional, guerrera y elegante. La boina roja y la camisa azul, el correaje y la pistola (que quizá jamás desenfundó) resumen aquella épica y le resumen a él, ya se ha dicho, como una viñeta de Sáenz de Tejada.

Los que han hecho una guerra en su juventud, no importa en qué bando ni bajo cuáles banderas, tienen su juventud a salvo, aunque la pierdan, pues que el fuego y la muerte destacan aquella edad y la aíslan, netamente, nítidamente, fulgurantemente, sobre el resto monótono de la propia biografía. Quiroga, hoy, vive la duda nada metódica que consiste en exhibir o no exhibir aquel Quiroga marcial y doncel, que es el momento heráldico de su vida, pero que ya no se lleva ni queda muy coherente (hablamos de coherencia estética, que es la que preocupa a Quiroga, y algo parecido se ha dicho de Catalina Biena, su anfitriona de esta noche) con el resto de su carrera: embajadas, libros, vocación europea, derecha civilizada, sí, lo que Collodi y Mariano Armijo habían descubierto en él.

Quiroga, el duque de Quiroga, hizo aquella guerra de mussolinianos y moros, contra la España liberalburguesa y proletaria, desde su propia mística y su épica, que eran la monarquía ilustrada, el señorío, el Pirineo, un mundo bien hecho, con los labriegos nublados y alegres en sus caseríos y los señores en su biblioteca. Luego, Quiroga descubrió, como todos los españoles, que la guerra no termina nunca, que vencer en la guerra es condenarse a seguir venciendo cada día y que el vencedor cotidiano y sempiterno se convierte en verdugo. Quiroga, como algunos otros, tampoco demasiados, dedicaría el resto de su vida a evitar convertirse de un vencedor en un verdugo. Él veía y ve España como una Francia más coloreada, más viva, más profunda, pero no le dejaron hacer esa España y al fin Quiroga sabe, de viejo, que la derecha, su derecha, ese mundo que le generó y que es el suyo, tiene algo de panoplia donde se han colgado los sables todavía ensangrentados, y que siguen sangrando, goteando sangre, por los siglos de los siglos.

Embajador en América, en Europa, Quiroga ha *vendido* una España que no era la real, sino su idea de España, una idea que sólo se corporalizaba en él mismo, de modo que había que elegir entre España y Quiroga, tomar la parte por el todo, quedarse con Quiroga (era lo que Collodi y Mariano Armijo estaban haciendo, como antes tantos otros) como único español logrado en su bando y en su época. Los americanos habían visto siempre en los embajadores españoles a Pizarro y Cortés que se hubiesen quitado la coraza, pero que seguían hablando con una gramática sanguinaria. Por eso Quiroga les desconcertaba, en sus diversas embajadas, pues que Quiroga era Europa, era un europeo en castellano, un caballero nacido en la raya de Francia. En Europa, por el contrario, Quiroga se hacía soluble en lo europeo, y es cuando España era él, *su* España, lo cual a Franco le sirvió de mucho, aunque sólo viese en Quiroga un liberal peligroso.

A estas alturas de su vida, se diría que Quiroga no tiene ni ha tenido nunca vida íntima, aunque es marido, padre y abuelo. Jamás se ha hablado, en la habladora España, de las intimidades de Quiroga, como se habla siempre de las intimidades de los políticos, inventándolas cuando se ignoran e insistiendo sobre la mentira hasta que se hace realidad, pues que la realidad imita a la calumnia.

Y es posible que Quiroga, en efecto, sea una persona absolutamente vaciada en la personalidad, en el personaje público. Lo cual no quiere decir, por otra parte, que el duque sea meramente *exterior*. Quizá Quiroga es la interioridad hacia afuera, porque comunica espesor humano, cordialidad en su raíz etimológica, comunica *persona*. Eso, al menos, es lo que está comunicando a Collodi, el pintor manierista, y Mariano Armijo, el actor que vive al bies, por culpa de una casa inclinada, de una modesta torre de Pisa que ya es interior a él, que ya lleva dentro, asumida. Quiroga, pura exterioridad, es uno de esos hombres que ponen a la humanidad en limpio. Que ponen el mundo en limpio. Todo es como es y todo es mejorable mediante la cortesía, la cultura y el protocolo. Si hubo un hombre sin atributos, he aquí que Quiroga es el hombre sin intimidad (o eso parece), pero genera continuamente sugestivos laberintos interiores. Nunca se sabe.

Siguen llegando invitados a casa de Catalina Biena, de uno en uno, de dos en dos, de modo que se ha formado ya, en la saleta/vagón (de los Grandes Expresos Europeos) una tertulia precena en la que Quiroga, el duque de Quiroga, sigue encantando al personal (en todos los sentidos de este verbo) con su conversación natural y lúcida, que parece banal y sorprende de pronto por su profundidad, como cuando vamos a bañarnos en un arroyo claro y descubrimos, tarde, que está lleno de pozas.

Ah del joven vasco, ¿hermoso segundón?, que hiciera la guerra con los carlistas ágrafos, ah del violento grabado empastelado donde dejó su juventud impresa. Ah de Quiroga, el duque de nacencia, embajador, memorialista, articulista, ministro, que, habiendo tenido el Gobierno en sus manos, por una noche, deleita ahora a los invitados con sus anécdotas, Basterra, don Ramón de Basterra tenía el diccionario de castellano en un pesebre, y bajaba todas las mañanas a «pastar palabras», como él decía, Basterra, gran poeta, ustedes lo recuerdan, sin duda (nadie lo conocía ni recordaba), era duro para el castellano, como somos los vascos, en fin, qué les voy a decir, ya me han leído.

María Catalina Gentil de Biena estaba feliz con la sustitución. Quiroga había venido sustituyendo, sin saberlo, a otro más noble, ya se ha dicho, pero menos brillante. Como cuando una actricilla de las de Cosme se revela genial sustituyendo esa noche a la primera dama, que está enferma.

La cena, contra toda previsión, aún no estaba servida.

Cómete una paraguaya, cómete una paraguaya, cómete una paraguaya, Manuel de Mar canta con insistencia y calor en Asteroide, respaldado por la mesa de mandos y los chicos del público adolescente y diferente, raros y tristeza, vibra en la vibración general del aire, del tiempo, de la música, cómete una paraguaya, y hay un hervor de vida en Asteroide, sótano con espejos y ventiladores (más para el humo que para el calor, más para la estética que para el humo), y los licores alumbran como llamas, se deslizan como serpientes, queman como el cielo, pero en el salón de al lado, casi en el vestíbulo, María del Recuerdo y los suyos han montado su movida, así en bolas, sin instrumentos ni nada, por boicotear a Manuel de Mar, de modo que parte del personal hace un gran corro al otro conjunto, bajo una nube de maría que duele en los espejos como la propia destrucción entrevista un momento, hasta que, entre canción y canción, y tras algunas palabras violentas y retadoras de Manuel de Mar por el micrófono, las dos tribus se enfrentan cuerpo a cuerpo, bayoneta calada de las botellas rotas, de los vidrios cortantes, tacones rojos, punteras de bota, ostiones, confusión, alguien baila encima de alguien, y así llegan los maderos, avisados por alguien, y se hace la redada de imperdibles, pelucas, la redada de colores malva, y se encierra lo azul y lo sangriento, se esposa lo amarillo adolescente, huele a fumata y caos, María del Recuerdo es un barullo de aros y sonajas que los maderos respetan (la han visto por la tele) y Sandro estaba allí, que se vino de casa ya picado, pero salió despacio, entre la gente, el público no tiene culpa de nada, a Sandro no le ha dado tiempo de ligar chico ni chica, para una vez que iba a hacérselo por amor.

Sandro sale a la noche, con metralla en las venas, la ciudad es muy extensa en sus ojos abiertos como lúcidos peces, y pasea solitario, sin ganas de acercarse hasta Aretino, mientras un fondo triste, un pozo que asciende, un légamo con memoria, la sombra de sí mismo, la sombra que proyectamos hacia adentro, le acompaña, le escolta, le destruye. La Gran Vía está llena de Cuétaras. Las putas de la Gran Vía se habrían ido con Sandro completamente gratis y pagando la cama, de tan bello:

—Te echaba yo a ti un polvo, modernito.

El 12 de abril de 1985, el arzobispo de Madrid/Alcalá interviene oficialmente para declarar que en las apariciones de la Virgen en El Escorial «no consta el carácter sobrenatural». Pero algo parecido había sucedido anteriormente en La Salette, Lourdes o Fátima, y más recientemente en Akiita, Nauring o Bauring o Nanneux. Todas estas apariciones de la Virgen, hoy reconocidas, fueron también rechazadas en un primer momento, o recibidas con sospechas. Las actuales apariciones de El Escorial pueden tener analogía con las de Yugoslavia, pendientes del juicio definitivo de Roma, aunque el teólogo Laurentin y los arzobispos de Spoleto y Pescara se hayan declarado personalmente convencidos. Su eminencia no niega los innegables fenómenos que ocurren en El Escorial, ni les da una calificación adversa. Únicamente pide a los sacerdotes y religiosas que no asistan a estas apariciones. Hay que saber esperar, teniendo en cuenta los frutos espirituales que se han derivado de estas apariciones, las conversiones, las curaciones, el comportamiento sumiso de Amparo Cuevas a las sugerencias del prelado de Madrid. En El Escorial se puede aplicar la frase de Gamaliel: «Si esto es obra de Dios, no podéis contra ella; si es de los hombres, ya se disolverá por sí misma». Y en estas cosas va pensando Fe Segovia, en el fondo de su coche, camino del chalet de Catalina Biena, pues que Fe Segovia ha hecho de su vida una persecución pía de la Virgen, ha estado en el mundo aldeano y francés de La Salette, en el mundo oblicuo de Akiita, Nauring, Bauring, y, por supuesto, en Lourdes y Fátima, en Yugoslavia, donde todo es marítimo y socialista, en Spoleto y Pescara, donde quien se aparece de verdad (no a Fe Segovia) es Gabrielle D'Annunzio, como un río vestido de dandy. Y, naturalmente, en El Escorial.

A El Escorial va muchos miércoles Fe Segovia, segura del milagro. Fe Segovia tiene pensado escribirle una carta al arzobispo de Madrid/Alcalá, que tanto daño está haciendo con su escepticismo. La vida de Fe Segovia, a temporadas, se convierte en un turismo mariano por el mundo, de Oriente a Occidente y vuelta, pero siempre llega tarde a la visita de la Virgen, que ya se ha ido.

Fe Segovia sabe que la Virgen no se le aparece a ella (casi se diría que le huye), como a Amparo Cuevas, la cocinera de El Escorial, porque sigue llevando una vida de cenas y pianos que no puede gustar de ninguna forma a María. Pero también ocurre que la cosa es al contrario: Fe Segovia sólo necesitaría ver un instante a la Virgen (lo que es tan fácil para la cocinera) y en seguida dejaría el siglo, se retiraría a un convento, cumpliría con la señal que está esperando y que no llega. ¿Por qué la Virgen no le da a Fe Segovia ese último empujoncito que necesita para renunciar a los clubs nocturnos que se cierran para ella sola y sus invitados?

Fe y la Virgen parece que llevan como toda una vida persiguiéndose, buscándose y ocultándose, y este juego es lo que tiene a Fe deshecha por dentro, ya que le faltan fuerzas para romper con el mundo, aunque sí lo ha hecho con el demonio y la carne. Fe ya no sabe, cuando hace un viaje mariano, una peregrinación a los lugares remotos e inversos por donde va apareciéndose la Virgen, como un temporal o una supernova, si sus disculpas mundanas, «turísticas», son verdad o mentira. Porque ocurre que en cada punto de destino se encuentra, en lugar de la Virgen, un embajador español, elegante y calvo, que sabe de ella y de su padre, de su fortuna y personalidad, y que en seguida le organiza cenas y fiestas.

Hasta que Fe se atreve a preguntar por lo de la Virgen, y entonces la llevan en coche diplomático al sitio del milagro, como a ver una ruina romana o una capilla medieval, en excursión religioso/pagana, con esa manera que tienen los embajadores de no estar a favor ni en contra.

Y le muestran a Fe Segovia el lugar de la aparición, como le mostrarían un barrio miserable y pintoresco, una pobreza ingeniosa, una superstición local que no deja de tener algún valor estético. Fe comprende que ha vuelto a equivocarse el camino, pero reza por dentro, mientras el embajador le habla del folklore nativo y se impacienta.

Ahora, dentro del coche, a través de Madrid, la Segovia decide rezar un poco, que siempre es mejor que pensar.

Lola Suárez nació condecorada de apellidos y padrinos ilustres, se crió en las zonas residenciales y ajardinadas de la ciudad y en buenos colegios extranjeros. Ya en la adolescencia decidiría prescindir de toda la ferralla de sus apellidos y títulos, descubriendo el sentido revolucionario de la vida donde no lo había. Rubia, bella, con una belleza un poco dura, de ojos vagamente metálicos y perfiles demasiado concretos, Lola Suárez viajó el mundo, visitó todos los países socialistas de Oriente y Occidente, persiguió por la geografía el ideal revolucionario en estado puro, como Fe Segovia había perseguido a la Virgen.

Y de vuelta en España, para siempre; Lola fue la antorcha femenina de la revolución que no iba a venir, no sólo con sus escritos, «Fedor», sino también con su presencia fuerte y delicada, con su palabra frágil y atroz, con su belleza luminosa y fría.

Hoy, Lola Suárez hace visitas casi clandestinas a Dolores Ibárruri, al padre Melero, el de Entrevías, a gente así. Ha compartido el anís del cambio/ruptura con Santiago Carrillo, ha cenado conspiratoriamente con Tierno Galván, en los restaurantes del parque del Oeste, noches de invierno, se ha operado varias veces y escribe todos los días, para las revistas u octavillas más urgentemente subversivas del momento, o se hace soluble en teléfonos que suenan en la nada, en la copa de árbol donde vive, un pequeño apartamento en un moderno parque/ciudad, con los castaños municipales y antiguos entrándole por la ventana.

Lola Suárez, que pudo haberlo sido todo en este país, en la derecha o en la izquierda, tiene la piel irreal de las muy rubias y prefiere hundirse siempre en lo más vertical de la sombra, como buscando una pureza subversiva que resulta, ya, casi inhumana. Parecía tan sólida y se ha disuelto en un silencio de fondo de ciudad, de fondo de aire, de modo que lo que Madrid recuerda de ella es algo así como un ángel de bronce muy lijado y ligero, que cruzó contra el friso confuso del posfranquismo y se volvió a su cielo con castaños, o vaya usted a saber. Lola Suárez, esta tarde, con su suéter y sus vaqueros (se sigue vistiendo como una estudiante contestataria de los sesenta), ha decidido hacerle una visita al padre Melero, con quien ha quedado previamente por teléfono. Abandona el pequeño parque, toma autobuses y metros, tras de sus gafas negras (todavía hay quien la recuerda de las revistas, y no conviene), observa al personal, al pueblo de Madrid, se dice que nada ha cambiado con el cambio y, saliendo de la última boca de metro, camina hasta Entrevías. En Entrevías la esperan Vivaldi y el padre Melero, gracias por acordarte de este viejo, Lola, he puesto a Vivaldi porque sé que te gusta, te tengo nescafé y benedictine, cuéntame cosas de Madrid, yo estoy desesperanzado, esto no es.

Lola fuma y toma benedictine, escucha al cura, sus historias del barrio, parados que se pican, matrimonios obreros que ya no quieren sacramento, los problemas con la prelatura, que le tiene avisado, los nuevos chabolistas y los viejos, que ahora tienen piso y arrancan la fontanería por vendérsela a los chatarreros o a quien sea, para qué queremos agua si no tenemos pan.

Ella se siente confortada por todo eso, confortada de indignación, entiéndese, advierte que ha vuelto a tomar contacto con lo más genital de lo histórico, con el pueblo, con la verdad y la sencillez última del mundo, y esto llenará luego de autenticidad sus escritos para las hojas volanderas, con vocación de clandestinas. Lola sigue huyendo y huyendo, casi desde niña, de su origen feliz y mentido, necesita drogarse de realidad, pisar el suelo embarrado de los pobres para no ser una cosa flotante, ya que ha renunciado a sus raíces. Nació rebelde, crítica, indignada contra el mundo antes de conocer el mundo, nació para exigirlo todo, como correspondía a su condición, pero ha invertido la exigencia, busca y necesita la genealogía más limpia y verdadera de los obreros, no de las marquesas. La obsesión aristocrática de la pureza de sangre la ha puesto ella en el proletariado.

Lola Suárez fuma y escucha y observa al padre Melero, con su bonete judío y sus

zapatillas de cuadros, y piensa y siente que a este hombre se ha reducido la humanidad, que él es el último (Tierno ya murió) en quien se amotina toda la pobreza y toda la humildad y toda la soberbia justiciera del mundo. Vivaldi suena al fondo.

Ya sólo se siente a gusto, esta mujer, en la chabola del padre Melero, entre los discos duros, los divanes punzantes, la cafetera, los libros de teología progresista, el olor a nescafé y anciano, el humo de la cocinilla y el humo de la música, que aquí suena de otra forma.

Hacia el final de la visita, el padre Melero quisiera contarle a su amiga lo de Cristo, las visitas de Cristo, a veces me parece que lo veo, Lola, sentado ahí, donde tú estás, no sé. Pero Lola es atea, desalojó a Dios de su pecho bello y breve al mismo tiempo que a los padres ilustres y la cucharilla de plata para ella sola. Dios entraba en el saldo de la herencia familiar, dios era/es una póliza para el futuro, y Lola ha pasado la aduana del futuro en los quirófanos. Lola Suárez sabe del cura lo que ni él mismo sabe, ni nadie: que está ya muerto y en su cielo, que su cielo es esto, Entrevías, al este de Madrid, y que si Cristo lo visita, Cristo será un parado y nunca fue otra cosa.

Se toman otra copita de benedictine, el cura y la aristócrata roja, en la noche peligrosa de Entrevías, y una música barroca, ahora, es el cielo que desciende sobre ambos. Lola mira a este viejo como a un héroe. Y comulga un nescafé amargo, grato, verdadero. Lola lo toma sin azúcar.

Querejeta ha estado toda la noche haciendo palmas, en el Wellington, con un cuadro flamenco, en la suite de una marquesa que lo necesitaba, y ahora vuelve a casa, andando, por despejarse un poco con el alba y por no pagar un taxi, que le han dado sus mil quinientas pesetas de palmero, y eso permite pasar al día siguiente mediante una hibridación de whisky y finolaína, dos mundos dispares que coinciden y conflagan en el alma contradictoria y lírica de Querejeta.

Querejeta se ayuda con lo que puede, como las palmas, y también alquilando una habitación de su apartamento (hipotecado) a estudiantes, actorcitos y chicos en general. Ahora tiene viviendo con él a uno que se dice Sandro, y al que conoció una noche en Aretino, buscando techo.

Sandro parece que se defiende bien con el caballo, con el chapeo, con el trapicheo o con lo que sea. A Querejeta le da lo mismo, que él es de la primera o la segunda generación de posguerra, y no entiende a estos modernos que prefieren el pico al finolaína. De modo que se lo tiene dicho a Sandro:

—Aquí no me traigas amiguitos, ¿eh, majo? Para maricones ya tengo bastante contigo. Y de picos nada, que a mí no se me muere un señor en la hipoteca.

Querejeta, a su apartamento hipotecado, lo llama la hipoteca. Camina por la calle de Velázquez, en la dirección única del silencio y la madrugada, hasta tomar el cruce y ponerse en la paralela —Lagasca, Claudio Coello, la que sea— de su casa. Querejeta lleva calzas en los zapatos, por dentro, quizá ya se ha dicho, pues que es bajo para tan poeta, pero cuando se ha pasado con la copa y la juerga, como esta noche, las calzas se le hacen zancos y se nota bamboleante, con la cabeza pesada de literatura vinícola. No hay nadie por Velázquez, no hay nadie por el barrio de Salamanca. Sólo la noche de entretiempos, la luz que viene, antes como presentimiento que como luz, y algún sereno por libre, que ya no quedan serenos, aquella cosa tan literaria y tan madrileña, se dice Querejeta, se están perdiendo las tradiciones, si es que se están perdiendo las tradiciones, la bajada del alcohol es lo que hace a Querejeta más sensible a la pérdida de las tradiciones y de las costumbres, y qué va a hacer él en un mundo socialista, sin marquesas y sin serenos, porque a las marquesas seguro que se las cepillan a todas, y los serenos se han quedado en casa, cobrando el paro.

Pero los zancos le llevan solo, a Querejeta, hasta su casa, entre las extensiones de la sombra, mientras duerme el barrio de Salamanca, y así es como se busca la llave del portal en el bolsillo que no es, hasta que la encuentra, y sube en el ascensor silencioso, pero estruendoso en el verdadero silencio de la hora. Querejeta da ya una cabezada contra el espejo del ascensor, y vuelve a buscarse las llaves, ante la puerta de su piso, que ha vuelto a guardar el llavero, innecesariamente, escrupulosamente, y no recuerda dónde.

Abre cuando puede y, ya en el pasillo, ve la raya de luz bajo la puerta de Sandro, lo cual le extraña a tales horas, que Sandro no va a dormir, cuando no va, o duerme ya cuando Querejeta llega. Así que da unos golpecitos blandos, en la madera, con los nudillos tiernos y viejos, y la puerta parece como que se abre sola.

Todo el cuadro que traen a diario los periódicos, pero Querejeta nunca lo había relacionado con la realidad, como eso de que mueren mil niños de hambre en la India, todo el rato. Un objeto hecho de tipografía, una pieza informativa que no llega a cobrar realidad en nosotros. Sandro sentado y muerto en una de las dos butacas de la habitación de estudiante, y al lado, en la mesa con flexo, la jeringuilla, los algodones, las gomas, todo el ritual de la sobredosis o la adulteración. Querejeta, que es un intelectual por debajo de la borrachera, se sorprende pensando con prosa de periódico. Esto ha pasado ya muchas veces y pasa todos los días y sirve para llenar un hueco en una página del *ABC*. Nunca había vivido Querejeta una noticia por dentro, salvo cuando le dieron la flor natural.

La luz del flexo y la luz del techo. Demasiada luz, como si estuvieran ya aquí los

fotógrafos y la televisión. Querejeta, mientras va al teléfono (y cómo le pesan las calzas) se jura a sí mismo no admitir en casa más drogadictos ni maricones, ni gente menor de cuarenta años. «Si es que no se puede tratar con niños menores de cuarenta. Nosotros fuimos los últimos hombres.»

El vértigo periférico, producto de un laberinto estimulado, es la enfermedad que tiene que contar Collodi en la mesa, porque en estas mesas tan finas siempre se cuentan enfermedades. El alargamiento de aorta, con algún ateroma, es la leve marca de la muerte que Quiroga encuentra por ahora, o que le han encontrado, en su alma eterna por leve, en su alma de diplomático. Mariano Armijo sabe que, cuando le hacen una radiografía de tórax, siempre aparecen las cicatrices calcificadas en los pulmones, de cuando la adolescencia, pero no se atreve a contarlo. Si Mariano Armijo hubiese leído a Proust, no se sorprendería de que en las cenas elegantes se hablase todo el rato de cosas de mal gusto. Proust ya se llevó la decepción por él, muchos libros antes. Mariano Armijo esperaba que en la cena de Catalina Gentil de Biena, y en otras cenas así, se hablaría largamente de *Sobre la esencia*, de Zubiri, o del último estreno de Marsillach. Pero Guadalaviar he aquí que tenía un problema de gases y tomaba pankreoflat sedante. Un invitado que se cuidaba la tensión alta sirvió a Catalina para contar que (como era obvio) ella tenía la tensión baja. Otro invitado, con insuficiencia renal, disertó largamente sobre los niveles de creatinina en sangre, pero los riñones tienen una patología corta y nadie sabía lo que era eso. Su enfermedad no fue la más brillante. En cuanto a los torpes de pies y manos, todos damas y caballeros de alguna edad, lo suyo estaba tan a la vista que prefirieron callarlo, ya que el enfermo exhibe sus enfermedades como una culpa oculta, cuando no se ven, para librarse de ellas, pero le avergüenzan si son demasiado exteriores, y llega a construirse la imaginación de que nadie ha reparado.

María Catalina Gentil de Biena ha conseguido, al fin, el óvalo perfecto de su cena, óvalo de escotes y salseras, en el que reina, como involuntariamente, Fe Segovia, que no tiene enfermedades que contar, ya que sólo cree en las enfermedades del alma, y conoce bien la suya, que no es para contarla.

Es cuando le llaman al teléfono a Guadalaviar, según dificultoso mensaje del mayordomo malayo (no puede uno fiarse de un hombre que precisa de dos y griegas para su definición personal).

—Pues qué raro, nadie sabe que estoy aquí.

Guadalaviar pidió disculpas a la mesa y fue al teléfono más inmediato, con el mentón por delante. Era Lito, desde Aretino, tú no sabes, Guadi, si yo te contara, es que no me atrevo ni a decírtelo, Sandro, sí, Sandro, picado, pero picado para siempre, lo ha encontrado ese machito que vivía con él, la cosa corre ya por todo Madrid, aquí en Aretino hemos pensado de irnos todos al Funeral House de la M-30, cómo, pero lo tienen allí, sí, Guadi, lo tienen allí, un sitio tan como americano, tan feo, cosas de este Ayuntamiento socialista, calla, por Dios, hay que pasar la noche con él, Lito, por eso te llamo, Guadi, lo enterramos por la mañana, calla, no me hables así, hija por Dios, estos chicos con su maldito porro, que no es el porro, Guadi, que no te enteras, ¿dices que una inyección?, digo que se ha picado, la tercera o cuarta vez en el día, últimamente se picaba mucho, porque podía, claro, entre todos lo hemos matado, Lito, entre todos lo hemos matado, nosotros le pagábamos esos vicios, o lo que sean, no te aflijas, Guadi, amor, eso no es cosa nuestra, el hermafrodita nunca quiso triplar con nosotros, algún dinero le dimos, o le diste, bueno, pero otros le tenían sujeto al pico, ay cómo me hablas, Lito, hemos matado a una víctima joven, con nuestros caprichos y nuestro dinero le hemos llevado a eso, y a la muerte, estás hablando mucho, Guadi, amor, ¿no te van a oír ahí?, es una casa fina, me supongo, tienes razón, Lito, tienes razón, los del servicio son todos como malayos, y parecen espías, ¿quieres que hablemos en inglés?, pero qué tonto soy, este maldito servicio exótico no habla otra cosa que inglés, te recojo en Aretino, espérame a la puerta, voy con el mecánico, aquí me despediré como pueda, lo siento, Guatli, darte estas noticias, pero quién te lo iba a comunicar, sino yo, en la puerta de Aretino, ya te digo, y colgaron.

A Guadalaviar le sobraron maneras para justificar su huida ante los comensales y,

sobre todo, ante la Gentil de Biena. Todo el mundo sabía que Guadalaviar tiene una doble vida, de modo que respetaron el incógnito y la prisa. Pero la elipse cordial de la cena quedó rozada por el temblor externo y negro de la noche, del misterio. Algunos le envidiaban a Guadalaviar la libertad con que vivía su doble vida.

Miró ha estado por la tarde con Sandro, en la Casa de Campo. Miró, desde cuando el accidente del circo, se ha quedado impotente con hombres y mujeres, de modo que na invertido sus amores y es Sandro quien le ha poseído a él entre las jaras.

Pero Miró sabe que Sandro, el hermafrodita Sandro, se limita a ser transigente con él, que ya no le ama, y que Sandro prefiere el ejercicio contrario. Han paseado de la mano, silenciosos, en el crepúsculo literario de la Casa de Campo, y luego se han separado en la plaza de España. Sandro ha cogido un taxi y Miró sabe que Sandro se va a casa a pincharse, y teme por el chico. Fueron tan felices en la Universidad de Murcia.

Miró sube Gran Vía arriba, hasta la casa de Georgia, su otro amor madrileño. Georgia ha descubierto la verdad con el tiempo: Miró no se retiró de ella y del circo por otra cosa sino porque su caída le había dejado impotente. Lo que Miró no sabe es que, desde entonces, Georgia le ama más. Intentan el amor del anochecer, multiplicados por los altos neones de la Gran Vía, pero Miró fracasa con la chica como ha fracasado antes con el chico. En un ataque de desesperación tranquila, Miró va incendiando todos los almohadones de pluma que Georgia tiene en su buhardilla, y los echa a arder a la terraza. Sigue con el mechero en la mano. Georgia lo entiende como una broma genial de su genial Miró y, desnuda y blanca, sale al frío de la terraza con un cubo de plástico, para apagar los almohadones. Las llamas ponen una erudición de fuego y colores en la piel clarísima y desnuda de la yanqui, o lo que sea. Miró contempla el espectáculo desde el interior de la buhardilla, y, ante la belleza pintada de la muchacha, le invade nuevamente la desesperación de haber fracasado en la batalla con todos los propicios ángeles del amor.

—Eges genial, Migó.

A la chica le ha divertido el juego.

—¿Me acompañas hasta Pasapoga? Se está haciendo hoga.

—No. Te esperaré aquí, oyendo música.

Miró se coloca los auriculares, enchufados a Vivaldi (en esta ciudad se escucha mucho a Vivaldi, nadie lo diría: hasta los suicidas, porque Miró va a suicidarse). Cuando Georgia se ha ido, no sin besarle, oliendo a chorus line, Miró se quita los auriculares, busca por los alrededores de la cama el tranxilium que Georgia usa para dormir, se toma el tubo entero y se vuelve a sentar, con los auriculares otra vez puestos.

Cuando Georgia vuelva de su caballo loco, feliz de pasar la noche con él, siquiera sea durmiendo en sus brazos (mejor durmiendo en sus brazos), encontrará a Miró muerto, apuntalado de Vivaldi, sereno de tranxilium. Mientras tanto (no existe la intuición), Georgia está haciendo su número en Pasapoga con más pasión que nunca.

Cristóforo espera a Criselda en la boca del metro. La humanidad que sale de la boca del metro es como la respiración del centro de la tierra. Una cosa caliente, densa y complicada.

—Pero cómo te ha dado por venirte, Cristóforo.

—Llevo media hora esperando.

—Y sin avisar.

—Tenemos que hacer una visita.

—¿Una visita, Cristo? ¿Hay alguna desgracia?

—Una visita al cura.

—¿Me llevas a confesarme, Cristo?

—A lo mejor sí que te haría falta.

—Te noto raro, Cristóforo.

Camina por entre un vial de barro y otro de polvo. Cristóforo lleva a Criselda sujeta del brazo, casi con violencia, como empujándola.

—Hijo, qué prisas...

—Que estoy ya muy harto de tus bajadas a Madrid, todas las tardes, y esto se va a acabar, de modo que nos casamos y se acabó.

—¿Casarnos, Cristo?

Y la Criselda, la pardala, llora, no sabe si de alegría o de vergüenza o qué.

—Pero no está terminada la chabola —dice.

—Como si lo estuviera.

—¿Y este repente?

—Ya te lo digo. Te pasas las tardes fuera del barrio, y eso no me gusta un pelo.

—¿Qué tienes contra los cartonajes?

—Déjate de cartonajes. Ahora mismo vamos a casarnos. El cura Melero nos casa sin más.

Era ya noche en Entrevías y los toxicómanos en recuperación salían del centro asistencial, como de una academia nocturna, como estudiantes taciturnos.

El padre Melero les abrió la puerta. Lola Suárez, en la penumbra del fondo, los vio recortarse en el hueco.

—Perdón, padre, veo que no está usted solo.

—Pasad, pasad. Lola es una amiga de Madrid. Una buena amiga. Lola Suárez, Cristóforo y Criselda.

—Tanto gusto.

—Sentaos por ahí.

—Que venimos a casarnos, padre.

El padre Melero se sorprende menos de lo que ellos esperaban. El padre Melero no se sorprende nada.

—Pues ahora mismo, hijos, que vuestro amor viene de tiempo atrás y sabéis que lo conozco. Pero primero un nescafé y un benedictine.

Lola Suárez se interesó mucho por la pareja, mirándoles a los ojos y haciendo preguntas directas. Hasta se ofreció a hacer de madrina.

—De madrina, de testigo o lo que sea eso. Lo que nos diga Melero, que hace ya las bodas a su aire.

El cura Melero ha llegado a un cristianismo natural, conoce los amores de Criselda y Cristóforo, como conoce tantos otros amores del barrio, y encuentra justo casarles.

Tras el nescafé y el benedictine, tras las inquisiciones sociológicas de Lola Suárez, el padre Melero monta su altarcillo de por las mañanas (se ve que está impaciente por hacerlo), se quita el gorro judío y vuelve a poner a Vivaldi en el picú.

—Con música y todo os voy a casar.

—Pero vosotros fe no tenéis —les dice Lola.

—No, señorita, pero una boda es una boda y hay que hacerla bien. La Criselda me anda mucho por Madrid, que es trabajadora, y yo quiero que se acabe eso.

—¿Tenéis dónde vivir?

—Ya le digo que estoy terminando la chabola.

—De modo que cartonajes, Criselda.

—Sí, señorita.

Pero Criselda ya ha pasado al servicio, con perdón, y la novela verde que traía entre las tetas se la ha metido en la braga. Le parece una falta de respeto casarse con el Cristóforo, al que ama, llevando casi a la vista, como una culebra entre los pechos, el dinero de la cama.

El altarcillo sobre la máquina de escribir de fabricación nacional, que tiene un estuche sólido, la música de Vivaldi, una como estola que el padre Melero se ha puesto sobre la chaqueta de cheviot, los novios y el cura, frente a frente, Lola Suárez a un lado, de testigo. El padre Melero les habla suavemente de cuando eran casi niños y él los conoció, de la chabola que se propone bendecir, les da un pedazo de pan a cada uno y todos beben benedictine en una misma copa.

—Bueno, pues ya estáis casados. Ahora voy a hacerlos el documento.

Se sienta a la máquina, la desenfunda y, todavía con la estola puesta, escribe un papel. Luego firman todos, incluso Lola Suárez, como testigo. Cristóforo se guarda el papel, doblado en cuatro, dentro de la chaqueta. Hacen tertulia otra vez. Cristóforo está entre satisfecho y grave. Tiene como la vaga intuición de haber salvado a su mujer de algún peligro. «No volverá a Madrid», se dice.

El padre Melero le cuenta a Lola los amores de aquella pareja, a los que él ha asistido desde el principio. Criselda está hecha un llanto, no se sabe si por el relato del padre cura o por qué. Ya no suena Vivaldi. Los recién casados se van a dormir por primera vez en la chabola húmeda y sin terminar.

—Sobre el cemento, con una manta.

El padre Melero le dice a Lola Suárez, cuando los jóvenes se han ido:

—Ya lo ves. Dos almas cándidas. Dos cristianos que no lo saben, ni falta que hace.

Lola fuma en silencio. Ha comprendido lo de los cartonajes de Criselda y las prisas de Cristóforo. El padre Melero es el que no ha comprendido nada, y por eso le venera más.

—Hacía tiempo que no casaba a nadie. Me he emocionado, Lola.

Como una alta sombra, como una nada errante, como una irrealidad escoltada por la realidad de dos perros doberman, negros y violentos, el hombre recorre la noche madrileña, pasea, va y viene, aparece y desaparece en las esquinas. Su caminata es más que un plácido paseo y menos que un delirium tremens. Es el paso de un alto fantasma bajo los faroles isabelinos, bajo los neones de los clubs, bajo los anuncios que impacientan la noche, entre los espejos del asfalto y los vacíos que llenan la ciudad dormida. Por donde más se le ve, dicen, es por el barrio de Chamberí.

¿Un loco?, ¿un fugado de algo?, ¿un paseante solitario y excitado?, ¿un insomne? A las señoras les tiene pegado más de un susto involuntario. Quizá se cruza con Querejeta, en la madrugada, pero de nada se conocen ni se saludan. Es sólo un hombre que duerme de día y pasea de noche, escoltado por el infierno dúplice de sus doberman, que enfurecen la hora y alarman al último sereno. Se le ve pasar lejos de los que salen de Aretino, doblados de años y de whisky. Es lo que hay a lo lejos de los jóvenes que salen de Asteroide, sangrientos y musicales. Este hombre es lo que ocurre lejos, donde no ocurre nada. Es el último espectro de la guerra civil, del Madrid sitiado, que hace la ronda de su libertad y su cautiverio, que patrulla su territorio perdido y encontrado, noche a noche, porque durante la guerra y la posguerra subieron muchas veces, de madrugada, a llamar a su casa, buscándole para el paseo, para el fusilamiento por la carretera de Andalucía.

Y a este hombre le ha quedado el terror de la noche, el insomnio, y cada noche es como si volviera la guerra, o la posguerra, con sus visitas bruscas y silenciosas. De día, dicen, es un ciudadano afable que pasea sus perros por el barrio, compra en las abacerías, se sienta en los bancos públicos a leer el periódico, habla del tiempo. De noche, los que regresan tarde a casa, le han reconocido. Una historia así como la de aquel doctor Jekyll. No puede pasar la noche en casa, espera siempre la llamada discreta y firme. Cuando el 23-F se le desataron los terrores. Ahora, cuando toda la calle es suya y quizá ya nadie se acuerda de que sólo fue un madrileño que votaba a Azaña, el hombre alto de los doberman sigue haciendo la ronda de su soledad y su miedo, que quizá no es miedo, sino todo lo contrario, un salir como al encuentro de lo que le espera, cuando ya no le espera nada, nadie.

A los perros, naturalmente, les ha comunicado su terror, su desconfianza, su impaciencia, y para algunos trasnochadores ya es familiar la silueta alta y lejana, apresurada, del hombre que dobla esquinas con dos perros infernales saltando tras él. Dicen que pasó la guerra en Madrid, sí, que tuvo a su padre en la cárcel, que vio emparedar a una tía suya, que esperó hasta el alba la vuelta de su madre, que había ido a hacer alguna visita clandestina por el detenido.

Dicen que vio a los frailes quemar el convento, enfrente de su casa, para por la mañana acusar y denunciar a la horda atea. Don Agustín, durante el día, no habla de ninguna de estas cosas. Nadie diría que es el fantasma que se ve a lo lejos, por las noches.

Don Agustín, durante el día, baja mucho al barrio, compra lotería, rellena impresos, conversa con las hortelanas, se hace limpiar los zapatos, viste correctamente (un poco antiguo), y no sólo él, sino que sus doberman se tornan mimosos y se dejan rascar entre las orejas malignas. Don Agustín es algo así como un «topo», eso que los periodistas llamaron topos, un hombre emboscado del franquismo que ya no hay, un solitario que prolonga en sí los últimos terrores de la represión. El barrio, Chamberí, se ha acostumbrado a las salidas nocturnas de don Agustín, y nadie le habla de ello. Pero a los noctámbulos casuales, buenos sustos les da, con su estatura y sus perros.

Quizá sea don Agustín la conciencia lúcida de la guerra que no ha terminado, que jamás termina, el único justo de Madrid que sabe que la justicia no permite dormir a gusto en casa. Ni siquiera entra el incierto transeúnte nocturno en ninguno de los cafés abiertos toda la noche. Lo suyo es vagar y vagar. Está seguro de que alguien ha ido a

llamar a su puerta, mientras él da vueltas con los perros por la plaza de Chamberí, o sube Santa Engracia arriba, apresuradamente, huyendo de la guerra que le metieron en el cuerpo cuando niño. El señor amable e inteligente de por las mañanas es un fugitivo del Madrid en llamas de diez de la noche hasta la madrugada.

Las brigadas del amanecer, la posguerra, las condenas a muerte, la silenciosa e itinerante tertulia nocturna, que preguntaba por él o por su padre. Sabe que el terror elige sus víctimas a tientas, cuando no hay luz. Fe Segovia, de vuelta de alguna cena, se lo cruzó una noche y lo comentó con el mecánico:

—Casi lo atropella usted, Gaudencio.

—Adónde irá ese gigante con los dos doberman.

—A ninguna cosa buena.

—Ahora con la democracia hay tanta cosa rara, señora.

Las cabelleras jóvenes y duras, o largas y musicales, los rostros resplandecientes de novedad, bajo el fragor de la ira o la euforia, las botas de lona, los vaqueros, las pancartas como velas pobres y optimistas de no se sabe qué piratería, un viento de humanidad reciente, duro y tierno, la juventud en la calle, llenando Madrid.

Llenando la mañana inverniza, lluviosa y como flotante. La impaciencia en rojo de los autobuses, el grito de los automóviles, como un grito de delfines, el tráfico cortado bajo el alto vuelo pálido de los ángeles de los reaseguros. Los estudiantes se han echado a la calle, llenan la ciudad, piden algo, buscan algo y se encuentran a sí mismos, hecha cada individualidad de un vistazo a la multitud. Todo tiene el aire glorioso y banal de los movimientos históricos que luego dejan la Historia como estaba, en su sitio, si acaso un poco más sucia y con una lata de cerveza en manos de las estatuas.

Por entre las densidades juveniles, galvanizadas de tensión histórica, el coche blindado de Pelayo Sánchez avanza y se detiene, avanza y se detiene, en cautas maniobras del chófer guardaespaldas. Pelayo Sánchez se ha puesto las gafas negras por si acaso los chicos le conocen de la prensa o la televisión. Pelayo Sánchez no tiene nada que ver con esto, pero fuma largo y medita sobre ello, mientras el automóvil para y arranca. Por algún sitio tenía que estallar la cosa, se dice Pelayo. Ha sido por los estudiantes como podía haber sido por los obreros, por los funcionarios o por las abortistas.

—Ya ves en qué lío se han metido, Jonás —le dice Pelayo a su chófer guardaespaldas.

—Y que manejan los guardias igual que Franco, señor Sánchez.

Sánchez fuma y espera. Sánchez es un feo simpático, un sonriente malévolo, y toda la picardía de su rostro se ennoblece y diferencia gracias a las gafas, que le resaltan la mirada. Sánchez, Pelayo Sánchez, viste pulcro y antiguo, fuma rubio largo y la ralentización de sus movimientos le da una suerte de elegancia de segundo orden. Sánchez es un revolucionario de pura raza que volvió a España con Alberti, Carrillo, la Pasionaria y todos éstos. Traían algo que vender, el eurocomunismo, una suerte de réplica a la socialdemocracia, una como socialdemocracia de izquierdas, otro pacto entre el capital y el trabajo, pero poniendo el énfasis en el trabajo. Aquella mercancía se vendía bien en la nueva democracia española, y Pelayo Sánchez fue uno de los que mejor la vendieron. Pero el partido empezaba a dudar entre Oriente y Occidente, lo que es mayúscula duda, los guitarristas y los intelectuales empezaron a abandonar a Carrillo, y Pelayo Sánchez se fue con ellos. El italiano Berlinguer, el otro gran eurocomunista, moría poco después de haber estado en las Ventas madrileñas, besando a Dolores Ibárruri. La socialdemocracia española podía arreglarse sola, sin una réplica de izquierdas. De modo que Pelayo Sánchez ya no tiene cargo, ya no tiene representación, a no tiene influencia, ya no tiene poder, pero conserva su coche blindado, su guardaespaldas, sus cigarrillos largos y un instinto revolucionario que le mantiene vivo y joven más allá de sus setenta años. Pelayo Sánchez no se alegra ni se asusta de que la España real y joven esté en la calle, llenando Madrid. Sencillamente piensa: esto podría haber sido cosa nuestra, obra nuestra, demostración de nuestra fuerza, si no hubiéramos sido todos tan gilipollas.

La juventud socialista, la guerra en Madrid, la llegada al partido como al otro lado de la Historia, a un sitio donde la revolución ya estaba hecha. La clandestinidad parisina, la extensa conspiración contra el caudillismo, los viajes a Moscú, con Carrillo. Pelayo Sánchez, tranquilo siempre con su tabaco rubio y su trago de whisky, como lengua de fuego, ha ido comprendiendo, en estos últimos diez años, que el enemigo no era Franco. Franco sólo era una metáfora. El enemigo era y es la propia sociedad española, que quiere pasar de todo, como dicen ahora (y Franco era una manera de pasar). El partido les exigía un compromiso demasiado concreto, aunque él trató de enlugararlo en lo que pudo, y se decidieron por aquello otro, más vago y más laso, claro, del socialismo sin Marx.

Ahora, los hijos del franquismo sociológico se manifiestan en la calle, luchan por su

futuro, quieren escapar en masa de la trampa socialdemócrata (en pobre) o romperla. Pelayo Sánchez se alegra de que el invento esté reventando y se apena de que ellos —¿y quiénes son ahora ellos?— no puedan capitalizarlo. Pero Pelayo Sánchez no es hombre de nostalgias ni melancolías, como ningún político. Los políticos no tienen pasado ni futuro. Sólo tienen y quieren el presente, y esto les hace más fuertes que los demás hombres.

Atomizado el partido, Pelayo Sánchez, que es revolucionario como las monjas son monjas, conserva en torno de sí un grupo de fieles, de amigos, de nostálgicos (ellos, sí), a los que habla de vez en cuando. Pelayo Sánchez jugó a niño terrible de Moscú/Washington y hubo un tiempo en que hasta le invitaban a cenar los Garrigues. En casa de los Garrigues conoció a Lola Suárez y por algún tiempo fue para ella, sin saberlo, el modelo de revolucionario puro, el político exento, hasta que la mujer rubia huyó en busca de mayores ascetismos revolucionarios, dejándole un rastro de anís y abanico.

En la mañana balanceante y revolucionaria, en la tarde plata (un plata banalizado de colores, gritos y banderas), Pelayo Sánchez se dirige al suburbio, donde el cura Melero le tiene preparado un mitin, un encuentro con la gente del barrio, algo. Pelayo Sánchez tiene mucha vocación o mucha salud. Los cambios del partido y los cambios de Moscú le han dejado sin sitio, pero nadie podrá dejarle sin él mismo. Sin su rubio largo, su oratoria y eso que los periodistas llaman su carisma. Por fin, el coche blindado se ha deshilado de la angostura estudiantil y corre hacia Atocha.

—Estos burguesitos ni saben lo que quieren —dice Jonás, el chófer guardaespaldas.

—Pero nosotros sí lo sabíamos, Jonás, y les hemos dejado perder.

Como en catarata de espejos vivía Victoria, como en el pasar de un río de plata, el transcurrir de los muebles por su casa, a través de su vida, cornucopias, divanes, salones chinos, arte abstracto, relojes como minotauros, biombos ondeantes, espadas orientales como delfines combados de aquella corriente, consolas como grávidas madres de cuando la primera burguesía, caracolas en la cresta del tiempo, alfombras como jardines japoneses, inmensos comedores donde a veces daba Victoria una cena, antes de venderlos, espejos negros para la que se mira de noche, antes del adulterio, y plantas como pavos reales, plantas que parecían lanzar un gemido de vez en cuando. Victoria había inventado la casa/río, el devenir de las intimidades sucesivas, el vivir en almoneda, todo en venta, todo en compra, pero todo dispuesto como para quedarse allí eternamente, establemente. Digamos que Victoria, después de los cuarenta, cuando comprendió que el tiempo pasa, reaccionó de manera contraria a como reaccionamos los demás. Todos los demás tratamos de detener el tiempo, a esa altura del mismo, con un farallón de cuadros, libros y «cosas de toda la vida». Tratamos de sobornar al tiempo mediante nuestra fidelidad a él y sus fetiches. Victoria, al revés, optó por hacer de su vida una sucesión evidente, por vivir en la pura velocidad de las cosas, en la fugacidad de los objetos y las vidas que arrastran como cometas. Victoria hizo almoneda del tiempo y de su tiempo.

Victoria, pasados los cuarenta, es la única persona que ha conseguido, en su ciudad y en su mundo, que se le acepte esta chamarilería a lo divino, que no sepamos nunca, cuando nos invita a tomar el té, si está tratando de vendernos el juego de té. Es ya como de buen gusto esta provisionalidad de oro en que vive Victoria. Y de la que vive.

Victoria es judía del norte. Ha vivido en Londres y París. Conserva el cuerpo joven y una belleza que apela, ya, más al mero dibujo que a la calidad del rostro, o de las manos, a la entidad de la materia, que se va volviendo inevitablemente dudosa. Victoria es una sucesión de tapices, idiomas, amores y sabidurías de su raza. Ha entendido el amor como otra almoneda, aunque más altruista, como una sucesión de hombres (siempre importantes, siempre «diferentes», siempre piezas únicas: aunque Victoria va descubriendo que las piezas únicas escasean más entre los hombres que entre la dinastía Ming).

La cama de Victoria, quizá el único mueble estable de la casa, como una barca de oro a la orilla del devenir heraclitano, es o ha sido el confesonario de todos esos hombres «únicos», importantes, maduros, pero el secreto nunca ha trascendido, salvo cuando no lo era. El pecho moreno, breve y todavía joven de Victoria es hermético bajo la piel suavísima, rompediza, de las bellas que van para viejas. Así, Cosme en sus mejores tiempos, Cosme, que hacía el amor en camiseta de película italiana, sobre todo desde que hizo algunas coproducciones en Italia:

—Mira, Victoria, esto es una mentira. Todos nos estamos dejando querer. Yo ya no sé si me contratan porque soy actor o porque estuve en Cuelgamuros. Yo tengo cosas que vender, Victoria. Vendo toda mi vida en cada papel, todos estamos en venta, como tus muebles, sólo que tú has tenido el valor de hacer de tu casa una almoneda, y los demás queremos ser de una pieza.

Cosme, en camiseta, vuelve a ser un poco el obrero de Cuelgamuros, el de la redención de penas por el trabajo. Victoria, desnuda sobre la cama, fuma y le observa.

—Tú haces tu trabajo y ya está, Cosme.

—No. Yo estoy vendiendo mi leyenda. Todos teníamos una leyenda, cuando Franco. Él nos hacía legendarios, sin saberlo. Con él, siendo menos, éramos *más*.

Cosme fuma mucho, bebe whisky, respira hondo, se fatiga en el amor. Victoria no quisiera que todo el equilibrio exterioridad/interioridad de su vida se descolocase por un infarto. Cosme tiene la voz más negra y rica de la escena española. Una voz para confesarse de madrugada con un desconocido, con una desconocida, o para confesarse en el lecho de oro de Victoria, después del sexo. Cosme ha puesto su casa

de la sierra con cosas compradas a Victoria.

—El partido, Victoria. Yo no sé por dónde anda el partido. Nadie lo sabe. No es el partido que a mí me sacó de Cuelgamuros. Éramos épicos, éramos líricos, éramos algo. Ahora somos funcionarios, burócratas de la política. Bueno, ellos, que a mí no me pillan. Yo ya estoy viejo, Victoria, y sólo espero un buen papel para retirarme brillantemente.

—¿Te fuiste con Carrillo o con Pelayo?

—Me he ido con todos y con ninguno. Hubo un tiempo en que todos los actores jóvenes eran del partido y a mí me miraban como a un mito. Pero yo sabía que no había hecho nada, salvo adaptarme vergonzosamente a la situación.

Victoria va a decirle que no, que «vergonzosamente» no, pero se le ha terminado el cigarrillo y le parece más urgente encender otro. Victoria va aprendiendo que los hombres de la edad de Cosme, y más jóvenes, dudan entre autoglorificarse o declararse acabados, según el interlocutor que tengan delante. Los hombres, después de la hazaña sexual, se teatralizan mucho a sí mismos (y no sólo porque Cosme sea actor), para bien o para mal. Se les va la gloria, se les va el poderío sexual en la respiración. El triunfo y el amor son un problema de bronquios. A Cosme empiezan a fallarle los bronquios.

—Quédate un poco en la cama, Cosme, que me doy una ducha y nos tomamos un té en el saloncito chino.

—¿Aún tienes el saloncito chino?

—Bueno, se lo están llevando por piezas, pero también podemos tomar el té en la cocina.

El Funeral House de la M-30 es un edificio grande y cuadrado, de mármol negro, peraltado sobre la carretera y con espíritu de neón. El Funeral House parece que va a sugerir muchas cosas, muchas metáforas, pero no sugiere nada. Es un sitio para los muertos y ya está. Una cosa como muy americana, pero con más sobriedad española.

En el interior del Funeral House hay habitaciones para los muertos, donde están como haciendo una cura de sueño o una meditación trascendental, y salitas de espera para los derechohabientes, que no esperan nada. En el Funeral House de la M-30 tienen a Sandro, y Georges ha sido el primero en llegar, dejando su coche en el amplio aparcamiento exterior, que es como un jardín negro: como llegar a una fiesta extrañamente silenciosa y lejana. ¿Desea el señor visitar a su amigo?, cómo, su amigo, y Georges tarda unos segundos en comprender que su amigo es el muerto, no, por Dios, para qué van a molestarse, yo le haré compañía desde aquí. ¿Se puede fumar?

Georges es alto, delgado, erguido y casi anciano. Se ha estirado varias veces la cara y usa bigotillo belicoso de cuando la guerra o la posguerra aunque él no vivió aquello bélicamente ni le interesó nunca demasiado.

Georges es de Granada, vivió de niño el drama callado de la muerte de Lorca y comprendió de adolescente que para Lorca y los de su raza no era sitio saludable Granada. De modo que se vino a Madrid, aquel Madrid de la posguerra, lleno de putas nacionales y poetas existencialistas. Ahora, Georges se ha sentado en la salita de espera —¿espera de qué?— que corresponde a los derechohabientes de Sandro, y fuma con las piernas cruzadas. Georges vive de no hacer nada. No es exactamente un señorito andaluz, ni mucho menos un terrateniente. Es, sencillamente un hombre que descubrió que no hay ninguna necesidad de hacer cosas en este mundo donde todos los demás hacen algo. Georges, desde que se vino a Madrid, en aquellos años cuarenta, se ha limitado a quedarse en el sitio, cuidando la ropa, el pelo que se le caía, el bigote (se ha pasado la vida pendiente del bigotito) y el brillo de los zapatos.

Cuando en el Madrid escaso y existencialista empezó a tener, más o menos, los mismos problemas raciales (y quizá no sea desafortunado decir raciales) que en su Granada provinciana, Georges empezó a viajar: el disparate enmascarado de Venecia, la cursilería surrealista de París, la fiesta del mundo. El mundo era una fiesta. Georges ha estado en casi todas las grandes fiestas del siglo. Ahora sólo espera que vengan los otros, los fieles de Sandro, los enamorados de Sandro: todos le producen ya un poco de ternura y un poco de asco. A todos los conoce desde que se conoce a sí mismo.

Georges recuerda su relación con Sandro, el hermafrodita, su intimidad con Sandro. Georges no estaba enamorado de Sandro y se dice, sin decírselo, qué escalofrío, que él nunca ha estado enamorado de nadie.

Él ha amado cuerpos, no individuos. Un cuerpo es una fiesta perpetua. Un individuo es una cosa sórdida que ensombrece su propio cuerpo. Los cuerpos serían gloriosos si no pensásemos tanto en ellos. Georges piensa escribir alguna vez algo sobre esto, aunque quizá ni siquiera lo piensa. Sandro, hombre y mujer, era una estatua bifronte de la especie, un jardín de la sexualidad que tenía detrás otro jardín, como suele ocurrir en algunos conventos y algunas casas recoletas. Casa con dos puertas... Georges (ha leído mucho a Cernuda) no está dispuesto a enternecerse con la muerte de Sandro y el amor que se tuvieron, o lo que fuera, sino a endurecer todo eso en reflexión, hasta llegar al mármol, pero no este mármol negro y comercial del Funeral House, sino un mármol mental y rosa, como el que a veces toca leyendo a Cernuda y Kavafis.

Por eso, por esto, le asusta la llegada de los otros (los «otros»), con su previsible lloro, su sentimentalidad exagerada, su pluma y su folklore cuasilorquiano. Georges, ya tan lejanamente granadino, prefiere la sobriedad de Cernuda al derramamiento de Lorca. Georges se consuela pensando —¿y de qué tiene él que consolarse?— que Sandro también era así: un frío objeto cernudiano, un cuchillo adolescente y cruel en el filo de los dos sexos. El mejor homenaje a Sandro será la tranquila reflexión.

Y Georges se retoca el maquillaje de la cara en el espejito de su pitillera de oro.

Juana, la mujer de Daniel Cendoya, una asturiana fornida, se ha metido en un taxi, de madrugada, y no sabe qué dirección darle al taxista. Una clínica, una casa de socorro, un servicio de urgencias, algo. Daniel Cendoya, el viejo poeta, estaba revolviendo papeles, entreteniéndose su insomnio, como tantas otras noches, releendo críticas de los años cincuenta, cuando él era la cabeza visible del socialrealismo antifranquista, y de pronto el dolor en el brazo, el paso difícil de la butaca a la cama, las vacilaciones de la luz, el grito sordo en el pecho, el infarto. Juana ya lo sabe de otras veces, y él también, pero un poeta viejo y con infarto es un ser triplemente desvalido, de modo que allá se ha quedado Daniel Cendoya, como queriendo beber agua en la cocina, quizá alguna pastilla, torcido en las actitudes difíciles del ahogo. Juana, aunque mujer fuerte, no se decide por un sitio para avisar, o para llevar al enfermo, y el taxista tampoco ayuda mucho, estos taxistas de noche son gente rara que duermen de día y no se enteran mucho de las tragedias de la vida, Agustín, ya está, Agustín, el de los doberman, que ronda toda la noche con sus perros, que patrulla no se sabe qué por el barrio de Chamberí, Agustín fue algo así como médico cuando la guerra, salvó la vida, pero le separaron de la carrera, claro, Daniel y Juana se lo han encontrado algunas madrugadas, paseando la libertad de los que nunca acaban de sentirse libres, y han hablado de lo de siempre, la guerra, la posguerra, estos tiempos, la manera que tiene el tiempo de volver donde solía, he leído tu último libro, Daniel, cada vez dices más cosas, y los doberman saltando en torno, violentos y cariñosos, negros, como llamas de la hoguera de la noche.

—Vamos hacia Chamartín, San Bernardo y eso. Yo le indicaré por allí...

El taxista se pone en marcha sin contestar, quién puede estar levantado a estas horas, y además médico y amigo, lector de Daniel, que debe estar allá en la cocina, debatiéndose con un grifo y una pastilla. Dieron varias vueltas al gran barrio antes de cruzarse con la silueta alta de Agustín, ¡Agustín, Agustín, soy yo, Juana Cendoya, Agustín...!

Daniel Cendoya está sentado en la cama, congestionado en varios colores, transparente como todo el que acaba de cruzar la muerte en ambas direcciones, con el pelo blanco en caos, casi sonriente. Agustín, sentado muy cerca, le ha aplicado los remedios caseros, no era nada, una falsa alarma, lo tuyo de siempre, pero tienes que cuidar la bebida, los perros han quedado atados en el portal y Juana va y viene de la cocina.

—Así me moriré una noche, Agustín, como un perro, antes teníamos el miedo y ahora tenemos el silencio, nos ignoran, nuestras palabras no han servido para nada, la historia va por donde quiere o, mejor dicho, no existe. Y te escandalizará, supongo, oírle esto a un viejo marxista como yo. Pero ya sólo creo en la historia de cada día. La violencia o el silencio. No pienso escribir más.

Agustín, muy calmado por la misión urgente que le ha surgido, satisfecho de tener algo que hacer, quizá feliz de que su ronda nocturna haya tenido un destino, por esta noche, fuma despacio, habla despacio, sosegado y un poco sombrío, como es él. Desde el portal suben los ladridos de los doberman.

—Van a protestar los vecinos —les dice Juana.

—No, Daniel. Tú nos enseñaste muchas cosas, tú nos diste muchas consignas, dijiste eso de que la poesía es un arma cargada de futuro. No debes renunciar a nada. Seguirás escribiendo, pero, aunque no escribieras más, tu obra anda sola, sigue diciendo lo que dijo, lo que dijiste.

—Mis libros ya no los lee nadie, Agustín. Queríamos prefigurar el porvenir, pero el porvenir es precisamente lo que no tiene figura ni puede tenerla. Por un lado, esta mediocridad que vivimos. Por otro, todo ese mundo joven que ya no entendemos. El poeta canta siempre a posteriori. No es verdad que el poeta sea profeta. En mis versos no estaba previsto nada de esto.

Daniel Cendoya habla despacio, como mimándose a sí mismo, con el sosiego de que el peligro ha pasado. Juana ha bajado al portal a darles un poco de carne a los perros, para que dejen de ladrar, y un zapato de Agustín, perfectamente masticable, toma, juana, bájales este zapato para que se vayan tranquilizando, luego volveré a casa cojeando. Los dos hombres, los dos viejos revolucionarios, hablan largamente y se están comunicando un desencanto que no se dan uno al otro abiertamente, sino mediante rodeos intelectuales.

—No era esto, Agustín, ni nada de lo que nosotros pensábamos. Hemos pasado con nuestro tiempo y ya está. Tú nunca duermes en casa, nunca duermes de noche, porque sigues huyendo de aquello. Somos el negativo de la historia, Agustín, de la historia sólo nos ha quedado el miedo y el escepticismo. Por eso yo, a veces, sueño otra vez con la violencia, como de joven.

—Nuestra causa nunca estará ganada, Daniel. Los poetas sois gente de absolutos. Nuestra causa es una cosa de todos los días, hasta la muerte. Y otros seguirán en ello. No podemos desertar de ser quienes somos, ni tampoco debemos magnificarnos. Nuestra dignidad de perdedores está en seguir perdiendo dignamente cada día. No debemos renunciar a nada, ni siquiera a nuestro miedo.

—Por eso tú tienes los doberman —sonrió blandamente el viejo poeta.

Tenían ya muchos años como para no dudar del viejo mundo, que tanto les había engañado. Pero aquel engaño les constituía y se entretenían analizándolo, como condenados a muerte.

—Yo tengo mi infarto —siguió Cendoya—, y una noche de éstas doy por cerradas mis obras completas.

Se volvió un poco en la cama, como para dormir. Agustín apagó su cigarrillo y se puso en pie. «Te he llenado esto de humo, perdona.» Se despidió de Juana, desató a los perros y regresó andando hacia su lejano Chamberí. Arrastraba en un pie el zapato destrozado por los perros. Y esta cojera le era grata, le distraía, casi le alegraba.

Redada de putas en la calle de la Cruz. La pasma y los maderos no buscan sólo profesionales, sino menores y picadas, mayormente. Zigzag de botas y piernas desnudas en la estrecha calle. Un anfiteatro de faros, con todos los coches parados. Susto de los portales. Sombras rubias y enfermas corren alentadas por el vergajo oscuro. Una romanidad de cascos y escudos en la medianoche. Chillidos de seres sin voz, vagidos de cosas sin alma. El oleaje de las bofetadas y la espuma en huida de las enaguas. «Picadas y menores; quiero picadas y menores», dice una voz macho. Las lecheras están aparcadas en Progreso, para cargar el material humano. Dos maderos jovencitos han sujetado a la Bonga, que les ofrece sus brazos en jarras, como un ánfora negra y solemne.

—A ésta, no. No me toquéis a la negra, que ya tenemos bastante cirio con Ceuta y Melilla.

(En la calle de la Cruz se practica un raro apartheid inverso y confundido.) Pero Cuétara, que estaba ajustándose con la Bonga, como otras noches, en la esquina de los carteles taurinos, se ha metido en un bar flamenco, por si acaso, a tomarse una banderilla de aceitunas con tripa, para disimular. Cuétara tiene miedo por su condición jurídica, pero la pasma y los maderos no cargan contra la parroquia, sino más bien contra la mercancía en oferta, mayormente menores y picadas, ya se ha dicho.

—Menores y picadas. Barrionuevo quiere menores y picadas, que luego el *ABC* y la oposición se le echan encima con la inmoralidad callejera.

Adolescentes que se han subido corriendo los cinco pisos de una escalera vieja, huyendo de la madera. Pardalas que quieren darle al inspector en los huevos con una gruesa rodilla de pueblo. Rafagueo de porras y pistolas que disparan sólo su brillo. Zigzagueo de carreras en la estrecha calle, parando el tráfico. Los conductores empiezan a divertirse con la película. Esto de la democracia es que es un cachondeo, oyes. Franco las tenía en las casas de lenocinio, como debe ser, dice el culto. Sí, hasta que las soltó. Porque se lo pidió la Unesco. No te jode con la Unesco, ¿y qué es eso de la Unesco? Una cosa que hay por Antón Martín. Los rojos ya no saben qué inventar. Un madero da en el culo seco y pugnaz de una adolescente platino y sida, con cierto sadomasoquismo de cuerpo.

Unas se entregan y otras han huido. La calle empieza a despejarse y los coches avanzan lentamente hacia San Jerónimo, tocando alegres bocinas de despedida. Allá en Progreso, las lecheras se van llenando de mercancía, de dulces y brujas y dolientes reses jóvenes y rubias. Las lecheras parten hacia Ponteijos. La Bonga se ha quedado sola en la calle, reina de la acera, porque Barrionuevo no quiere más cirio con Ceuta y Melilla, o algo así, aunque ella es como de Guinea o de Ifni, algo de eso, el glorioso protectorado español, lo que fuera.

La Bonga entra en el bar flamenco en busca de Cuétara.

—Y cómo te lo montas, tío. Pídeme a mí dos banderillas, anda.

—¿Qué buscaba la fuerza? —pregunta Cuétara, con falsísima inocencia, la boca llena de aceitunas y el palillo asomando.

—Lo de siempre. Persiguen la droga por abajo, por estas pobres pálidas. Como si no supieran quién manda en la mierda, quiénes son los reyes del material. Pero así está la justicia.

Cuétara piensa en su silenciada profesión y se hace el distraído hacia la barra, erizada de ofertas y pimientos.

—A una la respetan porque es una.

—Faltaría más. Y aquí estoy yo para echarte una mano. Ahora tómate algo, ponte calmada y luego nos vamos a lo nuestro. ¿La cerveza fresquita?

La Bonga, que está calmadísima y en ningún momento ha dejado de estarlo, agradece la candidez y las recomendaciones de Cuétara. Comen y beben en silencio. No tienen nada que decirse. A una negra tampoco hay por qué decirle demasiadas cosas.

Cuando salen del bar, casi como un matrimonio burgués, nuevas y perfiladas sombras rubias se insinúan en la angostura de la noche. Pasan menos automóviles. No ha quedado ni un madero de guardia. Cuétara teme que en una de éstas le echen mano y salga en los periódicos su profesión de jurista. La Bonga, orondeada y señora, como el negativo de una burguesaza madrileña, pasea con su cliente, camino del avío, mirando escaparates que se sabe de memoria.

En la alcoba de Victoria, entre jades acuñados por el tiempo y óleos que son las lámparas de la penumbra, Luis Arnero, desnudo y con las gafas puestas, se toma su whisky sentado en la cama, después del amor con la bella judía.

Victoria, desnuda y extendida, como tiene por costumbre, fuma en silencio a su lado. Sabe que ha llegado la hora de las confesiones macho:

—Yo pude ser presidente del Gobierno, Victoria, y tú lo sabes. Yo tenía que ser el elegido, pero aquí ha habido una veleidad borbónica o ha pasado algo. Creo que cumplí como ministro, creo que he sido cabeza visible del nacionalcatolicismo, que en realidad es nuestra democracia cristiana, creo, Victoria, que jamás he salido de los comités, de las normas, del respeto, igual con Franco que con éstos, y tú lo sabes. Hice lo que pude, en lo práctico, por dotar de realizaciones al franquismo. Y al mismo tiempo hice lo que pude, en lo ideológico, por distanciarme del sistema y distanciar a la Iglesia, por devolver a nuestro catolicismo su independencia y su autoridad. Bueno, pues ahora resulta que no tengo carisma. ¿Y qué rayos es eso del carisma, que antes sólo utilizábamos para los santos? Me peino varias veces al día, llevo las gafas gordas que me corresponden, tengo corbatas italianas, he mantenido siempre un tácito juego democristiano. Y eso es España, Victoria, desengáñate: España es clase media que va a misa. Eso lo represento yo y nadie más que yo. ¿Qué coños pasa, entonces?, y perdona la palabra, Victoria.

Victoria, como vagamente aludida por el sustantivo, se peina distraídamente el vello del pubis con los dedos. Fuma y escucha. Luis Arnero tiene una medalla diminuta, una pepita de oro puro, colgándole entre el vello canoso del pecho. Victoria piensa que Luis Arnero es un hombre lleno de posibilidades equivocadas, pero no se lo dice, porque está deseando que se vaya, como todos, para volver al cuidado preocupante de su cuerpo maduro y a las llamadas de la compraventa.

—Victoria.

—Qué.

—¿Otro whisky?

—Pues claro.

Victoria no sabe si podrá soportar la duración del tiempo cuando el tiempo se mide en whisky, cuando el tiempo se consume a lentos tragos. En el gran piso de Victoria, las caracolas del Pacífico son como la cresta de la gran ola del tiempo.

—Tengo un periódico, Victoria, donde sale mi foto casi todos los días. No soy Gil-Robles, Victoria, soy un hombre de mi tiempo. Y no digo que no me vote la horda atea: digo que no me votan los míos, que no me entiende el franquismo residual, ni el catolicismo militante, Victoria.

Victoria se decide a hablar, más que nada por pasar el tiempo, ya que hay que pasarlo:

—Yo creo que es un problema generacional, Luis. Mira el caso de Quiroga. Quiroga también ha estado al borde de la presidencia, como tú, y ahí le tienes, perdiendo el tiempo en las cenas de Catalina Biena y predicando europeísmo a nuestros intelectuales cutres.

Luis Arnero está satisfecho y enfurecido de haber encontrado un adversario, de que Victoria se lo haya brindado. Chupa de su nuevo whisky y se revuelve un poco en la cama.

—Quiroga, ¿quién es Quiroga? Parece mentira que me saques tú ese nombre, Victoria. (Pero está encantado de que se lo saque.)

—Perdona, Luis.

—Quiroga, un aristócrata vasco que fue carlista o poco menos. Un falangista elegante. Y, hoy, un europeísta más a la derecha que Giscard. La democracia cristiana tiene un arraigo en el hombre que llega a las masas. Quiroga flota.

—Sois los dos que habéis estado más cerca de la presidencia, Luis. Tú hablas de tu democracia cristiana, pero hoy Europa es laica. Quiroga ha tenido la prudencia de no

hablar de eso. Quiroga sabe que ni en Alemania ni en Inglaterra hay prácticamente partidos comunistas. Y ha explotado ante ellos su anticomunismo.

Victoria se encuentra de pronto embarcada en una nada pudiente defensa de Quiroga, frente a Luis Arnero, su compañero de cama, y se pregunta por qué. Quizá, simplemente, porque Quiroga no se ha acostado nunca con ella, no ha venido a llorarle sus penas de macho herido. Quiroga es un ejemplar valioso y como imposible que falta en la panoplia de Victoria. Eso le da prestigio.

—Quiroga no vende nada, Victoria. Sólo se vende a sí mismo. Yo tengo detrás todo el cristianismo español.

(Y Luis Arnero, ex ministro de Franco, reticente del *Ya*, se lleva una mano, involuntariamente, a la Virgen/pepita de oro que se esconde entre el vello de su pecho desnudo.)

—En eso tienes toda la razón, Luis. Sólo estaba intentando ayudarte a aclarar ideas. Espera un momento que me doy una ducha y tomamos un té en el saloncito chino.

—¿Todavía tienes el saloncito chino?

—Se lo están llevando por piezas, pero igual podemos tomar el té en la cocina.

Fe Segovia vuelve a casa un poco tarde, tras la cena con María Catalina y sus invitados. Fe Segovia ha escuchado en la cena muchas cosas que no le importan y ahora vuelve a concentrarse en sus Vírgenes, mientras el coche atraviesa un Madrid dudoso de madrugada. Fe Segovia se propone ir el miércoles a El Escorial, a la aparición de la Virgen, al diálogo de la Virgen y la cocinera, e incluso esconde la esperanza de ver algo ella también. Algo.

Sube las escaleras de su casa/palacio del Madrid de los Austrias y la doncella del servicio de noche se lo dice con premura:

—Señora, que hay alguien que ha venido a verla, ya muy tarde, dice que viene de muy lejos, una señora mayor, en la capilla está esperando.

Fe Segovia tiene un pronto corazonal.

—¿Una señora, una monja?

—Sí, una monja extraña, como de otra raza, olía como la Virgen, dijo que la esperaría a usted a pesar de todo, está rezando en la capilla.

—Gracias, Encarna, tome usted esta capa. Voy allá.

Camina de prisa y despacio a través de sus salones apagados. Sólo hay una luz en la puerta de la capilla. Fe Segovia tiene un pálpito. Qué visita tan rara. Y a estas horas. Rezando en la capilla.

Se para junto a una consola y se quita los guantes, las joyas, los broches, los collares. Casi se arranca las orejas con los pendientes.

¿Y si le hubiese tocado a ella el milagro, como a la cocinera de El Escorial?

Se frota el maquillaje, el rouge y el rímmel con un pañuelo. Se mira en un espejo negro que devuelve la negrura de la hora y de la casa. Ha conservado el chal malayo en un brazo, no sabe por qué, y se lo echa por los hombros, sobre el escote. Paso a paso, se acerca a la capilla, abre suavemente la puerta y ve una figura gris, encogida, femenina, arrodillada frente al altar. Fe Segovia cierra los ojos y saluda:

—Ave María Purísima-Abre los ojos y mira. La mujer del reclinatorio se volvía lentamente.

Era la madre Teresa de Calcuta.

Los pies descalzos, adolescentes y femeninos que pisan Madrid, los pies bellos y breves que pasan de la quemazón del asfalto al suspiro de las fuentes, los pies que ponen luz en la noche y gracia en el día. Antonia Arranz, hija de exiliados españoles, salía descalza por París, de noche, porque su madre le escondía los zapatos, para que no se escapara, y desde entonces le ha encontrado el gusto cálido y áspero al asfalto y los adoquines de la gran ciudad.

Venida a la España de la democracia, Antonia Arranz camina la noche madrileña, va reconociendo con los pies, como unas manos sutilísimas, el rostro del Madrid que sus padres perdieron en tres años de sangre y fuego. Antonia Arranz es dulce, francesa, española, lenta, amorosa, ordenada y desordenada, y piensa vivir en España como traductora de ambos idiomas, dados su bilingüismo y su cultura literaria. Pero de momento no sale nada, o ha salido un libro sobre el conductismo, de Skinner, que es un coñazo, traducido del inglés, y Antonia Arranz (los ojos claros, la boca dulcísima, la palabra íntima) trabaja en el tema (más bien poco) y recorre descalza el Madrid de sus padres, que ya no es el Madrid de sus padres (se ha venido sola). Antonia Arranz comparte pisos de renta antigua con aguerridos homosexuales que van a ser actores, duerme en apartamentos con muchos posters de Olvido Alaska y mucho humo de mirra quemada en el comedor.

Antonia Arranz camina la noche de Madrid, bebiendo en todas sus fuentes aldeanas, y duerme de día en los pisos de renta antigua. La traducción de Skinner avanza poco en su portátil francesa, que es de enchufar, y el ocio, el hambre y el porro la llevarán un día a la calle de la Cruz, donde los españoles, que parecen tontos, pagan por cualquier cosa y prefieren la adolescente a la mujer hecha y madura, al contrario que los parisinos. Antonia Arranz ha encontrado una protección negra y sáfica en la Bonga, y se deja llevar en el juego, porque le da lo mismo y porque entregarse a la maternidad devorante de la Bonga es como entregarse a la maternidad de toda una raza, la negra, que la absorbe, la chupa, la deleita, la envuelve, la folla y la duerme, como una inmensa niñera negra.

Antonia, la niña Antonia, ni parisina ni madrileña, está tan cansada de caminar descalza por Madrid y de traducir al intraducible Skinner, que se pierde gustosa en el regazo de la Bonga, sólo que Antonia, por menor, es objeto de frecuentes redadas de la pasma, y en comisaría hasta le hablan de la ETA, que ella no sabe lo que es. Antonia Arranz, dulce y francesa, cuando sale de comisaría vuelve a los pisos de sus maricones, por Lavapiés y así, pero al final le tira el dinero fácil de la calle de la Cruz, el porro y la protección dulce y brutal de la Bonga.

De modo que vuelve a hacer portales. A Skinner, que le den mucho por retambufa, que a lo mejor le gusta.

Blas, el señorito Blas, a la salida de la cena de María Catalina Gentil de Biena, donde tampoco se ha divertido demasiado, ésa es la verdad, se dirige en su mercedes a un piano/bar de Serrano, donde hay tertulia nocturna de gente que le va. Ya que ha bajado a Madrid, aprovecha para saber cosas. El piano/bar de Serrano es un sitio en penumbra, con cuadros que fueron vanguardia en los sesenta, camareros viejos y un pianista que toca un arreglo de *Los últimos de Filipinas*.

Esta tertulia diaria y trasnochadora del piano/bar la preside Gabriel González Montano, un falangista de los primeros tiempos, un hombre de buena prosa y mala respiración, que llegó a director del *Arriba*. Ahora está injustamente jubilado y sin jubilación. El socialismo no ha sabido cuidar palatinamente a los héroes del cuarentañismo. En una esquina de la tertulia, Javier Jiménez, columnista de la extrema derecha, bebe whisky, juega al poker con otro señor y soporta las piedras que le pesan en el riñón. Por aquí también viene Facundo Riojano, que está escribiendo una especie de Episodios Nacionales del franquismo, con peor prosa que Galdós (que ya es decir) y muchas lectoras entre esas viejas terratenientes que se han comprado una maquinita a pilas que iza la bandera tricolor y hace sonar el himno nacional. «A esta bandera nunca le faltarán las pilas», dicen las viejas que tienen pinares por Cuenca, y ni siquiera saben lo que tienen, ya que siempre han engañado al Catastro con medidas menores, de modo que si se hiciera un mapa de España de acuerdo con estos documentos fraudulentos, siempre saldría una tercera parte de España cúbica, y éstos son los que dicen que la engrandecen.

Otro que frecuenta la tertulia melancólica del piano/bar es Manuel Martel, torero fino de Madrid, rival que fue de Manolete, y que no tiene otra filosofía que estar siempre con el poder. Recuerda los buenos negocios que le proporcionara López Bravo, cuando ministro de la cosa, y ahora acude al piano/bar porque la verdad es que ya no tiene adónde ir, pero sabe que con éstos ya no se vuelve a ganar España, cuando menos, en lo que a él le queda de vida, que tampoco es mucho (medio estómago rebanado por el cáncer). Manuel Martel hace su ingenio natural contra los nostálgicos que plantean la conquista del Estado con una retórica de trinchera.

Hay otras gentes, otros adictos, incluso algún columnista ulcerado y golpista que acude cada noche a recoger el rumor o la ocurrencia, para convertirlo a la mañana siguiente en inminencia nacional. A Blas, el señorito Blas, le da lo mismo toda esta gente, salvo la amistad de tantos años, pero por ellos olisquea adonde van las cosas, y presiente si el socialismo le va a quitar o no le va a quitar las fincas. Parece más bien como que no. El columnista maduro pide agua, después de tanto whisky, para las piedras del riñón. El columnista joven e infártico pide un whisky, que es vasodilatador. Gabriel González Montano, con bigote a lo Nietzsche (han incorporado a Nietzsche a su iconografía, a falta de valores), pide bicarbonato, y el pianista ha cambiado a un arreglo del *Cara al sol* con un poco de swing.

En la tertulia son modernos y se lo consienten.

Blas, el señorito Blas, se aburre también en la tertulia del piano/bar. Piensa que Madrid se ha vuelto una ciudad aburrida. Duda entre las putas de la calle de la Cruz (pero ha habido una redada últimamente: está peligroso), el Casino de Torreldones y la cama. Al final, lo más probable es que se vaya a la cama a descansar de tanto aburrimiento, que es lo que más cansa.

Gabriel González Montano dice cosas que ya ha dicho por la tarde en el periódico de la extrema derecha. A Blas lo ignora, pues que González Montano soñaba con la ocupación falangista de las fincas. Javier Jiménez ha empezado con la mala racha en el poker y decide retirarse, que el perder va mal para las piedras. Facundo Riojano es el único que se encuentra perfectamente y no tiene ninguna prisa, y hasta le invita a Blas a irse de putas por Riscal, pero Blas está en las pardalas de Atocha y todo eso le queda camp. Manuel Martel, con medio estómago, y muerto López Bravo, ya no tiene

negocios que ofrecerle a Blas. Cuando Blas abandona el piano/bar, el pianista ha vuelto, a modo de despedida, con su arreglo de *Los últimos de Filipinas*.

Gamos como suspiros, corzas con la cabeza ensangrentada de crepúsculo, extensiones verdes que, ya agotadas, se suceden a sí mismas en una nueva gama de verdes, quizá más pálida, como muriente, quizá más intensa, como renaciente.

El Rey, a veces, recibía en la Zarzuela. Recibía intelectuales como el profesor Ignacio López, vuelto del exilio, refugiado en una acracia cristiana, primitiva y actualísima, condescendiente, digamos, con los usos y consumos de una monarquía democrática, abierta, valiente y joven. Recibía políticos como Quiroga, casi tan nobles como él, por familia, que lo habían sido todo con Franco, y que aún tenían mucho que dar de sí en la democracia, pero funcionaba un principio tácito: la generación del Rey. Los hombres que tenían cuarenta años cuando Franco murió y ahora tienen cincuenta.

De modo que don Juan Carlos recibía a Quiroga casi como a un rey carlista, o como a un señor feudal y foral, pero, quizá, a la hora de diseñar España, se entendía mejor con los hombres de su edad, rojos o no rojos. El Rey era alto, muy alto, y con el tiempo había aprendido a llevar su estatura, su voz y su humor. Un humor que era, sencillamente, buen humor.

El Rey tenía unas cuantas ideas fundamentales en la cabeza: hacer una democracia europea moderna, lo que quiere decir abierta, democrática, popular, una monarquía sin corona y una Corte sin cortesanos. Sus cortesanos eran los intelectuales como el profesor Ignacio López o los viejos heráldicos como Quiroga.

Detrás del Rey estaba la sombra roja, suave y musical de la Reina, tan europea. Y delante, la sombra compacta y herida de Don Juan, que había entendido tiempo atrás el posible pacto pueblo/corona, por encima de los políticos y los aristócratas, un pacto un poco a la manera de los reyes de Lope de Vega.

Tardes de la Zarzuela, recepción a los intelectuales, la presencia rubia y deportiva del Rey entre todos aquellos fantasmas de vanidad y literatura. Aquel hombre estaba en la vida, evidentemente, mientras que toda la España pensante estaba en la ideación y el humo de la lámpara, como siempre.

El Rey le pinchaba con un dedo en la tripa a Camilo José Cela:

—Que cómo estás, hombre.

—Ya usted lo ve, Majestad.

Cela sabía que delante del Rey, aunque le pinchase la tripa, lo mejor era conservar la cara de caballo intelectual y no hacerse el gracioso. Cormoranes que jamás llegarían a delfines, aleteaban en torno.

Gamos como finales de leyenda, ciervos con la cornamenta enredada en la luz última, extensiones de lo verde que se iban embalsando de sombra. El Rey, a veces, recibía en la Zarzuela. Su estatura rubia y deportiva era el único soporte que tenían los no monárquicos. La historia es fundamentalmente irónica.

De regreso a Madrid, un ciervo vulnerado, y deslumbrado por los focos de los automóviles, se paraba en mitad del camino. Todo el mundo se bajaba de los coches para arrancar hierba y dársela a la boca. El animal, heráldico de sí, se retiraba hacia la sombra, rumiante y agradecido, para dormir.

La Marquina se levanta a mediodía, se lava sin mirarse ya el cuerpo, porque no lo tiene tan joven como quisiera, y, más que en los espejos, se mira en el retrato que le hiciera un artista de la noche, un óleo ni malo ni bueno donde ella está guapa y con un pecho fuera. Éste es el espejo en que más le gusta mirarse. Los otros mienten, evidentemente, como miente el tiempo, que él mismo es ya una mentira.

Éstas son filosofías que se le ocurren a la Marquina a mediodía, recién levantada, cuando anda por la casa haciéndose un café y dándole pastillas a la perra. A la perra le da pastillas para todo. Por la tarde, siempre viene algún periodista, algún entrevistador, algún productor, alguien que le ofrece trabajo o le roba una entrevista. Y si no viene nadie, la Marquina se queda desnuda, junto a la terraza, estudiando el guión de su próxima película o el libreto de su próxima función. Al pasar página, la Marquina levanta un momento la cabeza y mira, con sus bellos ojos oscuros y cansados, donde siempre permanece un poco de noche, el paisaje sureste de Madrid, la extensión blanca y gris, interminable, de los barrios, bajo un cielo azul e infecundo.

Al anochecer, la Marquina pone música en la casa, canciones de su amiga María Dolores Pradera, mientras se va arreglando para la función y, si no hay función, para tomar una copa en Aretino. La Marquina (no lo piensa nunca y lo piensa todo el rato) es la mujer que se ha quedado sola en la vida por no resignarse a tiempo con un hombre.

La Marquina, que tanto sabe de hombres, no sabe que un hombre, como un vino, gana con los años (la mujer es la que pierde). Ella ha buscado siempre el champán urgente del sexo o ese otro champán rosa e inencontrable del amor, ella ha creído que eso se improvisaba, y si no se improvisaba era que no valía. La Marquina ha derrochado hombres por impaciencia.

No sabe si se arrepiente o no. De haber hecho otra cosa, se arrepentiría de lo otro. Eso sí que lo sabe. Claro que su soledad le ha dado grandeza, aura, dramatismo en el drama del escenario. El público sabe que detrás de esa heroína no hay nada, sino la noche y la soledad, mientras que detrás de otras heroínas hay toda una familia esperando que les haga huevos fritos. La Marquina se ha salvado de los huevos fritos.

Deja a la perra dopada de pastillas y se va en su pequeño coche a Aretino, a tomarse unos whiskies y ocupar su trono nocturno. Los homosexuales, los actores viejos, como Cosme, los reporteros de la noche están siempre en torno de ella.

La Marquina, antes, tenía una mirada que imantaba la noche, de modo que se quedaba con el hombre que quería. Pero los metales nocturnos han huido de ella —ay—, y la Marquina, ahora, cuando quiere engancharse a alguien, tiene que ponerse en pie, llamarlo a gritos, por encima de la música, y colgársele del cuello.

A todos les gusta tomar una copa con la Marquina, porque es tan inteligente, o mejor tan intuitiva, tan sabia de la vida, tan inocente al mismo tiempo, como una naíf del mal, como una naíf de lo canalla.

Sí, la Marquina ha vivido siempre lo canalla (esa miseria que se cree sublime), pero siempre la ha vivido de una manera naíf: ingenua, directa, bondadosa, buena. Esta noche, la tertulia está más despoblada que de costumbre. Querejeta, de guardia permanente en todas las garitas del whisky, informa a la Marquina: lo de Sandro, sí, que se ha picado, una sobredosis, claro, yo lo encontré en la butaca, ya sabes que le tenía alquilada una habitación, bueno, qué nochecita la de anoche, tú qué sabes, para qué voy a decirte, lo han llevado, a Sandro me refiero, a un Funeral House, de esos americanos de ahora, que se están perdiendo las costumbres, por la emetreinta, sí, por la emetreinta, y allí están todos, Guadalaviar, que le han sacado de una cena, Lito, Betsabé, todos.

La Marquina decide, antes de decidirlo, que ella allí no pinta nada, que es cosa de hombres, bueno, o lo que sean, aunque conocía a Sandro, guapo el niño, pero la Marquina siempre ha buscado hombres, incluso en los muy jóvenes, no cree en estos efébicos de ahora, tan unisex, de modo que pide otro whisky de su propia botella, se

desentiende de la parla borracha de Querejeta y piensa que sus buenos amigos, los homosex, han perdido un ídolo, un mito, un fetiche, un tótem y un tabú. Mañana, la tertulia estará muy animada. Estarán todos y todos se lo contarán todo a la vez. La Marquina piensa en los amigos homosexuales de su edad, en el entusiasmo que les resta por la causa, y decide que los de las variantes sexuales son más pertinaces y encendidos que la gente tradicional. A ella casi ya le va dando lo mismo.

Quiroga, muy de mañana, pasea por su jardín del Plantío, viendo Madrid a lo lejos, un Madrid que nunca ha acabado de conquistar. Luego se sienta a escribir en su despacho Este, que es el que empieza a recibir el sol del Madrid profundo y lejano. El despacho Este de Quiroga tiene algo de escribanía de monja medieval o renacentista, culta y sensual, como una sor Juana Inés de la Cruz entreverada de santa Teresa de Jesús (Quiroga ha leído la *Sor Juana* de Octavio Paz y le ha gustado mucho la vida de aquella monja aristócrata, letrada y lesbiana).

Quiroga escribe en un tomo de sus memorias, o quizá redacta una *tercerita* (así lo decía Miguel Pérez Ferrero) para el *ABC*. Quiroga cuida su presencia en la vida nacional y parece recordar en sus artículos, a intelectuales y gobernantes, que ahí está él, la única derecha presentable de España, vegetando en El Plantío, desaprovechado. Pero Quiroga es un dandy que renueva menos su vestuario que su paciencia, y espera a que llegue su tardío momento, o se resigna a que no llegue, identificado ya con la imagen ilustrada, incomprendida y esbelta que va a dejar de sí.

Luego, Quiroga se mete en uno de los coches que le están esperando y un mecánico le lleva a Madrid. Quiroga entrega su artículo en el *ABC* personalmente, por si hay ocasión de charlar un poco con los Luca de Tena.

Más tarde, Quiroga acude al almuerzo que tiene convenido, con un diplomático extranjero, con un político español que sólo le va a hablar de la periferia política o con un periodista que quiere, una vez más, contar su vida.

Quiroga pierde algunas horas en su despacho de Madrid y después acude a la conferencia de media tarde, que quizá tiene lugar en el Museo del Prado. Por la noche, cena en casa de Fe Segovia, de María Catalina Gentil de Biena o de la duquesa de Alba.

Cuando Quiroga vuelve al Plantío, de madrugada, comprende que ha perdido otro día, que se está quedando en una figura ornamental, que nadie le propone nada serio. Como de su talento no duda, ni de su lucidez, Quiroga acaba aceptando que la nueva política le encuentra viejo. Todos son de la generación del Rey, se dice. Una política generacional, qué error.

Quiroga se distrae planeando alguna recepción en su finca del Plantío, donde estarán todos (y ya sabemos o suponemos quiénes son todos), sólo por darse el gusto de mirarles a la cara e imponerles su superioridad, su feudalismo ilustrado, su cultura. Se irán de allí sabiendo una vez más que Quiroga era el gran hombre de la derecha española, «y no ese populista de Fraga».

La última fiesta del humillado es la humillación.

Quiroga, de tarde en tarde, organiza fiestas encantadoras y humillantes. Todos los que asisten, de ex presidentes de Gobierno para abajo, comprenden tarde —tarde, ay— que Quiroga les ha convocado para humillarles.

España no sabe qué hacer con Quiroga, y Quiroga envejece lo más dignamente que puede, como un Goethe del Plantío, menor, bilbaíno y casi tan de derechas como el de Weimar. Las llantas del automóvil suenan gratamente sobre la grava del sendero, en el jardín de Quiroga, congelado de luna. Nadie en España lleva mejor la soledad.

Las torres de un gótico de ladrillo, negro y casi británico, los perros como llamas aullantes, los pasadizos negros y el comedor con antorchas. Teresa Label, viuda y con el hijo mayor muerto en una cacería, vive en este su castillo/chalet de Puerta de Hierro, solitaria entre tantos niños y criados de guante blanco, ensombrecida entre tantos candelabros, bajo la pintura fin de siglo y la lámpara amarilla de un inesperado y asombroso Barjola, en un rincón, como una capilla al siglo.

Teresa Label nació en Canarias, en Santander, en Madrid, según el interlocutor y las conversaciones. Teresa Label, cuando niña, estuvo enamorada de vagos infantados, y luego la casaron con un Label, que parecía posibilidad más real, inmediata y rentable. Como toda señora de Puerta de Hierro, es la dama de su soledad. Tuvo su crisis de monja y se metió en un convento de Ávila, de donde saldría por diferencias con la madre superiora. La diferencia era que ella se creía y sentía superior a la superiora.

Y lo era.

De aquella época data su confesor, entonces jesuita y hoy conde volteriano. Ahora apenas se ven, porque ella no parece dispuesta a confesarse de nada y él ya no tiene poderes, atribuciones, que los delegó.

En otro momento de su vida, Teresa Label dio conferencias sobre el 98 por toda Hispanoamérica (en su mundo se dice Hispanoamérica), y ahora vive de lo que le sobra o de lo que le falta, se sirve vodka todo el día y toda la noche, con manos líricas e inseguras, pasea entre los cipreses y los perros y, de tarde en tarde, da una cena con las antorchas encendidas y los criados de guante blanco, entre los cuales hay uno, ya tarrete, que mete un piecico para adentro, y que cuida especial y enamoradamente la copa de Mariano Armijo.

Teresa Label es muy madrileña, muy española, muy de izquierdas, muy de derechas, muy internacional, muy casi todo, y de su difunto marido, el Label malogrado, habla siempre con toda naturalidad llamándole Serafín. Serafín era apático, segundón y despectivo. A Teresa Label le hizo muchos hijos.

Ella recibe casi todas las tardes, y muchas noches, excepto cuando sale a alguna fiesta. La Label tiene erudición, talento, cultura y, lo que es más importante, imaginación para inventarse todas estas cosas cuando le faltan. Viste siempre de negro, quizá se ha dicho ya, como un Felipe II femenino, mantiene distantes relaciones con su vecina María Catalina Gentil de Biena y soporta el rumor/adormidera de que en la bodega de su casa esconde un amante, de la dinastía de los Martín-Artajo o de los Castiella, no se sabe.

En las cenas de Teresa Label suele haber ministros recién nombrados, hombres de confianza de la Moncloa, estrellas de la izquierda como Ramón Tamames y estrellas de la derecha como el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, que, ya bebido, se despide gentilmente de las damas y sale, erguido, por un balcón/puerta, cayendo sobre el césped que está un metro más abajo. Así las cosas, Teresa Label es un mito sombrío, temido y solitario. Más o menos.

La Label es enigmática y profunda, mondaine y superficial. La Label es muchas cosas, pero nadie le falta nunca a sus cenas: ni Quiroga, ni Flor Beato, ni sus ilustres cuñados los Label, ni algunos periodistas chorizos, ni los mismos que puedan tener Fe Segovia o la Gentil de Biena, que ya es decir.

Pero Teresa Label sabe que hay una decisión que tomar en su vida, que tiene que tomar una decisión griega o shakespeariana, antes o después, y que las antorchas y los criados de guante blanco no son sino el decorado de esa escena final. Después de cada cena, cuando se han ido todos, Teresa Label, vestida de raso negro, se mete en la gran jaula de los perros feroces y deja que la acaricien, la ultrajen, le destrocen la ropa que aún no ha pagado. Ama a sus fieras últimas, deseaba que hubiesen devorado a todos los invitados, y vuelve a sus habitaciones hecha una mendiga de despojos, silenciosa, cruel y feliz, para servirse ella misma, con hondas manos que tiemblan, el

último vodka de antes de dormir.

Paolo Argote es casi adolescente y ha puesto ya su primer piso de soltero, aunque soltero lo va a ser siempre. En el piso de Paolo Argote (herencia vieja, en el Madrid viejo, de una vieja tía) hay una confluencia o confusión de culturas que manifiesta la precocidad y confusión con que las capas geológicas de todo lo que no es geología (naturaleza) han llegado al alma (y al cuerpo) del muchacho. Alto y casi fornido, en un tiempo no lejano, simplemente gordito, con cara de lechuza simpática y anciano jovencísimo, con cara, digamos, de fraile tímido, descarado y sapientísimo, Paolo Argote tiene distribuido mentalmente el desorden de su piso (principalmente de su estudio/chaise longue), desorden del que un día brotará el orden, el Orden mayúsculo y casi museístico de una vida concebida wildeanamente como estética. A saber, mundo Kavafis (urnas de Alejandría y páginas del poeta robadas en cualquier biblioteca); mundo Cernuda (claveles andaluces embalsamados, la única foto de perfil que se conserva de Cernuda, que no le gustaba retratarse así, y un retrato del poeta por Madrudejos, el pintor homosexual del 27); mundo Claude Lorrain (frasquitos de perfume seco, fotos de ciertas callejas de París, primeras ediciones del escritor y sartas de collares compradas, por lo menos, a un anticuario del barrio de Lorrain, tantos años más tarde, pero los anticuarios qué saben del tiempo).

Y tantos otros mundos. A Paolo Argote se le ha venido encima un alud de cultura (se le viene uno cada día), casi recién salido del Frente de Juventudes, donde es leyenda (leyenda que él fomenta) que perdió la virginidad con un profesor de Formación Nacional.

Paolo Argote es inteligente, irónico, minucioso, y cultiva un preciosismo de sortijitas que antes ya no le entraban en los dedos carnositos y ahora ya no le salen. De la poesía al artículo, pasando por el ensayo, las antologías y las memorias, Paolo lo hace todo, entre suspiro y suspiro de popper, que le va a matar. Ha decidido ser eso que los franceses llaman un hombre de letras, para lo cual se obliga a estar hablador en las cenas, brillante en las tertulias y sinuoso en las conversaciones de tú a tú. Va a vivir de la literatura, cueste lo que cueste, y esto no es tanto una decisión económica como una decisión estética. Nada de dar clases vergonzantes o aceptar empleos en la burocracia cultural. Paolo Argote se levanta tarde y se asea mucho, entabla larga dialéctica con el espejo, hasta aceptar su imagen desnuda de interno de los maristas: bueno, también Wilde era gordo. Luego viene algún almuerzo social, y después, ya, las tertulias, las exposiciones, los coqueteos, hasta la gran cena de la noche, cuando Paolo se pone smoking y se cambia dificultosamente de anillos.

Como todo verdadero escritor, no se sabe cuándo escribe, ni él mismo lo sabe, pero quizá el secreto sea uno, ascético y dandy: hacer una cosa completa cada día, pase lo que pase, y luego echarse a vivir. Paolo revela en esto (o más que revelarlo, lo esconde) al profesional absoluto que lleva dentro y que otros, quizá incluso con más talento, no llevan, dejando pasar los días y las maravillosas nubes.

Paolo Argote no organizará su piso de soltero (eterno) mientras no organice su cabeza y sepa si quiere a los egipcios por delante de Kavafis o a Tirant lo Blanc por delante de los egipcios. Pero el caos juvenil —y «sagrado»— también funciona a la inversa: Paolo no organizará su cabeza mientras no organice su piso. Si Paolo, siendo listo como es, tuviera unos años más, sabría ya que hay que empezar por lo fáctico, por lo concreto (como Nietzsche aconsejaba empezar por el propio cuerpo para pensar), y habría armonizado de alguna forma su piso, habría hecho compatibles a los poetas persas con Lorrain y Huyssmans.

De momento, Paolo, tierno, equívoco y violento adarme de escritor, aún cree que la esencia precede a la existencia, y por eso lo tiene todo hecho una leonera, que dicen los que no saben decir. En esta disyuntiva se encontraba cuando le llamó Lito, aquella noche, para comunicarle la muerte de Sandro y el velatorio en el Funeral House de la M-30. Paolo se sienta en una mecedora colonial inglesa, esnifa popper, olvida que

tiene los tirantes sueltos y los calcetines caídos, y piensa en Sandro.

Paolo, por privilegio de la edad, conoció la amistad profunda y lacerante de Sandro de una manera directa, ya que eran de la misma generación y a Paolo le sobran maneras y gracias para enhechizar a un adolescente de provincias, por muy hermafrodita que sea.

Luego, cuando Sandro decidió «profesionalizarse» (como Santana con el tenis), Paolo comprendió (ahora esnifa popper) que había perdido un amor para siempre, que aquel chico no tenía sentimientos y había venido a Madrid a hacer la noche y pagarse el pico, o encontrar quien se lo pagara. Paolo sufrió lo razonable con aquella pérdida, pero había tenido otras, y le dolía, cada noche, ver a Sandro en los bajos de Aretino, contratándose como una puta contractual: tú no eres eso, Sandro, se decía, tú no eres eso, tú eres pura mitología hermafrodita, pero se conoce que en la Universidad de Murcia no te han enseñado lo bastante. Por otra parte, Paolo había visto a Sandro en compañía del atleta Miró y, como no sabía de la impotencia de éste, decidió que a su niño murciano le iban los supermachos, con lo que, en su teoría del hedonismo (ésta sí que la tenía madura), decidiera olvidarse de la mágica criatura levantino/sureña.

Pero al velatorio sí que había que ir.

Paolo Argote se pone los anillos, las corbatas, los olores, las gracias, se riza los rizos del pelo y esnifa popper por última vez. En la pitillera de oro lleva egipcios y maría para alternar. Sabe que en el Funeral House van a estar todas las carrozas del género. Sandro ya se ha muerto (de sobredosis, qué bestia) y aquello va a ser una fiesta social. Paolo Argote se encaja las gafitas redondas, montura de oro, de un campoamorismo que desdice al maldito (¿o «del maldito»?). Le da al primer taxi la dirección del Funeral House y ya va pensando, en el fondo del coche, un memento sobre el adolescente muerto, y, lo que es más importante, dónde publicarlo.

En el velatorio ya sabe quiénes van a estar: Georges, Flor Beato, Guadi, Lito, que es el que le ha llamado, sí, Betsabé, el reportero, y algunos otros. Paolo nunca ha sido joven, siempre ha tenido el alma de un Hoyos y Vinent en más culto y mejor escritor, Paolo piensa y siente que la juventud es un trámite, de modo que le encanta alternar, por una noche de duelo, con todas las viejas carrozas del Madrid «otro». Y principia mentalmente los primeros versos del memento, muy a la manera de Kavafis/Cernuda, claro: «Sandro, cuerpo de luz / tú que trajiste...». ¿Qué fue lo que trajo Sandro? Paolo llega al Funeral House sin haber resuelto el problema.

La casa de Victoria, las espadas en las vitrinas, los dioses por las alfombras, las plantas fornicando con las plantas, muebles con el aura de la perennidad y muebles con el aura de la provisionalidad. Un biombo de los felices veinte le ha servido a Mariano Armijo para desnudarse con pudor macho.

Ahora, en la cama, después del amor, Mariano Armijo, el actor que nunca llegará a nada porque vive en una casa desnivelada, conserva la postura del loto y habla con un whisky en la mano (como todos, como siempre) a una Victoria tendida y extendida, que se peina desganadamente el vello del pubis con los dedos delicadísimos.

—Yo no creo en Stanislawski, Victoria. Yo no creo en nada de aquello que creía cuando vine a Madrid. Ni en el Living Theatre ni en el Royal Hart. Yo creo, porque lo tengo observado, que un actor se impone cuando impone un tipo, una personalidad sugestiva, fascinante. Entonces, la gente va a verle a él, aparte del papel que haga. La gente desea que «haga de él».

Mariano Armijo se ha portado en la cama como gitano legítimo, le ha hecho a Victoria un amor profundo, variado, absorbente, disolvente, mareante, y Victoria, mientras fuma, piensa que el joven actor tiene bien merecido que se le escuche un poco, aparte lo mucho que se aprende siempre con los hombres.

—Te lo diré en pocas palabras, Victoria. Es Lawrence Olivier contra Marlon Brando. El Hamlet de Olivier es teatral. El Otelo de Orson Welles es furiosamente cinematográfico. Se acabó ese mito decimonónico de crear tipos. Hoy sólo crean tipos los actores secundarios que no tienen tipo propio. Desde el star-system para acá, lo que se impone es una personalidad, masculina o femenina, y los públicos van a consumir esa personalidad. Esto quizá te explique, Victoria, por qué yo no voy a los Actor's Studio de Narros ni a ningún otro sitio. Yo sé que hay que imponerse al papel que le dan a uno, en el cine y en el teatro. Si tienes personalidad, te impones, y si no te vas a la mierda.

—Pues a mí me gustó mucho Lawrence Olivier en *Hamlet* —dice Victoria, por decir algo.

—Es clásico, es académico, es reaccionario. Seguro que hace muchos años que lo viste. Bueno, perdón, no muchos años, pero algunos. Hoy no lo soportarías. Hoy importa la persona más que el personaje. Por eso yo quisiera imponer un tipo, Victoria, y sólo a ti te lo digo, y lo demás viene solo.

Victoria considera a su compañero de orgasmo y le parece más eficaz que personal. Dado que un actor no puede ir acostándose con cada una de las espectadoras, Victoria duda de que Mariano Armijo tenga un yo que imponer a las multitudes. Y encima vive en una casa ladeada, que una vez estuvo allí.

—Me doy una ducha y tomamos una copa por ahí, Victoria.

(El actor se le ha adelantado: Victoria se queda en la cama, viviendo con los ojos cerrados los últimos arroyuelos del sexo que mana.)

Mariano Armijo se ducha y se viste. Mira en torno. Sobre una mesita de té hay una paloma/salero, de plata maciza. Mariano Armijo se la mete en el bolso. Victoria sale desnuda al salón. En seguida advierte que falta la pequeña paloma de plata maciza. Decide no decirle nada al actor. Se ducha, se viste y le explica que tiene mucha prisa. «Que te vaya bien con tu robo, amor —piensa—. Así, robando palomas y saleros, no vas a hacer mucha carrera. Lo siento por ti, porque eras bueno en la cama.»

Y Mariano Armijo no acaba de entender por qué Victoria lo deja tirado en mitad de la calle, a la busca de un taxi. La plata maciza le pesa en el bolsillo derecho, de modo que sí que lo entiende, pero prefiere no pensar en ello. Busca un taxi entre la lluvia, convencido de que aquella mujer no la va a ver nunca más.

—Y el caso es que era un buen refugio...

Cuando Paolo Argote llega al Funeral House, ya están allí Georges, Guadalaviar y Lito, que reparten besos a media onda entre el personal. Lito hace una ronda ofreciendo tabaco y luego hace otra ronda pidiendo tabaco.

Guadalaviar y Georges, que hacía mucho tiempo que no se veían, hablan de sus viajes, de sus años, de sus vidas. Georges es mítico para Paolo y para casi todos los de su generación, porque se dice que nunca ha hecho nada y ha vivido siempre como poeta puro, tan puro que jamás escribiera una línea.

Georges, según se tiene oído, conoció a Kavafis en Alejandría, de joven, de modo que Paolo se sienta a su lado para que le cuente cosas del genio. Pero, por lo que va contando Georges, Paolo, gran lector, deduce que ése es el Kavafis entrevistado por Lawrence Durrell en *El cuarteto de Alejandría*. Georges habla de libros, no de personas. Y esta primera decepción de la noche le duele a Paolo más que la muerte, tan aséptica, de Sandro. «Sandro, cuerpo de luz / tú nos trajiste...» Paolo ha hecho esta noche un descubrimiento nuevo que ya presentía: en su mundo de hombres se miente y se falsea tanto como en el mundo heterosexual. «No somos mejores», se dice Paolo. No somos mejores. Sólo somos diferentes. Y no sabemos levantarnos con nuestra diferencia.

Llega Betsabé, maestro de la gacetilla cinematográfica, feo, con estilo, y se dice que enfermo. Betsabé se ha dedicado a Hollywood de una manera fanática y todos los otoños tiene un té con Claudette Colbert, en Nueva York, y cuando vino Anthony Perkins a España, Betsabé (así firma sus columnas de chismes) fue el único que consiguió una entrevista (para el *Primer Plano* de aquellos años sesenta). Betsabé tiene cara de chico americano malo, como Mickey Rooney en más feo, a quien le hubieran dado muchos golpes por fuera, pero los golpes se los ha dado, por dentro, la enfermedad.

Betsabé tiene conversación para todos. Le promete a Georges una nota hablando de su regreso a España. También piensa hacer una media columnita sobre la muerte de Sandro.

—Diremos que era una gran promesa artística y temperamental, ¿no?

Betsabé le comenta a Guadalaviar los últimos homenajes que le han dado y le promete ocuparse de ellos. Con Lito se limita a intercambiar tabaco. En cuanto a Paolo Argote, Betsabé se sabe en inferioridad de condiciones, porque Paolo es un escritor que no se ha quedado en los cuatro mitos de Hollywood. Paolo, mucho más joven, pero también más inteligente, se acerca (no sin placer) al mundo gacetillero de Betsabé y ahí empiezan a entenderse.

—¿Tú crees que Cosme se acuesta con esa virago de los muebles y la chamarilería?

—Con ésa se acuestan todos, hijo, y encima se confiesan con ella, que ya verás el día que escriba sus memorias de cama. Está especializada en ministros cristianos, que son los más verriundos...

Y ríen ambos con una risa inmediatamente contenida por lo funeral del sitio. Cuando la cosa parece incontrolada, llega Flor Beato, aristócrata y maquillado, viejo y esbelto, que saluda a todos de una manera un poco papal y cuenta de su amistad con el difunto, con el pobre Sandro. Flor Beato es descendiente de famosos políticos liberales del XIX, cuidadoso de su pelo blanco y bueno de verdad. Paolo piensa que por este velatorio está sabiendo quiénes tuvieron amor carnal con el muerto y quiénes no, quiénes tuvieron amor espiritual y quiénes han venido a hacer bulto.

Flor Beato disfruta de una audiencia en corro, que le complace mucho, pero pronto comprobará que es la audiencia/homenaje a todo recién llegado: luego la gente se aburre, se dispersa, y uno se queda en uno más de los que esperan no se sabe qué: la llegada de nuevos adeptos, la llegada de las primeras luces y el entierro, lo que sea.

Flor Beato ha agotado sus chismes sociales y sus anécdotas históricas. Piensa en irse al coche y decirle al mecánico que le deje dormir un rato en el asiento de atrás. Paolo,

siempre poeta, quisiera tener un poco más avanzado su memento a Sandro para recitárselo al grupo: quizá Betsabé lo recoja en sus gacetillas. Y recita en la noche fría y geométrica del Funeral House, ante la estupefacción de otras familias de otros muertos más normales, digamos:

Sandro, cuerpo de luz,
tú nos trajiste...

Collodi vino a Madrid en los cuarenta, huyendo de la represión franquista en su provincia, que fue una de las más duras de España. Collodi dibujó en *Fantasia*, de Juan Aparicio, a ver, en algún sitio había que meterse, y anduvo en torno a la Academia Breve, el Salón de los Once y don Eugenio d'Ors. Un día, en un arranque, le mostró a D'Ors alguno de sus ángeles a pluma.

—Pero los ángeles eran más viriles —susurró entre dientes el maestro.

Desde aquel día, Collodi salió de Biosca sabiendo que no tenía nada que hacer con aquella gente. Pinta una fantasía puntillista que está entre el surrealismo y Brueghel, y ha encontrado en María Catalina Gentil de Biena su modelo ideal. Le hace retratos ecuestres, retratos angélicos, toda clase de retratos, bajo la luz cenital de su estudio. Siente que Catalina Biena es su última musa, su último ángel, su última verdad en un mundo que ya le va pareciendo (se ha hecho viejo) mentira.

Catalina Biena, por su parte, empezó posando para Collodi con mucha ilusión, pero ahora va teniendo ya como el sentimiento de que este hombre le roba y le disuelve el alma, la convierte en ángel, en musa, en motivo ornamental, la despersonaliza, la dispersa, y esta dispersión se corresponde con la que ella sufre interiormente, a pesar de sus cenas.

Así, Collodi y Catalina Biena, bajo la luz cenital de la tarde triste, son dos seres que se están aniquilando mutuamente, sin saberlo, sin quererlo, dos soledades que se atacan una a la otra. Él la torna fantasma y ella se entrega al juego fantasmal.

Los retratos van saliendo cada vez más translúcidos, con armadura, sin armadura, con encajes, sin encajes, pero Catalina Biena empieza a sentirse amortajada en la pintura de su gran amigo Collodi.

Quienes más nos admiran son quienes más nos amortajan.

—Tienes que adelgazar un poco, Catalina.

—No estoy dispuesta a adelgazar más.

—Pues te adelgazaré yo en el cuadro.

—Que no soy un fantasma, Collodi, ni un ángel. Soy una mujer que quiere vivir, aunque tampoco mucho, ésa es la verdad.

—No sabes lo que quieres, hija.

No. No sabe lo que quiere. Pero sabe que Collodi la está vampirizando involuntariamente con aquellos retratos pálidos e irreales. Quiere rebelarse y no tiene fuerzas. Comprende que lo de Collodi sólo es pintura y que el problema tampoco está ahí.

—Quizá yo necesite un médico, más que un pintor.

—Qué cosas tienes, Catalina.

Sí. La pintura es como un psicoanálisis que la va desmedulando.

—Tú me estás chupando la sangre, Collodi.

—Si sólo es óleo, mujer.

—Pues más a mi favor. Ya sólo soy un óleo. Ya no soy una mujer.

Y María Catalina Gentil de Biena cae sobre el lecho donde está su abrigo de piel, y llora sobre otra *ella* que es el abrigo, su perfume y su calor, y vuelve a saber que no es feliz, lo que nunca había dejado de saber, y piensa en los hombres de su vida o en la vida de sus hombres. Cuando levanta la cabeza y mira un momento a Collodi, éste, con gafas de aro y barba de cuento, muy inclinado sobre el caballete, sigue dando minuciosas pinceladas al cuadro, ajeno a lo que pasa.

Por el boquete de la luz cenital bajan ángeles de nube y sombra que don Eugenio d'Ors hubiera encontrado poco viriles.

Las noches y los días, las lunas y los cielos, los soles y el infierno, pisos de renta antigua, por las calles transversales a San Bernardo, apartamento unisex adonde va a parar Antonia Arranz, alguna vez, se quema sándalo y se fuma, unos se pican y otros hacen el amor, los maricas actores discuten de teatro hasta el alba, y a Antonia Arranz le tocó una noche dormir con Sandro, hace tantos meses, tantas lunas, no se sabe, y Antonia esperaba algo del bello muchacho, a pesar de todo, y estuvo rígida y temblorosa en la cama, distante del contacto de aquel ser asexuado o multisexuado, pero él la tomó cuando quiso, la poseyó por todas las vías, por los más oscuros conductos, la hizo feliz y loca, jugó con ella, y luego dejó que ella jugase con él, y el sexo olía a sándalo y Madrid olía a gasolina quemada y fábrica de churros, y fue en vano el que Antonia Arranz persiguiera a Sandro por todo Madrid, con pies descalzos, durante días de fuentes callejeras, tabernas con mana y pipas, gasolineras de la nueva/vieja arquitectura racional (Antonia se había criado en París e ignoraba eso). Nunca más le volvió a ver y, si le vio, él no parecía reconocerla y, si la reconoció, no parecía dispuesto a repetir la aventura de aquella noche. Antonia Arranz estuvo eternamente enamorada de Sandro durante unos quince días, y luego volvió a la calle de la Cruz, a picarse para olvidar, a fornifollar para picarse, a soportar el amor/maternidad de la Bonga, la negra, por sentirse envuelta en el amor de todo un continente oscuro y dulce. Así fue como una noche de redada, cuando a la Bonga ni la había visto, la cogieron en el tercer piso de una casa vieja, huyendo ella escaleras arriba, en una placa de una vivienda ponía dentista, y se la llevaron entre dos centuriones romanos, serena y débil, y la metieron en una de las lecheras de Antón Martín, y la Bonga no había aparecido para nada, ni Bonga ni hostias, y Antonia Arranz iba entre putas jóvenes, como ella, delgadas, españolas, madrileñas, provincianas, picadas, con toda la angulosa esbeltez que da el hambre rural de España a ciertas españolas. Primero lloraba vuelta sobre sí misma y luego miró el Universo a través de la rejilla de la lechera, y Madrid le pareció una ciudad tan fascinante como París, para los que andaban libres, y comprendió que todas las ciudades son iguales, que lo que las hace fascinantes es la libertad o su apariencia, la manera despreocupada que tiene la gente de andar por la acera, mirando escaparates y sin comprar nunca nada, menudos precios.

La comisaría fue peor, los calabozos fueron peor, y Antonia Arranz, sin saber por qué, confiaba en la presencia/ausencia de la Bonga. Ella es poderosa, ella es segura, ella es negra, ella tiene que venir, ella me ama, soy su niña, eso, así lo dice, su niña, o mejor su nigna. Un cemento y un zumbido, los pies descalzos de Antonia entre las botas rojas, las botas militares, los zapatos dorados, de puta, y las zapatillas de bailarina de las que se lo hacían fino.

Sus pies estaban sucios y pidió lavárselos. La llevaron hasta un pilón, siempre escoltada, excesivamente, por un agente de uniforme, como en las novelas policíacas francesas que ella había leído y traducido.

Un agua de luna le refrescaba y alegraba los pequeños pies de andarina. Hubiera estado toda la noche con los pies bajo la trenza de agua fina y fresca.

Pelayo Sánchez ha llegado a Entrevías en su coche blindado. El cura Melero le tiene preparado un grupo de viejos chabolistas, de viejos comunistas, en un traspatio. Han puesto banderas con la hoz y el martillo, alguna bandera regional y un tabladillo con sillas, desde donde va a hablar Pelayo Sánchez. Pelayo se propone reconstruir el partido desde la base, desde lo más hondo, y el cura Melero, con una vocación fundadora y catacumbal que le viene de Roma más que de Moscú, aunque él crea lo contrario, le ha echado una mano. Los viejos chupan la cerveza directamente del casco. Son gentes que no quieren distinguir mucho entre antes de Franco y después de Franco. Mientras el comunismo no esté en el poder, estamos en la ilegalidad. Lola Suárez, en el interior de la taberna, pegada a la ventana, sonrío a Pelayo Sánchez y sigue el acontecimiento. Pelayo se quita la gabardina y habla a cuerpo, aunque está húmedo. El cura Melero se ha puesto sus insignias del partido, del Ché y las llaves de Roma.

Pelayo hace una alocución breve, violenta, cordial, directa: el eurocomunismo se ha pasado y estamos otra vez en plena lucha de clases. El Gobierno es una socialdemocracia europea de derechas, en pobre, y la Banca obtiene mejores rendimientos que nunca. «Estamos haciendo socialismo para los banqueros.» Esta frase se la aplauden mucho. Lola Suárez, que le oye a través de un cristal roto, evoca los grandes mítines de Pelayo Sánchez en la Casa de Campo, cuando hablaba para inmensos semicírculos concéntricos de caras y de signos. Pero la voz de Pelayo es la misma, profunda, pausada, irónica, severa, exaltada de pronto en la denuncia, remansada luego, enlagunada en la promesa del paraíso comunista.

Después del mitin, después de los abrazos y las firmas, después de que se han ido los viejos militantes, cuando el padre Melero juega al mus con los últimos, en el interior de la taberna, Lola Suárez y Pelayo se sientan a una mesa plegable, bajo la lluvia casi primaveral, protegidos por una marquesina de uralita, beben vino blanco, fuman los largos de Pelayo y hablan de tantas cosas:

—Pasaron los buenos tiempos, Pelayo.

—No podía ser otra cosa, Lola. España no aguanta medio siglo de propaganda anticomunista.

—Me emociona tu ilusión para volver a empezar siempre desde abajo.

—Mi vejez, quieres decir. No soy viejo ni joven, Lola. Soy revolucionario.

—¿Con Moscú?

—Con Moscú o sin Moscú. Aunque Gorbachov lo está haciendo muy bien. Está aplicando tesis que son más desde los años setenta. Me echaron de Moscú por eso, y ahora ponen a Gorbachov para que lo realice.

—¿Tienes contactos con la Embajada? Sin ellos no vas a ninguna parte, Pelayo.

—Los tendré. De momento están por delante los otros, pero se van a quedar en liberales.

Y, entonces, el embajador tendrá que venir a mí.

—¿Por qué no ha venido ya?

—Por viejo. Me encuentra viejo. Pero más vale un viejo listo que un joven gilipollas.

—En Moscú todos son viejos, Pelayo.

—Por eso. ¿Y tú en qué andas ahora?

Hay un silencio. Lola Suárez no quiere decir en qué anda, porque no anda en nada. Se avergüenza un poco de haberse cansado de la lucha mucho antes que el viejo Pelayo. Sirve más vino blanco en las dos copas. Le pide otro largo a su amigo.

—¿Te acuerdas, Pelayo, cuando tomábamos machaquito por cuenta de los Garrigues?

—Era otro momento dialéctico.

Pelayo, como buen marxista, no está dispuesto a conceder nada a la nostalgia.

—Bueno, tampoco te pongas tan borde. Hicimos lo que pudimos.

—No. No lo hicimos, Lola. Y me permito decir que no lo hiciste tú, porque tampoco lo

hice yo. Los pactos de la Moncloa fueron una trampa de Suárez.

—Suárez te legalizó, Pelayo —sale la vehemencia de Lola.

—Es igual, perdona. Era el momento de haberlo exigido todo, y no de darnos la lengua con la derecha. Yo traía buena voluntad de reconciliación, pero este país es incorregible.

—Te veías con un Ministerio, Pelayo.

—Más les habría valido. Mitterrand lo hizo.

—España es España.

—En España hubo una guerra civil, eso es todo.

La guerra civil les trae la presencia de los viejos que se han ido. Pelayo se pregunta interiormente si galvanizar a los viejos no es galvanizar la guerra. Pelayo tiene más escrúpulos tácticos que morales, como todo buen político.

—Y esta leva de ancianos —dice— me van a salir enseñando sus cicatrices, como leprosos.

Ahora es Lola quien pasa a la ofensiva, el metal de los ojos lleno de calor.

—No te importe, Pelayo. La guerra civil seguimos perdiéndola cada día. No ha terminado. Que sepan que estos viejos siguen siendo sus víctimas. Hay que joderles su bonito juego del olvido y la concordia.

—Cuánta moral me das siempre, Lola. Eres joven.

—Soy vieja. Pero lo que te digo es verdad.

Hay más sol que a media tarde, como ocurre en ciertos crepúsculos raros. Ya no llueve y los goterones colgantes se benefician de una claridad sobrenatural. Pelayo se echa por los hombros su elegante/reciente gabardina de solapa ancha. Luego se la cede a Lola, que es quien de verdad tiene frío. Y están bajo el tejadillo de uralita, silenciosos y fumadores, mirándose a los ojos y pensando, quizá, que muchos años antes podrían haber sido amantes. El cura Melero, en el mus, parece que les va ganando la pastizara a sus fieles rojos.

El clavelón de plástico para el pelo, la peineta de un mozárabe de carey, el pelucón negro y salvaje, las diademas de bombillitas, los pendientes como pequeñas Giraldas, el maquillaje de fondo, el azul profundo para las ojeras, el rojo indignado para los labios, el otro clavelón para el escote (éste de verdad, para tirárselo al público), las pulseronas, los collares y más maquillaje de fondo para la barba, tan afeitada. Pepe Bandera se convierte todas las noches en Lola Flores.

Pero alguien le ha traído la noticia de la muerte de Sandro. Pepe Bandera va a hacer su número de cualquier forma, en el club de Atocha, y luego va a salir corriendo en un taxi hacia el Funeral House. Pepe Bandera fue albañil en Albacete y un día empezó a imitar a Lola Flores por las tabernas. Cuando las ferias, le vio el empresario del teatro/circo y se lo trajo a Madrid.

—Que ahora están de moda los espectáculos de travestís, Salcedo.

Salcedo se apellidaba Salcedo, pero no se atrevía a ir a ninguna parte con ese apellido tan serio.

—Ya te buscaremos un nombre de guerra, Salcedo, hombre, que así no puede llamarse un artista.

Cuando el teatro/circo pasó por Madrid, Salcedo resulta que se quedó. Lo de los travestís estaba en alza.

Ahora, Salcedo, albañil de Albacete, tiene asumido totalmente el Pepe Bandera y hace de Lola Flores y de la Tomata en los clubs gay de madrugada, entre esnobs que quieren estar a lo último y homosexuales que aprovechan el espectáculo para cruzarse claveles. Pepe Bandera hasta hace películas. En su arte hay un cruce de los desplantes del obrero de Albacete y la buena mímica que reproduce a la Lola, tan fácil de reproducir.

El clavelón de plástico, la peineta de un mozárabe de carey, el pelucón negro y salvaje, las diademas de bombillitas, los pendientes como pequeñas Giraldas. Pepe Bandera se maquilla frente al espejo y recuerda la amistad con Sandro, el amor de Sandro, la intimidad con Sandro (al fin y al cabo, el uno era de Murcia y el otro de Albacete). Ese chico se ha matado con la jeringa. Y parece que le iba bien en Madrid. Alguna noche vino por aquí a verme, y traía marquesas y gente, Guadalaviar, Flor Beato, Betsabé, Georges, Gardel, yo qué sé. Pepe Bandera comprende ahora, de repente, que el amor de Sandro no sólo fue dulce, sino que le ayudó a relacionarse en Madrid, y Pepe Bandera tenía una filosofía en la vida: relacionarse.

—O te relacionas, hija, o no hay ná que hacé. Ésta es una ciudad de mucha relación. Lo que hay que hacé es relacionarse.

El maquillaje de fondo, el azul profundo para las ojeras, el rojo indignado para los labios, el clavelón natural y fresco para el escote, para tirárselo al público. La toilette de Pepe Bandera no era muy diferente, si bien se mira, de la de Fe Segovia. Y en cuanto a la Virgen, a ver quién creía más de los dos.

Las pulseronas, los collares y más maquillaje de fondo para la barba, que no perdía el azul profundo de la albañilería. Pepe Bandera se convierte todas las noches en una Lola Flores que es el esperpento del esperpento, algo de un barroquismo ya inexpresable.

—Que me tengan un taxi para en cuantito acabe, que me voy al funeral del pobre Sandro. Virgen de Albacete, y qué cosas pasan...

Gardel, con el pelo rizado, la sonrisa argentina y las gafas negras, ha llegado al Funeral House como a un estreno, sólo que ofrece una versión silenciosa de lo mismo que hace siempre, con mucho ruido y muchas palabras, en los estrenos. Gardel vino a España como representante de boxeadores, allá por los sesenta, cuando aún funcionaba eso del boxeo, siquiera en el Campo del Gas, y luego, como los chicos se le iban quedando sonados y no venían otros nuevos, que estaban en Alemania de fresadores y laminadores, Gardel se pasó a las variedades, las tías buenas, los ilusionistas, el cine, lo que fuese, y así va viviendo, como tantos, y quiere mucho a todo el mundo y todo el mundo le quiere, y no parece que sea de los que tuvieron mayores intimidades con Sandro, pero eso poco importa ahora, todos se reconocen en la logia discreta y bienoliente, y están haciendo del velatorio de Sandro la más discreta de sus fiestas, la más fúnebre de sus pompas, como dice un ocurrente.

Yves es francés y pequeño. Llega de madrugada. Se dedica a lo mismo que Gardel, poco más o menos, y esto hace más evidente la diferencia entre un parisino y un bonaerense. A las fiestas de Yves va uno siempre, sin pensarlo. Las fiestas de Gardel se las piensa uno dos veces y al final no va. Yves tiene una manera más íntima, más cordial, como más casual, de hacer las cosas. Eso lo da París y ya está.

Javier Abajo llega de la nieve, de esquiar, como siempre, ya que para él siempre hay nieve en algún pico de España o del extranjero. Los otros comentan que Javier Abajo le pega al cuarzón, que no sale de casa, que nunca se ha puesto unos esquíes, que el buen color permanente es de lámpara. En cualquier caso, Javier Abajo no molesta a nadie, no pide tabaco ni lo da, cuenta sus mentiras y ríe de buena gana los chistes de los demás. A todos ellos les está pudiendo más la fiesta de la muerte que la muerte misma.

Aún parece que no han tomado conciencia del suicidio, o lo que fuese, del adolescente Sandro. El último en llegar es Madridejos. Madridejos, viejo ya y bajito, fue algo así como el pintor de la generación del 27, un pederasta que le planchaba las camisas a Luis Cernuda, en Londres. Ahora colecciona arcángeles del barroco erótico de las iglesias desamortizadas, fabrica arte pop, con veinte años de retraso, y sigue viviendo de sus retratos de Lorca y los demás. Es un Benjamín Palencia malo, con algo de vieja manchega que parece les va a repartir un gazpacho o unas migas a los no cenados. Madridejos gasta perilla romántica y voz delgada, de comadre de Tomelloso. Cuenta cosas todo el rato, y hay como un desajuste entre el cosmopolitismo de lo que cuenta y la voz de vieja manchega que le sale de debajo de la gola que parece llevar bajo la perilla, perilla también un poco del XVII.

Cuando se le acaba la conversación, Madridejos, que les conoce a todos de toda la vida, jóvenes y viejos, se sienta en el suelo, en medio del corro, saca un rosario de pueblo, gordo, como hecho de garbanzos negros, y les propone rezar un misterio o dos por el alma del difunto, «tan hermosa, sin duda, como su cuerpo».

—Y qué arcángel se nos ha ido a los cielos. Apalabrado lo tenía yo ya, al pobrecito, para hacerle un desnudo. Una cosa litúrgica...

Empiezan todos a rezar algo, entre avergonzados y divertidos, hasta que el rosario les saca fuera ese fondo supersticioso que lleva siempre consigo el homosexual. Pero pronto el rosario se desfleca en conversaciones de tú a tú. Parece como que va viniendo el día. Madridejos, sentado en el suelo, con el tosco rosario en sus manos de hermana tornera, da tenues cabezadas y bisbisea solo. Afuera, el fragor de la M-30 empieza a intensificarse. Madridejos le reza, dormido, a un arcángel murciano que tiene la cara de Sandro y un cuerpo hecho por Salzillo.

El profesor Ignacio López, viejo y de madrugada, conduce su coche rojo hacia los nortes de Madrid, por donde vive. El coche es semideportivo, americano, y lleva toda la prisa del sueño y el whisky —uno— del maduro profesor. Ignacio López es alto como Unamuno y feo como Sartre. De los dos tiene algo. Fuera ya de la autopista, muy inclinado sobre el volante, contra la noche y la lluvia, conduce a una velocidad no habitual en él.

La sierra acerca sus negruras, como oscuras zarpas abrigadoras de monstruo dormido, y el camino se desvela de camiones instantáneos y atroces. «Se estrellará nuestro parabrisas/de faros y de millas.» El profesor Ignacio López recuerda sin querer estos versos de juventud. ¿Eran de Gerardo Diego, de Rafael Alberti? Con Alberti ha estado en la fiesta de esta noche. El profesor Ignacio López ha hablado de la libertad como extensión del hombre, como mancha de aceite en el mar que es Dios, y luego les han puesto collares hawaianos de flores a Alberti y a él. Todo muy ameno, pero es tarde. El camión justiciero se hace presente en una curva hacia la izquierda, el profesor vira como puede, resbala en la lluvia y se queda, quieto y marginado, contra la cuneta. El camión se ha ido sin siquiera preguntar por la inminente víctima. Por la posible víctima. Los camiones no tienen tiempo que perder. Los camiones no tienen nada que perder.

El profesor Ignacio López comprende que no ha pasado nada, que sólo ha sido un susto, y lee una y otra vez un anuncio de parcelas que le queda a la vista por la ventanilla de la derecha. Pero sabe que ha estado a punto de morir y, antes de continuar viaje, reflexiona un poco: juventud católica y bizarra, con Laín, Tovar, Marías y todos aquéllos. Con Ruiz-Giménez. Críticas en *El Ciervo* a la «gimnasia ritual» de la misa. Afán de un catolicismo más natural, nostalgia del protestantismo, realmente. Era cuando el padre Melero se los llevaba a Vallecas a hacer obrerismo teológico. Pero sólo el cura Melero se quedó en Vallecas. El profesor Ignacio López se fue a Estados Unidos cuando la expulsión de Tierno Galván y todo eso. A la vuelta, ha hecho ensayismo vario sobre la cultura anglosajona y la vida española, siempre un punto más a la izquierda que el socialismo reinante. En cuanto a su grupo generacional, los ya citados y sus mujeres le respetan, claro, pero prefieren no hablar de su acracia cristiana, de su vida por libre y su pensamiento antiacadémico. Todo esto le da igual al profesor Ignacio López. Ha encontrado en la acracia una segunda o tercera juventud, y desde ella ve a Cristo como un ácrata frente al Imperio romano.

Tiene oído que al cura Melero se le aparece Cristo en un sofá, como a García Morente, pero piensa que Cristo no es una cosa para aparecerse, como el mago de Aladino, sino una conducta a seguir contra el Imperio romano, que se reproduce siempre en todos los sistemas, incluso en el socialista. El Imperio romano llegó a tal porque estaba ya en las células primarias del hombre anfibio.

Fue realidad durante unos siglos y retorna siempre, bajo diversas formas, como, por ejemplo, los Estados Unidos de América, que él conoce bien. ¿Esperanza? Ninguna. Morir diciendo la verdad personal, quizá como esta noche en la carretera, frente a algún camión justiciero, que dijera no sé qué novelista (Ignacio López no lee muchas novelas).

Repuesto del susto, con el corazón a punto, el coche y él, el profesor Ignacio López sigue la loca carrera hacia su finca, porque es muy tarde, y piensa que el «caos sagrado» de Rimbaud es una frase religiosa: hay que vivir caóticamente en las manos sagradas de Dios. El profesor Ignacio López pone el coche en marcha, toma la carretera de adoquines y avista la luz amarilla de entrada a su finca antes de lo que esperaba. Hay ladridos amigos de viejos perros confianzudos que le esperan. ¿Se expresa Dios en estos perros? Desde luego, más que en la conversación de los hombres, de la que viene huyendo.

—Que la Antonia Arranz, mi niña, está en el trullo.

—Y yo ¿qué puedo hacer, Bonga?

—Tú eres jurisperito, que una se entera de qué van sus clientes, y tienes que sacarla. Bar taurino de la calle de la Cruz. Se están tomando unas patatas bravas y un vino cualquiera. Bonga, la negra Bonga, pone todas las máscaras del dolor, máscaras involuntarias y reales, pero que no tienen nada que ver con la manera blanca de expresar el dolor. Cuétara comprende el caso, mientras toma jamón de jabalí con vino fuerte. De modo que la Bonga es lesbiana —¿y eso de que se corría con él?— y quiere sacar de Gobernación a una putuela que es su protegida.

—Yo haré lo que se pueda, Bonga, pero con las menores y las picadas la cosa está cruda.

—Ni menor ni picada: un ángel es mi Antonia.

—Vayamos por partes...

—Vete a la mierda.

A la final, Cuétara se acuerda de un amigo que tiene en el Ministerio del Interior, hicieron las oposiciones juntos, puede ir a verle, informarse de lo que le pasa a la tal Antonia Arranz, hacer algo —paradójicamente doloroso— por el verdadero amor de la negra.

—Tú vas al Ministerio y preguntas por Antonia Arranz.

—No es tan fácil, Bonga.

—Lo fácil es quedarse aquí, comiendo jamón de jabalí.

Cuétara, a la mañana siguiente, madruga y se arregla en su pensión de provinciano, para ir a ver a su amigo que sacó un puesto en el Ministerio del Interior. A Cuétara le duele, como la traición definitiva, saber que la negra Bonga es lesbiana, tortillera, bollaca, bollacona, y que su verdadero amor es una niña. O sea que a él no le ha dado nada, ni siquiera el fervor caliente de su raza. Pero está metido en el rollo y tiene que hacerlo. Cuétara incluso se baña.

En Gobernación pregunta por su amigo, que en la parte baja es un desconocido y en la parte alta del edificio empieza a ser un hombre que impone respeto.

No se acuerda para nada del tipo, pero el tipo se acuerda de él.

—Tú eres Cuétara, el que lo suspendía todo. Pídeme lo que quieras.

—Nada, una putuela de la calle de la Cruz que cogieron los de Barrionuevo en la última redada.

—¿Picada?

—No sé si picada.

El otro miró unos infolios.

—Estamos a punto de trasladarla a Yeserías.

—¿Y qué hacen en Yeserías?

—Nada. Se masturban contra el talón del pie.

—Necesito que salga.

—Sale.

Antonia Arranz y la negra se encuentran a la salida del trullo. Se abrazan, se quieren, aquello es verdadero. Cuétara, un poco al margen, comprende que allí no tiene nada que hacer. Volverá a las pardalas, aunque a Criselda hace un tiempo que no se la ve. Apenas se despiden de él, que lo ha conseguido todo. Se van a su intimidad de sexo y madre, Antonia Arranz, la niña descalza, se entrega al amor absorbente/disolvente de la Bonga, y la negra se apodera de ella como un pulpo se apodera de un pececillo de plata.

Mucho antes de que terminen los apetitos de la Bonga, Antonia Arranz duerme, descalza de todo el cuerpo, protegida y feliz, libre y tranquila, y su sueño infantil y francés fascina la duermevela sentimental, africana y poderosa de la Bonga. Una pantalla roja luce inútilmente en algún sitio.

Mariano Armijo encuentra a la Marquina sola, por una noche, y piensa que puede ser su noche. Bueno, sola o acompañada por Querejeta, que viene a ser lo mismo.

—¿Me invitas a un whisky?

—Invítate tú solo.

—¿Adónde está el personal?

—En un velatorio.

—Claro. Lo de Sandro. A Guadalaviar lo sacaron de una cena donde estaba yo.

—Pues eso.

Mariano Armijo no se atreve a colocarle a la Marquina su rollo sobre la personalidad del actor como liberación de las escuelas, porque la Marquina es una vieja cómica que ha llegado y está en su sitio, mediante la mera y pura práctica, y seguramente no le interesan las teorías que explican un camino que ella ya tiene recorrido.

De modo que pasan la mayor parte del tiempo comentando el caso de Sandro, sin hacer juicios morales, claro, que eso les queda muy lejos, sino recreando la personalidad del extraño muchacho a quien vieran llegar una noche a Aretino, claramente predestinado, y luego, ya, todas las noches.

—Lo siento por quienes le querían de verdad —dice la Marquina.

Mariano Armijo no dice nada. Querejeta se ha enganchado con otro grupo más bebedor.

Y llega la hora de marcharse.

—¿Me llevas a que te acompañe? —pregunta Mariano Armijo.

—Te llevo.

Van en el pequeño coche de la Marquina, que les ha traído el portero, viajando por un Madrid vacío hacia el Retiro. Cuando pasan el Retiro, la Marquina se desvía hacia su colonia residencial. La ciudad es como todo el planeta, después de la vida y de la historia, un sitio donde sólo quedan las casas sin gente y el perfume de árboles que nunca habían perfumado. Pasan unos regadores municipales, como marcianos, con su extraño uniforme amarillo y de plástico. Es como si acabasen de aterrizar desde Marte.

—Los marcianos —dice la Marquina.

—Son los regadores —concreta estúpidamente Mariano Armijo.

—Yo les llamo los marcianos.

Y renuncia a explicarle todo el juego a su amigo.

Ya en el piso, no hay problemas con la perra, que duerme dopada de pastillas.

—¿Y para qué quieres un perro que te defienda si luego le drogas tú misma?

—Es perra. Y soy yo quien tiene que defenderla a ella.

Mariano Armijo se quita la chaqueta e inicia un acercamiento a la Marquina.

—No, Mariano. Yo sé que has venido aquí porque te gusta más esto que dormir en una casa inclinada. Sí, sé que tu casa está inclinada, cayéndose. Pero a mí no tienes que pagarme con un polvo.

—No me hables así. Sabes que cualquier hombre sueña con pasar una noche contigo.

—Estoy retirada, Armijo. Me he retirado yo misma antes de que me retiren.

—Creí que ésta iba a ser, al fin, nuestra noche.

—Y lo va a ser. Pero una noche de pureza y castidad. Gusta dormir con un hombre en casa. Y sin tener que aguantarle encima. La abstinencia es todo un placer, Armijo. Cuando llegues a viejo lo sabrás.

—Entonces ¿por qué me has traído aquí? —pregunta el actor con cierta belicosidad naciente.

—Me has pedido tú que te trajese. Mira, vas a dormir en esa cama, que no está escorada, como la tuya, y mañana te vas temprano. No soporto despertarme con un hombre en casa. Es como haber dormido con el carcelero.

Mariano Armijo, evidentemente, está desconcertado, desarbolado, deshecho. Más por

la negativa que por el amor en sí, naturalmente.

La Marquina va quitándose anillos mientras desaparece por unas puertas correderas. De pronto vuelve a aparecer, ya en combinación (es de la época de la combinación).

—Ah, y roba algo por ahí, Mariano, lo que quieras. Pero no te pases. Y sobre todo, aunque te lleves el piano, márchate temprano, amor.

El hierro sin puertas, nortes de Madrid, terraza a campo abierto, el horizonte viene en olas grises que no vienen. El viento hace dos banderas de las melenas de Victoria y Teresa Label. Están en la azotea/terrace de la casa/fortaleza, tomando vodka a hora temprana. Victoria es como una progredida de boutique que se ha quedado vieja. Teresa Label es como una dama del mundo de Guermantes que se ha quedado, a pesar de todo, joven.

Victoria ha llegado hasta la casa en su coche semideportivo, en su Alfa/Romeo dos plazas, atravesando huertos que no son de nadie y huertas que son de alguien que no está. Los perros verticales y los criados traspuestos han recibido mejor que peor a Victoria. Victoria, naturalmente, viene a requerimiento telefónico de Teresa Label:

—Todo, Victoria, lo pongo todo en venta, como tú: la casa, los madrazos, los perros, los criados, la vajilla oriental, las alfombras, los tresillos, el guarda, el vino de las bodegas, el amor que me tienen algunos asiduos que vienen a cenar bien. Todo.

Victoria fuma rubio y Teresa Label fuma unos puritos delgados, largos y selectos, que le van.

—Estás en la ruina —dice Victoria.

—Estoy del otro lado de la ruina. Quiero venderlo todo antes de que se lo lleven las hipotecas. Quiero dejarles algo a mis hijos.

—¿No te preocupa que todo tu mobiliario, tan conocido, aparezca en mi casa?

—Me encanta. Será como una especie de prostitución. Un strip-tease. Que todo el mundo se entere de que estoy en venta.

Victoria calcula el grado de desesperación y el grado de vodka que intervienen en las decisiones de Teresa Label. Victoria es judía y solitaria.

—No va a ser fácil colocar una casa tan cara, así de golpe. Y una casa con historia.

—La historia ayuda.

—No lo creas, Teresa. Perjudica. Nadie querrá haber sido el cuervo de tu ruina.

—¿Estás encareciéndome el negocio?

—Podría, pero no es eso. Piénsalo, Teresa.

—No puedo permitirme el lujo de pensar.

—Perdona, pero ¿qué es lo que te ha arruinado?

—Nada y todo. Me casé con una ruina.

—¿Por qué, entonces, tanto derroche?

—Había que mantener el tipo y mover la cintura.

—¿Y ahora?

—Ahora, no me robes demasiado, Victoria, que es todo para mis hijos. Los que me quedan.

Vientos contrapuestos suenan en la azotea y cambian de dirección el pelo de las dos mujeres, que son de edades aproximadas, pero de vidas y mundos tan diferentes.

—Me haré cargo de todo esto, Teresa, pero por fases.

—Te vendo hasta las chimeneas.

—Y no dices ninguna tontería. Las chimeneas son piezas curiosas. Pero tendrá más estímulo presentar primero un saloncito, por ejemplo. Eso tiene morbo. Que la Label vende un saloncito y podemos comprarlo. O un Barjola. Y así, poco a poco. La casa entera sería una catástrofe de mal gusto.

Teresa Label fuma su purito, bebe vodka, se deja azotar por el viento, que ya hace mucho se llevó su tocado, y piensa en la inteligencia judía de la judía.

—Tienes mucha razón, Victoria, pero necesito todo el dinero. Y pronto.

—Mejor poco a poco.

—¿Me venderás toda la casa?

—Veremos lo que se puede hacer.

Victoria no considera discreto preguntarle a Teresa Label qué va a hacer cuando haya repartido el dinero entre sus hijos y se encuentre en la calle.

—Teresa.

—Pues haberlo dicho.

Se presenta el criado maricón, dispuesto a servir más vodka, pero Teresa Label lo desecha.

—Nos serviremos solas. Váyase.

—Te diré cuánto puedes obtener al final, por todo.

—No me interesa. No quiero cifras concretas. No sirvo para la imaginación.

—¿Prefieres un fajo de billetes?

—Sí. El dinero se toca. Lo demás son abstracciones.

—Ya veo que confías en mí.

—Deja de ser judía por un momento, Victoria. No es confianza. Es indiferencia. Tú no me vas a engañar porque no puedes engañarme, porque soy mucho más que tú.

—Perdona.

—Perdona tú por lo que he dicho.

Teresa Label hace una pausa. Respira todo el viento de la sierra visible, como si se le fuese a agotar el corazón. Enciende otro purito de los que antes se llamaban «señoritas». Bebe vodka con mano temblorosa.

—Victoria, a ti y a mí nos han arruinado los hombres.

Victoria ríe:

—Nunca he pagado un chulo. Y me parece que tú tampoco.

—No es eso. Quiero decir que hemos vivido para los hombres y no hemos seguido el lema romano que recuerda Ortega: «Cuidó la casa e hiló». Ni hemos cuidado la casa ni hemos hilado. Así nos vemos como nos vemos.

Victoria no va a recordarle a Teresa Label, la aristócrata, que ella no se ve tan mal.

—Tienes razón, Teresa, y tenía razón Ortega, o el romano que lo dijera. No hemos cuidado la casa ni hemos hilado.

—Pero déjate ahora de Ortega. Necesito vender, y rápido, antes de que vengan los Bancos, que son unos caimanes.

—Haré lo que pueda, Teresa, aunque ya te digo que no es fácil y hay que ir poco a poco. Tampoco a ti te conviene el escándalo.

—Que le den por culo al escándalo.

—Veo que necesitas ayuda, Teresa, y voy a dártela.

Victoria experimenta ese infinito respeto de los judíos por todos los poderes terrenales, aunque estén tan caídos como Teresa. Y acaban brindando, tópicamente, por el éxito de la operación. Ambas son poliándricas y en este terreno acaban entendiéndose. Resulta que en varios casos se han tirado a los mismos. El hierro sin puertas, nortes de Madrid, terraza a campo abierto, horizonte quieto en olas grises y paradas. El viento hace dos banderas de las melenas de Victoria y Teresa Label.

El jardín es de oblea en la tarde de junio. Quiroga recibe, recibía, en sus soleadas extensiones del Plantío, con la grava rumiando cariñosamente bajo las ruedas de los automóviles. Un viento casi tropical en las copas de los árboles. Altas damas guillenianas, como calandrias de la tarde. Los mecánicos conversan entre ellos, sin entrar en disputas futbolísticas, que no es lugar, y van viendo llegar los mercedes oficiales, los mercedes bancarios, los silenciosos y gondoleros mercedes de la casa de Quiroga.

Cruzada la sosegada penumbra de la casa, y el saludo a la duquesa, casi inexistente en rojo (un color que existe tanto), se sale al jardín amplio, vagamente circular, con soportales y fondos indefinidos o indefinibles. Así eran las recepciones en casa de Quiroga, antes de la diáspora estival. Guadalaviar llegaba de los primeros, se sentaba en una mecedora, con un whisky en la mano, y empezaba a hacer ingenio. Flor Beato era cronista puntual/verbal de la vida y milagros (pocos) de cada uno. María Catalina Gentil de Biena se refugiaba en su grupo de pintores y rojos, con el cuello largo y blanco muy visible, como si fuera a ser inmediata y gustosamente decapitada por aquella hueste revolucionaria. Leopoldo concretamente, era del Gobierno y acababa tocando algo al piano. Victoria, que había llegado acompañada de Georges (siempre, en público, un homosexual no comprometedor) se lo dijo a Teresa Label:

—Que ya tengo comprador para lo tuyo.

—¿Para todo?

—Para todo.

—¿Y no me querrá a mí en el lote?

Victoria rió.

—De puerta a puerta. Nos evitamos que tus muebles se luzcan en la almoneda de mi casa.

—Victoria, no me robes mucho, que todo voy a repartirlo entre mis hijos.

Teresa Label, de un negro frívolo, se tomaba su acostumbrado vodka tembloroso.

Victoria le preguntó:

—Y tú ¿qué vas a hacer?

—Meterme monja o puta. Ya he sido ambas cosas de modo que conozco el oficio.

Quiroga estaba con todo el mundo y no estaba con nadie. Lola Suárez se había presentado de conjunto vaquero, bebía anís helado y saludaba apenas a la gente. Collodi hacía relaciones públicas para conseguir encargos, o sea, retratos. Luis Arnero no saludaba para nada a su amante, Victoria, y seguía explicando democracia cristiana por los corrillos. Los cuñados de la viuda Teresa Label le sonreían a distancia y levantaban una copa por ella. Era la viuda/hermana deseable, aunque jamás le habrían arrimado un duro.

Y llegó el momento en que Leopoldo tocó el piano. Más por gusto propio que por la expectación de los invitados, que no era mucha. Inevitablemente, Mahler. La oposición lo había puesto de moda.

Temblaba una expectación de sombreros femeninos y sonrisas masculinas, previas y falsas. La tarde olía a pino y mucha gente bien lavada. El solitario despacho donde Quiroga escribía sus artículos de por la mañana se había envilecido en amarillos y ocres exquisitos, de público sobrante. De modo que Mahler, ¿eh? Pues toma Mahler.

Alfonso Guerra se decía que lo escuchaba mucho. Leopoldo, más allá de eso, lo interpretaba. De modo que fue un bloque de música, primero punzante, luego arrollador, un duelo sin adversario donde la derecha le estaba diciendo a la izquierda: Mahler es nuestro, la cultura es nuestra: ahí te devuelvo tu Mahler, bien tocado y entendido, para que comprendas que unas manos de pianista no se improvisan. Como dijera aquella dama francesa: «Para conseguir estas manos hacen falta muchas generaciones de ocio».

El concierto/Mahler estaba reivindicando la música y la cultura para los educados, para

los iniciados, para los exquisitos, para los conocedores, e incluso había como un ironismo implícito en la manera sobria y segura que tenía Leopoldo de tocar a Mahler. La hermosa derecha, herida ya de miedo al socialismo, le devolvía a Alfonso Guerra su «ultraje» a la cultura burguesa. «Mahler es nuestro», era el eslogan implícito de aquel concierto, que sólo los más auspiciadores advirtieran.

Y entre ellos, quizá único, el duque de Quiroga, que se resistía a la demagogia de la cultura más que a ninguna otra.

—Al pueblo hay que repartirle pan, pero no Mahler. ¿Por qué Mahler? Mahler es nuestro.

Quiroga no era tan explícito, pero otros se expresaban por él. Todo el concierto fue intencional, dolorido, y tocó mejor que nunca.

Quiroga, con su buen hacer, con su cultura, con su análisis lúcido de la situación, iba probando, de grupo en grupo, que él era el hombre de la derecha que no le había votado, prefiriendo la demagogia fácil de los fragas. Quiroga, ya se ha dicho, daba aquellas reuniones para humillar, para recordar a la gente quién era él, qué galeón español había olvidado España en el fondo de las procelas políticas.

«Quizá alguno le vaya con el recado al Rey», pensaba Quiroga.

Quiroga les humillaba con su gracia, con su gusto, con su cultura, con su información. Les recordaba que se habían equivocado para siempre no respaldándole, y que iban a ser mucho tiempo rehenes de la izquierda, por este olvido. A Leopoldo le dijo lo justo:

—Has corregido en Mahler el romanticismo tardío. Has hecho de él casi un clásico. Éste es el Mahler que me gustaría oír siempre, Leopoldo.

Tardes del Plantío, recepciones de Quiroga, momento inolvidable y penúltimo de una derecha a punto de perder los pedales del piano, que sólo movía bien. Cuando la luz se oxidaba en el cielo, las copas resplandecían con un fulgor que les venía de algún otro planeta.

Y todos se iban yendo.

Quiroga los despedía uno por uno. Todos se iban convencidos de que aquel hombre era el príncipe de la derecha natural. Pero de ahí no pasaba la cosa. Quiroga volvía a encerrarse en su despacho monjil, anotaba cosas de la velada en su diario y esperaba las notas de Prensa a lo largo de toda la semana subsiguiente.

Los invitados regresaban a Madrid, exaltados y en pelotón, dentro de cada coche, casi como si vinieran de ver a un rey carlista.

Doña Benilde Cuétara tiene un altillo en la calle de Huertas, ya bajando hacia el Cristo de Medinaceli. Doña Benilde vive de unas rentas familiares, que es soltera/solterona, cuida sus geranios, charla con las vecinas, oye la radio, «ahora la radio está muy bien, oiga usted», y no ve la televisión, porque la televisión, con los socialistas, se ha vuelto psicalíptica e indecente.

Doña Benilde, sí, vive a cuatro pasos del Cristo de Medinaceli, tan milagroso y tan madrileño, y esto la tranquiliza como a los avisados de infarto les tranquiliza vivir a cuatro pasos de la Cruz Roja.

Cuando hay visita al Cristo, doña Benilde es la primera en la cola, de modo que hasta repite turno, sólo por el gusto de esperar. Los primeros viernes de Jesús de Medinaceli son para doña Benilde Cuétara como la temporada de ópera en el Real, para otros, Senillosa y éstos. Pero doña Benilde tiene una cruz.

Sí, entre el gorrión piador de la tejavana y el geranio que si se mustia/no se mustia, doña Benilde tiene una cruz que es su hermano, el jurisperito Cuétara, que anda por las cabezas de partido judicial de España, que es una lumbrera del derecho, pero que ha salido un poco perdis.

Hoy, precisamente, doña Benilde tiene a su hermano a almorzar cocido, que la ha avisado por teléfono, que estoy en Madrid, Benilde, que si quieres hoy almuerzo contigo, hazme un cocido, anda, como los de mamá, y hablamos de cosas, y doña Benilde ya le tiene preparada la premática a su hermano solterón y golfo, que no puede ser, hermano, que te has quedado soltero para andar de fornicio, que sólo se quedan solteros los libertinos y los curas, y tú no eres cura, precisamente, que te vayas a la mierda, que tú vienes a Madrid a alternar con mujeres malas, no me digas que vienes sólo a ver a tu hermana Benilde, hasta con una negra se te ha visto, hermano, hasta con una negra, que Madrid es un pueblo, tú qué te habías creído, aquí todo se sabe, con una negra, que las negras no tienen alma, porque no han sido bautizadas, doble pecado, porque no son blancas como nosotros y como Cristo, para eso Santiago Matamoros se pasó la vida matando moros, para que tú ahora te abarraganes con una negra, hermano, con una infiel que no tiene alma, con una raza que no está en el Evangelio, y la misa ni pisarla, claro, que ahí tienes a Nuestro Señor de Medinaceli, a cuatro pasos, y nunca has tenido el detalle de acercarte, estás perdido, hermano, y me vas a arrastrar contigo a los infiernos, las noches me paso rezando por ti, Jesús, Jesús, qué cruz.

A Cuétara se le ha estropeado la felicidad del cocido con la homilía de su hermana. Por otra parte, está descontento del amor de la Bonga, desde que sabe de su entendimiento con Antonia Arranz.

La carne, efectivamente, se dice Cuétara, es un desencanto, pero no por lo que cree su hermana. El castigo de la carne está en la carne misma, y no en un mundo de almas. Claro que él no se va a retirar del género, probará otras cosas, pero la parla de la hermana sigue y sigue, en el altillo de Huertas, y Cuétara sólo espera un momento propicio, una pausa, para despedirse.

—Bueno, que se me hace tarde, que voy a los toros.

—¿Toros en invierno?

—Al Bernabéu, mujer, quiero decir. A eso he venido, a ver al Real Madrid. Y a verte a ti, naturalmente. El Madrid me tiene preocupado, no puede con las botas, ya no es lo que era. Benilde, guapa, un beso y adiós.

—La negra, hermano, la negra. Que se te ha visto con una negra, y eso es doble pecado. Por no hablar de las enfermedades. Apestado estás, hermano.

—Bueno, pues no me beses, no sea que te contamine.

Y doña Benilde Cuétara se queda en su altillo de Huertas, entre el gorrión de la tejavana y el geranio adolescente, con la satisfacción de haber contribuido a salvar un alma, nada menos que la de su hermano.

Doña Benilde Cuétara, ya a solas, decide hacer la digestión echada en la cama, rezando el rosario, y en los primeros trámites ronca santamente. Los gorriones hacen fiesta en la tejavana y se comen mecánicamente lo que doña Benilde les ha puesto en una sartén atada al balconaje. Ángeles como gorriones velan el sueño atocinado y pucherero de doña Benilde.

Sandro, cuerpo de luz, tú nos *dejaste*... El entierro ha salido temprano del Funeral House. No son horas para estas mariconas. Ahora, por los desmontes de la Almudena, este blanco e inmenso de Madrid, convivencia de muertos y vivos bajo el cielo crudizo, como un terciopelo no logrado, en azul purísimo de barrio, el cortejo camina tras el ataúd.

El ataúd lo llevan cuatro, los más jóvenes, que un muerto pesa. Ayuso, Betsabé, Paolo Argote y Pepe Bandera, que va de Lola Flores, pero es fuerte y nuevo, y le ha crecido la barba, en toda la noche, más que a los otros, pese a las hormonas femeninas. Un Madrid de cipreses y desiertas lomas, con el halago sobrio de una cabra curiosa y africana. Un cura de paisano les lleva hasta el nicho. Georges, Flor Beato, Gardel, Yves, Lito, Guadalaviar, todos con el maquillaje movido y el alcohol que al final corrió, de madrugada. Y más. La cocaína para aguantar, el lacón fuera de sitio, la ojera suelta, la pestaña loca, las cremas derramadas por el rostro, las corbatas torcidas y la edad, como un motín, agolpándose en cada rostro.

El sol blanco del amanecer ilumina un friso de homínidos y el cura dice sus latines. Están ya deseando terminar aquello para meterse en la cama. La melena de Flor Beato descubre todas las capas geológicas de tintes que ha recibido en su vida.

Sandro, cuerpo de luz. Paolo Argote sigue pensando en el memento que quiere llevar al día siguiente a algún periódico. Pepe Bandera, en una esquina delantera del ataúd, pisa los desmontes con inseguros tacones rojos y altos, de folklórica, y el esfuerzo de la carga glorifica en sus brazos desnudos una musculatura de camionero. La luz de la mañana destiñe y desmiente los colores de su bata.

Han llegado al nicho. Todo es cosa de curas y enterradores. Ellos están en doble fila, frente a la lápida de mármol blanco, cuadrada, sólo cuadrada, de medio metro cuadrado, y un marmolista les pide texto para la inscripción. Todos se van encogiendo de hombros. Son hombres/mujeres desbaratados por el insomnio, por la luz y por la hora. Un friso de maquillajes descolgados y falsa juventud milenaria.

Sólo Paolo Argote, un joven discreto y en segunda fila, le dicta unos versos al marmolista. Al marmolista incluso le gustan los versos.

—Están muy bien, señorito, lástima que no terminen.

Sandro, cuerpo de luz,
tú nos trajiste...

Madrid, febrero de 1987



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.